

ROMA ARTISTICA Y LITERARIA.





ROMA ARTISTICA & LITERARIA



43-333



ROMA

945
G

XIX
2151

ARTISTICA Y LITERARIA.

TEXTO DE A. GRIMALDI.

LITOGRAFIAS DE JOSÉ ARNAZ.



CÁDIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA, CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1,

A CARGO DE D. FEDERICO JOLI Y VELASCO.

AÑO DE 1864.

R²⁸, 642

**Esta obra está bajo el amparo de
la ley, que protege la propiedad.**

EXPOSICION.

Tienen los pueblos, como los individuos, períodos de indolencia, de actividad: de brillantes ráfagas de lucidez, de sombrío embrutecimiento: de vértigos guerreros, de pacíficos conatos de paz: de suma esterilidad en las ciencias y en las artes, de jérmen fecundo y espléndido desarrollo del saber humano.

Muchas veces estas manifestaciones del modo de ser de los pueblos, son el resultado de los elementos que el tiempo y el orden de los acontecimientos han ido acumulando; mas otras se verifican semejantes evoluciones, sin que ningun signo exterior las justifique.

Esto sucedió precisamente en el siglo de Julio II, de Leon X, de Rafael y Miguel Angel, de Ariosto y Maquiavelo, de Victoria Colonna, de Bembo y de Sannazar. Las ciencias y las bellas artes que no florecen sino á la sombra de la paz y la abundancia, tuvieron un milagroso desarrollo entre los horrores de la guerra y en medio de charcas de sangre, al soplo de las mas embravecidas pasiones; y el RENACIMIENTO tuvo su cuna allí mismo donde el cadáver de la antigua civilizacion iba á encontrar su tumba, para dormir en la noche eterna. Aquel fenómeno social ha dado mucho que discurrir á la filosofía—que por esta vez no ha podido encontrar la síntesis de los hechos históricos—y puso la pluma en manos de escritores eminentísimos que nos han trasmitido la exacta fisonomía de aquella época, con los grandes rasgos de su carácter, con los pequeños

detalles y accesorios que tanto hacen resaltar el parecido. La historia, las crónicas y diarios, la imprenta que acababa de nacer á la luz y se levantaba con el atrevido vuelo de un águila réjia, han suministrado ricos materiales para el teatro, para el pincel y la lira. Gracias á estos recursos, podemos hablar de aquellos hechos como si hubiesen ocurrido ayer, pintar las costumbres como si fuesen de nuestra época, y retratar á los personajes como si los estuviéramos viendo.

Considerando que un cuadro de aquella brillante época podia ser de utilidad y agrado á los que se dedican á las bellas artes, y notando en nuestra bibliografía la falta de un libro en que estuviesen referidos los principales hechos, la biografía de los hombres mas notables, la descripción de sus obras maestras, de los lugares y las personas, resolví escribir este ensayo, que supla la falta de una obra mas estensa y acabada que puede acometer un talento mas ilustrado que el mio y mucho mejor una sociedad de artistas y literatos.

He procurado guardar en lo posible el orden cronológico de los sucesos, copiar fielmente la semblanza física y moral de los autores y dar á las escenas y diálogos el tinte local de la época.

Me he tomado tambien algunas libertades de que debo dar cuenta. La historia y la biografía que nos han transmitido el casto amor de Miguel Angel por Victoria Colonna, nos pintan los de Rafael y la Fornarina de una manera tan vaga, que nos deja en libertad para dar á aquella pasion la índole que nos parezca mas verosímil y conveniente. Bien sé que hay autores que atribuyen la prematura muerte del gran Artista á sus excesos amorosos; mas otros la consideran como un accidente natural y verosímil. Apoderándome pues, de la version mas favorable á la moralidad de las costumbres de Rafael, doy á sus amores un carácter espiritual, que sienta muy bien á la índole de su jenio naturalmente romántico, á sus sentimientos religiosos y al puesto que ocupaba cerca de Leon X y en el templo de S. Pedro donde todo debia respirar pureza y misticismo. ¿Y cómo

hacer á un Julio II y á Leon X cómplices y protectores de un amor libidinoso, cuando la Fornarina servia frecuentemente de modelo en el mismo Vaticano para los asuntos sagrados, quedando inmortalizada sus bellas formas en las divinas vírgenes pintadas por las manos de su amante?

Los amores de Lucrecia Borgia y Rafael son una pura ficcion aunque están dentro de la esfera de lo verosímil, atendido el carácter y costumbres de la hermana de César, su amor al arte, su habitacion en el Vaticano, donde trabajaba el jóven artista tan simpático y tan bello.

Alguna vez dejo hablar á los escritores, y personajes de aquella época, con el objeto de acercar é identificar á los lectores con ella. Creo por tanto que la parte que ha tenido mi pobre talento en la organizacion de esta obra, no destruirá el mérito de los admirables trozos que la embellecen y que he tenido el cuidado posible de armonizar con mi trabajo.

La estética ha venido tambien en su ayuda proporcionando á costa de algunos sacrificios los retratos mas auténticos, que un jóven artista español ha procurado reproducir fielmente. Otro motivo poderoso me ha estimulado tambien á escribir esta obra. He visto la decadencia del Arte en España, y estudiando sus causas creo haberlas encontrado principalmente en la falta de proteccion.

Mucho hace el jenio, don gratuito de la naturaleza; pero el jenio desfallece lleno de amargura, al verse en medio de una sociedad materialista que pasa su mirada indiferente por las bellezas de un cuadro, mientras que se detiene con íntimo afan en la perspectiva de un buen negocio y examina con amorosa complacencia los adelantos materiales de la maquinaria que abarata los productos y ofrece con menos costo el goce de las comodidades.

No soy tan apasionado de lo antiguo que no conozca que hay buenos artistas en nuestro siglo y aún que estos superan á aquellos bajo algunos conceptos. Pero faltan Mecenas. No veo actualmente á un Cosme y Lorenzo Médicis, á un Leon X, un Francisco I, un Cár-

los V, á todos los señores italianos, á muchos cardenales, al banquero Chigi y otros personajes ricos que consideraban como una honra tomar bajo su proteccion á los artistas, colmarlos de riqueza y solicitar su trato.

Entre nosotros el Arte se ve abandonado á sus propios recursos, á sus propios esfuerzos. El artista español, regularmente de humilde cuna, siente arder en su cabeza el fuego del genio y en su corazon el entusiasmo; quisiera lanzarse á ese espacio etéreo y desconocido de las almas vulgares; pero sus alas son débiles, le falta el vigor que comunican las necesidades satisfechas, los deseos cumplidos. Las paredes de su taller están seguramente desnudas de los utensilios que necesita el arte, y solo las ocupan bocetos donde centellea el genio, cuadros medio acabados ó que están vendidos por un vil precio. La frente pálida del artista plegada tempranamente revela la amargura de su alma y se inclina bajo el peso del infortunio. Tal vez interrumpe su sombría meditacion la voz dulce de una esposa ó de un niño que le anuncia la hora de asistir á una frugal mesa.....

Esto es lo jeneral: no hablo de la excepcion de la regla. Hay pintores halagados de la fortuna, hay tambien Mecenas. Pero un pintor necesita ser rico como lo fueron los grandes maestros de los siglos XV y XVI y nuestros Mecenas no son espléndidos.

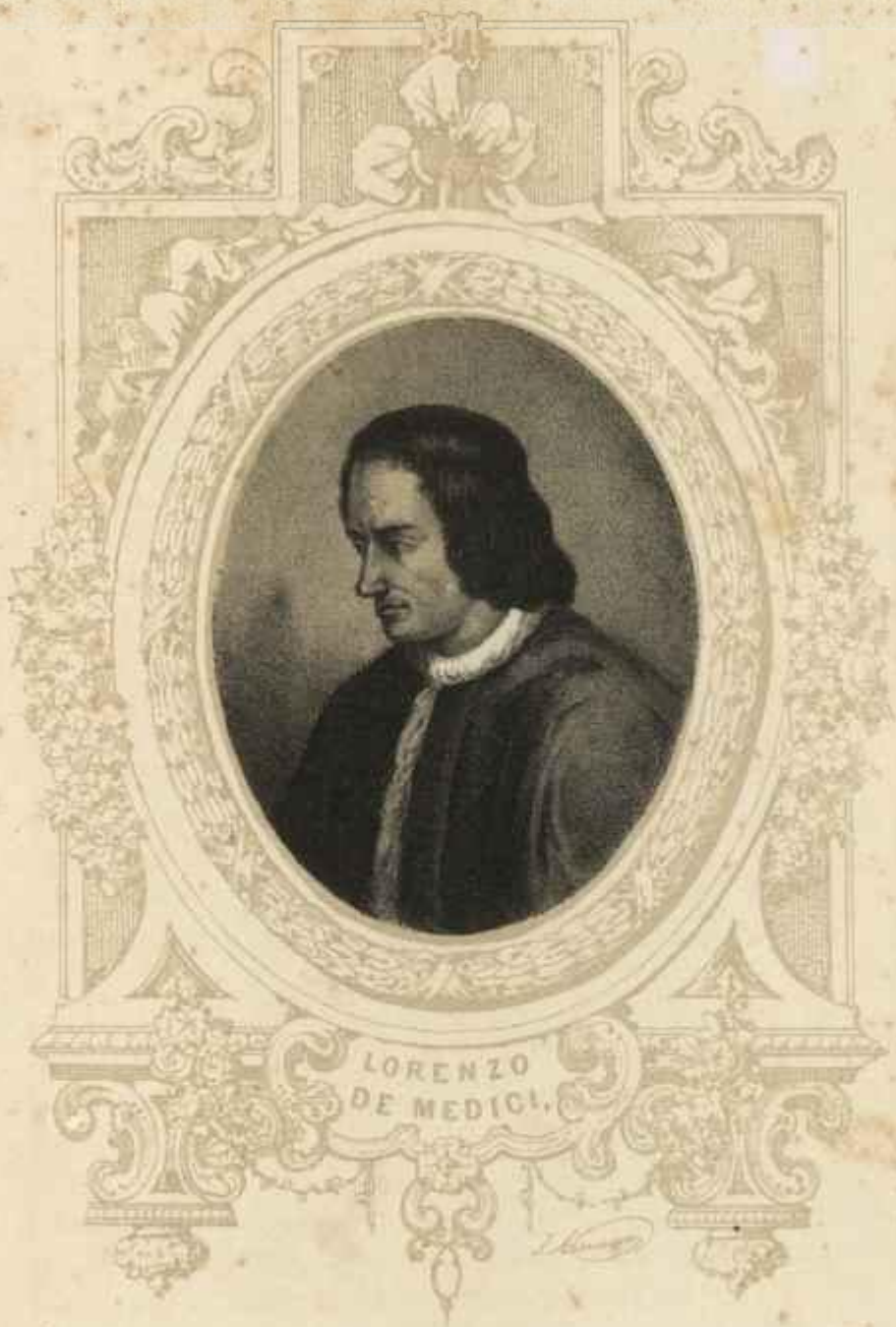
Si la lectura de mi obra pudiera contribuir en alguna parte al remedio de esos males, me tendria por dichoso. Mas si desgraciadamente nada consigo, espero al menos que se reconozca mi buena intencion por los artistas, los Mecenas y los aficionados al Arte á quienes dedico este humilde trabajo.

A. GRIMALDI. CÁDIZ, AÑO DE 1863.

Autores consultados.

Guicciardini.	Artau de Montor.
Maquiavelo.	César Cantú.
Vasari.	Valery.
Francisco de Holanda.	Piranesi.
Leonardo Vinci.	Zeller.
Palomino.	Pelletan.
Pelegrino Orlandi.	Cuatremér de Quincy y otros muchos.
Pi y Margell.	

He consultado además la biblioteca provincial y la rica colección de grabados y textos de la Academia de Nobles Artes de esta capital que el Sr. Presidente de aquella ha tenido la bondad de poner á mi disposición.



R. Medice Bomba.1

Pag. 11



I.

LORENZO DE MEDICIS.—LOS FILOSOFOS.—LOS ARTISTAS.—EL MUSEO.—FIESTAS
MAGNAS.

"Lorenzo el Magnífico reinaba en Florencia. Digno sucesor de su abuelo que habia gastado treinta y dos millones en embellecer la ciudad de las Flores, convertir su palacio en academia y sus jardines en museo, habia acojido con amor en su quinta de Corregi y en su delicioso Túsculo de Fiéso-le á los sabios, poetas y filósofos que de todas partes acudían; puesto que desde la última mitad del siglo XV, Florencia era la cuna del Renacimiento.

"Allí se dirijieron primeramente los emigrados de Constantinopla, huyendo de los musulmanes y llevándose á su destierro, no las osamentas, sino el espíritu de sus padres."

La naturaleza que habia negado á Lorenzo la belleza del cuerpo, le habia dotado abundantemente con los dones del espíritu. Ambicioso de nombradía y entusiasta por las bellas Artes, por las Ciencias y por el fausto, espléndido, amable y expansivo, vivia con los sabios y los artistas en amorosa intimidad.

Sus palacios y salas de recreo, eran magníficas fondas

donde se alojaban todos aquellos reyes de la inteligencia y de jenio que la misteriosa efervescencia del siglo producía en la hermosa Italia.

El pueblo florentino, el mas sensual de todos, ébrio con la prosperidad, enajenado con los triunfos de la inteligencia, olvidaba que habia perdido su libertad; y envanecido con su traje de brocado y seda se entregaba al delirio de una civilización deslumbradora, sin reparar en la cadena de oro que ligaba sus manos, ni las manchas de sangre de que estaba salpicado su humilde traje republicano relegado en los últimos rincones del hogar.

El magnífico Lorenzo acababa de inaugurar su deseado Museo de antigüedades. Los artistas y los sabios habian recorrido la Italia y la Grecia, adquiriendo á peso de oro los mas raros manuscritos, armas, utensilios, bustos, estatuas, vasos, urnas, lápidas y monumentos enteros. Las bibliotecas y archivos habian sido rejistrados, escavadas las ruinas, removidos los cementerios, puestos en tráfico los recuerdos artísticos de las casas particulares; arrancados finalmente de sus lares propios las estatuas y trozos arquitectónicos, que constituyen la armonía y el tinte local que tienen las obras del Arte en el propio lugar donde se hacen.

Y todo por embellecer á Florencia, por contentar la ambición insaciable de un hombre, que rico de entusiasmo y de dinero, hubiera querido ser el soberano universal de la inteligencia. Y con todo, el Museo con su inmensa suntuosidad, solo representaba un vasto cementerio donde se habian reunido las reliquias de la civilización de muchos siglos. El egoismo de aquel orgulloso soberano recorría los magníficos salones rodeado de su corte de sabios, de pintores, de cómicos, de músicos y poetas, llevando en sus labios la sonrisa de la vanidad triunfante. Un verdadero filósofo se habria sonrojado de tanta prostitucion, echando una sombría mirada sobre aquellas venerandas reliquias arrancadas de su lugar por el

poder del oro, que la espada y la ambicion habian puesto en las manos de aquel hombre.

La direccion de las fiestas magnas estaba encomendada á Francisco Granachi, cuyo fecundo ingenio y exquisito gusto eran proverbiales en Florencia. Las decoraciones estaban pintadas por el Perugino, Lippi y Leonardo de Vinci. El jóven Miguel Angel, muy querido del Duque, hizo de nieve las estátuas del jardin, teniendo por ayudantes acreditados escultores de Setignano.

Lorenzo habia concluido sus *Silvas de Amor*, las que arregladas secretamente por Angel Policiano, debian cantarse por el mismo Duque acompañado del célebre Enrique Isaac que habia compuesto la música. Debian estrenarse tambien los *Cantos Carnavalescos*, obra de Lorenzo.

Se representarian comedias, seguidas de otros regocijos públicos, para que los florentinos participasen del gran acontecimiento que iba á celebrarse.

Este era el triunfo de la filosofía de Platon á la que era inclinado el magnífico Lorenzo.

La oracion inaugural estaba encomendada al griego Argiropyle, debiendo contestarle en latin clásico Cristóbal Landino.

Lorenzo, sentado bajo un magnífico dosel, presidia el acto, teniendo á sus lados á su querido poeta Angel Policiano y al platónico Picino.

La hermosa lengua griega resonó en el salon con sus vigorosas vibraciones, con su armonía imitativa.

Al concluir Argiropyle su discurso, sonaron estrepitosos aplausos, que se repitieron al terminar el suyo en la altisonante lengua del Lacio, el elocuente Landino.

El jóven Policiano recitó una elegante composicion poética, henchida de dulcísima adulacion, que bebieron deliciosamente el soberano de Florencia y sus eminentes convidados.

Descendido del trono, cantó Lorenzo sus Silvas de Amor, segun el programa y se rogó á Leonardo de Vinci, el mas arrogante caballero de aquel salon, que improvisase alguna poesía alusiva á la circunstancia. Leonardo mandó traer su lira de plata, obra de sus propias manos; soltó su bonetillo de terciopelo y su capilla corta, y recostado sobre una camilla griega, segun la costumbre de aquel tiempo, entonó con su voz arjentina y varonil un elojio de la Grecia, concluyendo con felicitar al soberano por haber sabido honrar la memoria de aquel pueblo, sabio y poderoso en otro tiempo y despues abatido y honrado solamente por los hijos de Italia.

La poesía era suya, así como el acompañamiento y el canto. Vinci, que era uno de los hombres mas hermosos de la Italia, representaba en aquel acto el jenio de la gloria, cantando al pueblo mas inmortal.

Aquella improvisacion produjo en los circunstantes tal entusiasmo, que el jóven pintor, músico y poeta, fué llevado en triunfo á los brazos de Médicis que cubrió la frente del Artista de besos y lágrimas.

Siguieron las representaciones teatrales, y terminó aquella deliciosa noche con fuegos griegos y recreaciones de física á que era tambien inclinado Lorenzo.

El segundo dia se dió al pueblo una parodia de los juegos Olímpicos, dirigida por los clásicos de aquel país y en la que tomaron parte todos los que préviamente habian hecho sus ensayos para salir con lucimiento.

El tercer dia se abrió el Museo al público; sirviendo de *Ciceroni* los profesores de las Artes respectivas y los hombres científicos.

A las tres de aquella tarde, Lorenzo dió una magnífica comida á sus distinguidos huéspedes: una comida enteramente griega. Y se escanciaron ricos vinos de Chipre, de Chô y de Corinthe en preciosos vasos etruscos. Y de sobremesa, cada convidado debia contar una biografía ó un hecho históri-

co, segun el programa sacado á la suerte, que determinaba el orden con que este acto debia verificarse.

Tocóle ser el primero á Argiropyle que pronunció en griego clásico y despues en puro toscano la vida de Sócrates, ese jenio de la Grecia, primero estatuario y despues el primer filósofo de aquellos siglos, que enseñó y predicó la virtud, proclamó la unidad de Dios, y tomó la cicuta para sellar con su muerte la santidad de sus doctrinas.

Signió despues el jóven Lippi, que contó las aventuras de Giotto, quien de simple pastor de ovejas pasó á discípulo de Cimabué y llegó con el tiempo á ser solicitado por los soberanos de Europa.

El papa Benito IX deseaba tener á su lado el mejor pintor de Florencia y envió un comisionado á dicha ciudad con el encargo de comprar un cuadro de cada artista para elegir por uno de ellos el mas hábil, á su juicio. El enviado del Papa se dirigió á Giotto que trazó en su presencia con un solo rasgo una O tan perfecta como un círculo hecho con el compás, y entregándola al emisario le dijo:—Llevad esto á Su Santidad y decidle que he trabajado en vuestra presencia.—Pero es un cuadro de vuestro pincel lo que yo necesito.—Presentad eso al Papa—replicó Giotto—y os aseguro que quedará contento. Las esperanzas del pintor florentino no quedaron burladas, y *"Tu sei piú rondo che l'O de Giotto"* quedó en Italia establecido como proverbio.

Todos los circunstantes soltaron la carcajada al ver el aplomo con que Lippi contaba aquella vulgaridad que tal vez él mismo no creia. Despues continuó:

Giotto á semejanza de Parrhasio llegó á envanecerse tanto con sus obras, que ponía su nombre al pié de ellas con letras de oro. Giotto creía ser el hombre mas feo de Toscana. Sorprendióle un día una fuerte lluvia en medio del campo, cuando llevaba una ropa sencilla y decente. Por el mismo camino pasaba un letrado que estaba en el mismo caso. No tenían donde

guarecerse, y un paisano compadecido de ellos les ofreció su sombrero de ala ancha y una capa llena de remiendos y jirones. Giotto y su compañero aceptaron el socorro del campesino ofreciéndole enviarle dos prendas nuevas en su lugar. Calóse el sombrero Giotto y ambos se cubrieron con la capa, haciendo la mas extraña figura del mundo; al poco tiempo calmó algun tanto la lluvia y deteniendo el paso acelerado que llevaban, se contemplaron un momento y lanzaron á la vez dos estrepitosas carcajadas. ¿Por qué se reian? Porque el letrado era tan horrible de semblante como Giotto y hasta entonces no lo habian advertido.—“Habrà alguno—dijo el letrado—que al veros tan feo y en ese traje, adivine que sois un gran pintor?”

—“Y yo estoy seguro que al ver vuestra facha cualquiera diria que no conoceis el A B C.

Landino que seguia el tercero, trazó un grandioso cuadro del último dia de Pompeya, sobre la descripcion de Plinio el jóven. Parecia escucharse el ruido del volcan; la inmensa gritería del Circo en la fiesta de los Idus de Marzo, y sentíase el calor de la ardiente lava y el aire sofocante de la atmósfera cargada de cenizas.

Landino fué aplaudido con entusiasmo.

Vinci sacó el cuarto número y cantó improvisando los malogrados amores de Safo, acompañándose con su lira, de la que dejó escapar unos sonidos tan dulces y apasionados, como los jemidos de la infortunada musa de la Grecia.

Vinci tuvo la feliz inspiracion de cantar aquella triste historia en versos Sáficos como la cantó su autora. El jenio de Vinci, su arrogante figura, la melodía de su canto, arrancaron lágrimas y aplausos y por segunda vez fué paseado por el salon.

Picino narró la historia de la infortunada vestal que dejó apagar el fuego sagrado: pintó como pudiera un paisajista, los eternos bosques de los druidas, el severo aspecto de los sacerdotes y el misterioso culto de Vesta.

Tocándole el turno al Perugino, preguntó si le seria permitido hablar de los muertos, y contestándole afirmativamente, se dirigió á Lippi para pedirle la vénia; deseaba contar la historia de su padre. Lippi quiso escusarla: porque en la historia de su padre habia páginas que no debian ver la luz pública; pero Lorenzo de Médicis se apropió la responsabilidad del relato, con tanta mas razon cuanto que los vinos griegos debian hacer tolerante á aquel distinguido auditorio. Autorizado el Perugino por el ilustre anfitrión comenzó la historia de este modo.

“Es indudable que impulsado nuestro caro Lippi por un movimiento relijioso, poco reflexivo á la edad de 16 años, tomó el hábito del Cármen, creyendo, con este acto de abnegacion haber dado el último *vale* á los placeres del mundo, cuya copa apenas habia llegado á sus labios. A los pocos meses de estar en el convento, vino Masaccio á pintar una capilla. Al verlo diariamente trabajar, Lippi llegó á concebir por el Arte tan grande pasion, que retirado en su celda y abandonando los deberes del noviciado, se ponía á ensayar dibujos, parodiando los de Masaccio y admirándose de la facilidad con que los imitaba. No habiendo pronunciado sus votos, pudo conseguir su independencian y entregarse á su nueva inclinacion.

Muy pronto hizo progresos en el Arte, adquiriendo una rápida reputacion. Pero en un viaje de placer que hacia con varios amigos por el Mediterráneo, fué apresado por un corsario y conducido á Berbería. Su esclavitud fué de las mas rigurosas; mas en medio de ella lo que mas apenaba á Lippi era el no poder ejercitar su querida profesion, privado como estaba de los útiles necesarios. Un dia en que su señor estaba de humor festivo, Lippi le retrató sobre el muro con un carbon, pero con tanta semejanza que el marroquí quedó agradablemente sorprendido. Desde aquel dia el esclavo ganó la confianza de su amo. Pidió colores y pinceles que le llevaron de España y pintó al óleo muchos retratos.

“Las bellas Artes han hecho siempre una fuerte impresion aun en los corazones mas bárbaros, y comprendiendo por instinto que los artistas tienen algo de divino y que no deben sujetarse á la esclavitud sin ofender á Dios, le concedió la libertad.

“Lippi volvió á Florencia á caer en una esclavitud mas dulce, la del amor. Las mujeres le esclavizaron, y lejos de sacudir un yugo muy dulce, pero que le robaba un tiempo precioso para el arte, su amor veleidoso le hacia pasar de conquista en conquista sin fijarse en los brazos de ninguna mujer. Las florentinas, naturalmente apasionadas y amigas de lo maravilloso, se creian dichosas con la posesion de un hombre, que en medio de la mas dura esclavitud habia tenido bastante poder con los pinceles para enternecer el corazon de un bárbaro africano.

“El duque Cosme de Médicis—vuestro abuelo, señor,—viendo que su amigo Lippi preferia el placer al trabajo, y que no terminaba jamás un cuadro que le tenia encomendado, le hizo encerrar en la sala donde pintaba, para obligarle de este modo á trabajar. Inútil tentativa! Al cabo de dos dias de cautiverio advirtió uno de los jardineros del duque, que de la ventana de la galería donde pintaba el prisionero colgaba una cuerda, formada de mangas y pernils de camisas y pantalones. Fácil fué comprender que el pájaro habia volado: se abrieron las puertas y se vió al instante clavada sobre el caballete una tarjeta que decia:—“Se despide cordialmente de Su Excelencia su humildísimo servidor Felipe Lippi.”

Todos rieron de la ocurrencia: el hijo del protagonista de la historia aparentó sonrojarse y Perugino continuó:

“Ya en plena libertad, fué llamado á un convento de relijiosas para pintar un cuadro de la Vírjen. Lippi dijo que necesitaba un modelo, y se le permitió escojerlo de entre las mas hermosas de la comunidad. Lippi no escojeria segura-

mente la peor. A los pocos días de comenzada la obra, cuando el artista habia recorrido una por una todas las perfecciones del modelo y cuando habia lanzado sobre cada una de ellas esas miradas magnéticas que solo un artista inspirado sabe dirigir, se arrojó á los piés de la religiosa, y poniendo una daga en sus manos, la rogó que acabase su vida ó que premiase su amor. La monja cayó desmayada. Cuando volvió en sí, se encontró en su celda rodeada de sus compañeras que se ocupaban en socorrerla: nada dijo sobre el motivo de su accidente; nada tenia que decir: porque el pintor habia sido sorprendido y arrojado del convento sin acabar su obra. La religiosa consideró aquel suceso como un sueño terrible á la vez que agradable.

“La mujer mas recatada sonríe de vanidad cuando vé á sus piés á un hombre que suplica y llora.

“Lippi por su parte se irritó con la resistencia; recordaba aquella fresca rosa que un repentino huracan habia doblegado, y le parecia mas hermosa desmayada que en el esplendor de su razon. Tuvo medio de comunicarse con ella: la religiosa fué débil y se dejó robar.

“Fué necesario errar por Italia de estado en estado, implorar la proteccion de los soberanos, cambiar de nombres y vivir en una completa alarma. Un hijo fué el resultado de aquellos locos amores: un hijo que vive entre nosotros y que mas juicioso que su padre, honrará las buenas costumbres y el arte de la pintura.

“Al fin el Santísimo Padre queriendo poner término á un escándalo que habia durado demasiado, ofreció á Lippi una dispensa para que pudiera casarse con la elejida de su corazon. Pero nuestro amigo que habia tomado mucho gusto á los amores variados renunció la oferta del Papa, y su amante volviendo á entrar en el convento fué un modelo de santidad.

“Algun tiempo despues de este suceso concibió Lippi una violenta pasion por una ilustre dama de Spoleto, de quien su

marido tenia celos. Se advirtió á Lippi que su vida peligraba si no desistia de sus persecuciones; pero no hizo caso, empeñado como estaba en conquistar á todo trance el corazon de aquella mujer. Entonces el marido que era un hombre de honor halló medio de hacerlo envenenar el año de 1488 (1).

Angel Policiano cantó en hermosos versos latinos el rapto de las Sabinas.

No quedaba mas que Lorenzo el Magnífico que habia solicitado como un honor el ser incluido en suerte. Era el último, y despues de saludar afectuosamente al auditorio, dijo:

“Yo, queridos compañeros, no trato de contaros una historia que ya sabeis, solo quiero presentaros el tipo, la personificacion del jenio, don gratuito del cielo que no se compra con todos los tesoros del mundo, que no se adquiere en las academias ni Liceos; porque el jenio, señores, ya lo sabeis, es la *predestinacion*, está sobre todos los conocimientos del hombre, como el espíritu de Dios está sobre todas las obras de la creacion.”

Concluidas estas palabras, Lorenzo llamó á sí al jóven Miguel Angel, cojióle de la mano y le condujo á un elevado asiento que bajo un dosel de escarlata y oro habia en el testero del salon; y ciñendo su rizada cabellera con una corona de plata figurando hojas de laurel, se dirigió á la concurrencia exclamando:

—¡Saludemos á la aurora del jenio!

Todos los convidados se alzaron de sus asientos, descubriéronse y levantando en alto sus copas brindaron á la salud de Miguel Angel.

El jóven toscano que á la enerjía del hombre unia el pudor de una vírjen, se sonrojó hasta la frente; mas enmedio de aquella modestia, un resplandor sobrenatural iluminaba aquella se-

(1) El hijo de Lippi habia evacuado la sala antes de la conclusion de esta historia.

vera fisonomía, donde los tempranos pesares habian impreso su terrible huella.

En aquella gran fiesta no concurrieron mujeres, sin embargo de ser Lorenzo uno de los hombres mas enamorados de Florencia; mas quiso dar á este grandioso acto toda la solemnidad que á su parecer requeria.

II.

ALEJANDRO VI.—LOS BORGIA.—ARIOSTO.—SAVONAROLA.—MAQUIAVELO.

Alejandro VI, á quien con bastante propiedad pudiera llamarse el hijo mimado de la fortuna, ocupaba el s6lio de San Pedro.

Dominado por la fuerza de su j6nio, por sus inmensas riquezas, y hasta por las cualidades f6sicas con que le habia dotado la naturaleza, tenia hasta cierto punto el derecho de imponer su voluntad al pueblo italiano.

Los Sres. feudales que habian escandalizado con sus discordias á la Europa, ensangrentando el hermoso suelo de la Italia, habian ido sucesivamente cayendo á sus plantas.

El feudalismo relijioso mas tranquilo y civilizador, aunque armado todav6a con la espada del guerrero, sustituy6 al feudalismo turbulento y destructor de los Condottieri.

Estos nuevos se6ores que no habian hecho mas que modificar la forma de la antigua tiran6a feudal, procuraban hacerse recomendables por el asilo y proteccion que daban á las artes y las ciencias; y temibles por la influencia que ejercian en la promocion de los cardenales de su devocion.

Alejandro VI que desde que subi6 al trono de Roma aspir6 á constituir la unidad pol6tica, moral y relijiosa de Italia,

tuvo que apoyarse en el favor del pueblo, al que halagó con mejoras positivas, atrayéndose al mismo tiempo las simpatías de los hombres instruidos y el favor de los soberanos de Europa.

Para la ejecucion de este gran pensamiento confiaba además con la eficaz cooperacion de César Borgia, que pudiera llamarse el jénio del bien y del mal, por la enerjía de su temperamento, la fecundidad de su espíritu y la fuerza de voluntad que le hacia superior á todos los obstáculos.

Lucrecia, hija como César de la Vanozza, era otro de los mas firmes apoyos del nuevo poder del Papa.

Lucrecia, á quien los romanos llamaban *La Estrella de Italia*, tenia entonces pocos años; "española por la raza y por su singular atractivo, florentina por su dulce lenguaje, poetisa, cuyos cantos hubieran inspirado á las nueve musas, con el ademan de una reina y la ternura de un alma apasionada, sabia dominar, conmover y seducir arrastrando á su voluntad los espíritus mas fuertes, convirtiendo los ódios en adhesion, abatiendo el orgullo, animando al cobarde, desarmando al valiente, avasallándolo todo."

Estaba casada con Sforzia, señor de Pésaro; pero á los ojos del mundo pudiera pasar por una vírgen. Tal era la belleza de sus facciones, el esplendor de su mirada, sus frescos colores y la compostura púdica al par que réjia que sabia dar á su ademan.

Celebrábase por aquel tiempo la fiesta de la Asuncion, con la pompa que Alejandro VI sabia dar á todos los actos públicos, con la idea de entusiasmar á las masas.

Gonzalo de Córdoba que habia acudido con sus tercios en ayuda del Papa, para someter algunas de las plazas rebeldes, salió de su palacio acompañado de los caballeros españoles, vestido con sencillez, pero con la arrogante apostura del pueblo ibero, y fué á encontrar á Juan Borgia, duque de Gandía, que salia al frente de la caballería pontificia.

Era el duque el mas arrogante y bello de su familia, porque unia la gracia al atractivo de la conversacion y los modales que le conquistaban todas las simpatías.

Seguíale un gran acompañamiento de pajes y criados, vestidos con tan magníficas libreas, que Roma que podia llamarse con razon *Ciudad de las pompas religiosas*, quedó asombrada de tanto lujo.

“Dichos pajes y criados montaban soberbios caballos, cubiertos con mantillas de terciopelo y franjas de plata con campanillas del mismo metal, colocadas de trecho en trecho. En cuanto al duque, llevaba una sobrevesta de brocado de oro y violeta: de su cuello pendia un collar de riquísimas piedras orientales; y al rededor de su gorra tenia una gruesa cadena de oro, guarnecida de diamantes, que el mas pequeño valia mas de veinte mil ducados.

“Este lujo deslumbrador formaba un notable contraste con la sencillez del traje de su hermano César Borgia, cuyo color de púrpura no admitia ningun adorno.

Los dos hermanos recibieron cortesmente á Gonzalo de Córdoba y le colocaron en medio.

Lucrecia montaba un caballo español de pura raza—regalo del rey católico—con rico jaez á la española. Ella vestia un traje de brocado, de plata y seda azul, con almilla de oro y carmesí; un collar de brillantes, adornaba su blanco y torneado cuello y una riquísima diadema de perlas y zafiros ceñia su tersa frente y su rubia cabellera que, cayendo en graciosos rizos, formaba una especie de marco al rededor del semblante mas hermoso de Italia. Caminaba á su derecha la Vanozza, bella y fresca todavía, con la majestad de una dama romana; y á su izquierda Sancha, mujer de Jofredo Borgia, gallarda española, cuyos ojos meridionales y color moreno contrastaban con el trasparente colorido de Lucrecia.

“Seguían trescientos caballeros de los mas apuestos de Italia, altos dignatarios del Papa, señores feudales, artistas,

literatos distinguidos por su nobleza, por su saber y por su juventud."

La multitud se apiñaba en las avenidas de las calles que desembocaban en la principal, por donde se dirigía la comitiva hácia el palacio del Vaticano en que la esperaba Alejandro VI.

Con la calma necesaria, una mirada investigadora podría distinguir entre aquellas ondas de cabezas humanas, las fisonomías y tocados de los diferentes Estados de Italia.

Los romanos, inquietos y vocingleros; los venecianos de aspecto sombrío con su bonetillo chato como el tambor de un capitel bizantino; el florentino inspirado y grave, con su esclavina de capucha; el genovés veleidoso y festivo; el napolitano desdeñoso y altanero, con su tocado semi-español; y otros varios que daban á los grupos formas orijinales y heterojéneas.

Las ventanas y terrados estaban cubiertos de mujeres de todas clases, que ondeaban sus pañuelos y arrojaban flores sobre Lucrecia, á quien apellidaban *divina*, perdonándola que fuese tan hermosa, con tal de que proporcionase pomposas fiestas á la turbulenta Roma que no podía vivir sin fuertes emociones.

Apenas pasada la comitiva, quedaron rezagados algunos grupos de los que no habian sido arrastrados por la loca alegría de la plebe, ó los que no encontraban motivo para abandonar sus quehaceres por seguir y aclamar á una turba de ambiciosos, de tiranos, de aduladores y de mujeres disolutas.

En uno de aquellos grupos se destacaba el semblante pálido y adusto de un religioso dominico que al parecer arengaba á su auditorio. Vario debía ser el efecto que producian sus palabras en el ánimo de aquella gente; porque unos semblantes daban pruebas de adhesion, en otros estaba pintada la duda, y en otros la desaprobacion y el sarcasmo.

Apoyado en una esquina estaba un hombre, de una fisono-

mía incalificable, que no revelaba ni su edad, ni su carácter, ni su patria, ni tal vez su estado, si su traje negro y de una hechura especial, no hubiera demostrado que era un abate. Contemplaba con un ademan impasible al dominico, escuchando al mismo tiempo al que le acompañaba, que era un jovencillo imberbe, como de 19 años, cuya locuacidad—á juzgar por sus ademanes—no alcanzaba á separar al abate de su fria observacion.

Vestia el jóven una ropilla corta de escarlata, ceñida por un cinto de cuero, del que pendian dos graciosas escarcelas bordadas; seguia un pantalon estrecho que terminaba en un zapato de aguda punta. Ceñia espada y cubria su negra y sedosa cabellera con un gorro de veludo negro, adornado por una sola pluma blanca. Tenia un libro de hojas de pergamino, con lujosa cubierta, y en él escribia de vez en cuando cualquier pensamiento; tal vez alguna estrofa, segun lo acompasado del movimiento de la mano.

El religioso dominico viendo el poco fruto de su arenga y reconociendo á los dos mencionados personajes, se abrió paso por entre la multitud y se acercó á ellos.

—Mala pesca habeis hecho hoy, padre Gerónimo,—le dijo el jóven vestido de escarlata.—Las aguas del Tíber están demasiado revueltas con el estruendo, y los peces se han ido á ocultar en el fondo del rio.

—Ludovico, Dios no me abandonará; los locos tienen sus momentos lúcidos. Hoy está loco el pueblo de Roma; algun dia estará cuerdo y escuchará la palabra del Señor.

—Cuando la tormenta atruena el aire con sus fuertes ruidos, es en vano que el grillo cante,—dijo el abate.—Mientras el toro (1) esté sobre el altar, los balidos del cordero se perderán en el espacio dominados por los bramidos.

(1) Los enemigos de Alejandro VI le llamaban el *toro* por la robustez de su temperamento, por su fuerza y valor.

—La Providencia—contestó el fraile—es mas poderosa que la maldad de los hombres; y los acontecimientos humanos tarde ó temprano se dirijen á donde ella determina.

—Pero entretanto.....

—Entretanto la humanidad sufre; pero aprende.

—La humanidad!—dijo el abate con impasible ironía—La humanidad es un fantasma que los hombres de talento dirijen á su antojo.

—Que los ambiciosos explotan por algun tiempo.

—Siempre.

—No.

—Sí.

El jóven se sonrió irónicamente y dijo:

—Es imposible que os pongais de acuerdo. Tú, respetable Savonarola, representas el sentimiento que todo lo refiere á Dios y al alma. Y tú, Maquiavelo, eres la personificacion del cálculo y de la materia. Si pudiérais fundiros en uno solo, podríais formar la personalidad de un hombre grande. Excelente asunto para una sátira! Voy á ensayarlo.—Y se puso á escribir en su libro.

—Jóven, nõ hay que burlarse de las cosas sagradas. La poesía es el aliento que Dios ha inspirado al hombre para que dirija sus cantos al cielo. El emplearla en otros asuntos es profanarla.

—La poesía es multiforme, padre Gerónimo,—contestó Maquiavelo.—Es una vestal cuando canta amores honestos, una prostituta cuando entona versos lúbricos; en la epopeya es Caliope, en la historia Clio, en la ciencia Urania. Homero cantó las pasiones de los dioses y celebró los horrores de la guerra: Virgilio ensalzó la vida campestre y el Dante hizo amable el infierno.

—Eso es lo que existe; pero no lo que debe existir: yo predicaré la reforma de las Artes como predico la reforma de las costumbres.

—Esto, esto es lo que sirve en el mundo,—dijo el abate llevando á su frente el dedo índice y apoyándolo en ella con fuerza.

—No,—replicó el fraile con energía—lo que sirve es esto —y apoyó toda su mano contra el corazon.

En aquel momento un rayo del cielo parecia haber iluminado la venerable frente de Savonarola.

Maquiavelo hizo un jesto de incredulidad y su semblante verdoso y sombrío se reanimó con el falso brillo del amor propio.

El jóven Ariosto seguia escribiendo apoyado en el guardacanton.

—Nobles caballeros! amparen á este pobre ciego inutilizado en las guerras civiles.

Así exclamaba un pordiosero andrajoso que estaba sentado en la acera detrás de los interlocutores y al cual no habian visto.

—Hé aquí representado al pueblo de Roma;—dijo Gerónimo volviéndose hácia el pobre.—Mientras se prodiga la sustancia del pueblo en suntuosas fiestas é infames orjías, ese pobre y otros muchos no tienen pan que allegar á la boca.

—La humanidad no debe considerarse en detall. ¿Qué importa al mundo un pobre ni muchos centenares de miserias? Un hombre grande personifica una época, dirige los acontecimientos, y el mundo marcha á cumplir su destino sin cuidarse de los pequeños sucesos, sin detenerse por esos lamentos y esas lágrimas que se confunden con el majestuoso ruido, con el movimiento universal impulsado por un hombre grande.

—He concluido,—dijo Ariosto cerrando su libro.—Os convido á una cena que se dá en el palacio de Este.

Savonarola dirijió una mirada severa y desdeñosa al jóven poeta, y echando una moneda en el sombrero del pobre volvió la espalda y se marchó seguido de algunos curiosos.

Maquiavelo tendió una mano á Ariosto y le dijo:

—Nos veremos.

Separáronse en seguida tomando distinto camino.

De unos gruesos pilares que sostenian el pórtico de un antiguo edificio cercano, salió un hombre embozado, calado el sombrero hasta los ojos; y pasando junto al ciego que habia quedado solo en aquel sitio, le dijo sin inclinar el cuerpo.

—A las diez de la noche en la casa del Trastíber.

III.

LA CASA DEL TRASTIBER.—LOS CONDOTTIERI.—MICHELOTTO.—PETRUCCIO.

Del lado allá del rio y cerca de Ntra. Señora del Trastíber, habia un barrio de miserable aspecto, habitado por pescadores, por antiguos aventureros de las facciones y por vagabundos de todos los estados de Italia; barrio compuesto de casas arruinadas ó reconstruidas sobre las antiguas, donde alojaron en otro tiempo las desenfrenadas legiones de Rávena en las guerras civiles de Roma (1). Entre esas casas ahumadas y medio derruidas, distinguíase una de mas fastuosa apariencia, aunque de irregular arquitectura. Penetrando en el interior de un patio escasamente iluminado por una lámpara de metal, se distinguia un peristilo del órden toscano, cuyas columnas y capiteles enviaban sus sombrías proyecturas á las paredes interiores. Bajo sus arcos estaban varios hombres, cuya condicion seria difícil conocer á primera vista, mas que de seguro no revelaban que perteneciesen á ninguna de las clases que inspiran seguridad y reposo. Semblantes generalmente pálidos;

(1) Los que habitaban este barrio pretendian descender de los antiguos romanos; por eso eran mas bravos y groseros.

barba y cabellos desaliñados; ropajes compuestos de piezas del traje militar y del de los paisanos de la Umbría, las cabezas cubiertas unas con cascos de acero abollados y rotos; otras con cumplidos chambergos; estas con el bonete florentino; aquellas completamente desnudas; llevaban tambien diferentes armas que indicaban su varia procedencia. Aquellos hombres que ocupaban los largos corredores formando grupos ó esparcidos, recostados en el pavimento ó apoyados contra las columnas, paseando ó inmóviles, murmurando en varios dialectos, ó silenciosos espectadores, formaban extraños y sombríos cuadros de los que nada bueno podia presajarse.

Un personaje de elevada estatura y gentil continente que entró en aquel momento, puso término á todas las evoluciones. Aquella turba andrajosa, por una especie de respetuoso instinto se alineó instantáneamente como una fuerza militar que obedece á la voz de mando de su jefe. Al desembozarse el recién venido, pudo descubrirse el semblante de un jóven como de 25 años, de color moreno pálido, de rasgados ojos negros y larga y ondulante cabellera. Su ropilla, de veludo morado, ceñia su airoso talle sujeto con un ancho cinto de cuero, del que pendia una cadena de metal y un machete de rica empuñadura; su capa roja oscura estaba guarnecida de pieles negras: de igual color era su sombrero de ala ancha, cuya copa rodeaban gruesos cordones de seda terminados en borlas de oro. Algo de noble, altanero y sanguinario habia en el semblante de aquel jóven, ante quien los pillos que poblaban el corredor se inclinaban al pasar.

—Petruccio!—dijo acercándose á la puerta del centro;—y apareció en el dintel un hombre blanco y pálido cuya edad y patria no era posible conocer á primera vista.

—Adelante, Michelotto,—y entraron en la habitacion.

Los aventureros del peristilo volvieron á sus posiciones discrecionales no sin lanzar *sotto voce* algunas murmuraciones contra el personaje que habia pasado por delante de ellos con

el orgullo de un *condottiero* sin dignarse apenas saludarlos.

—¿Cómo está Roma?—dijo Michelotto á Petruccio, dejándose caer en un sitio como cansado de haber andado mucho.

—Roma está tranquila,—contestó:—el pueblo bendice á Alejandro VI. Jamás hubo advenimiento que con mas regocijo fuera recibido. Desde los primeros dias del reinado de nuestro Santísimo Padre, se han visto confirmadas las esperanzas que de él se tenian concebidas. Empuñando con una mano la espada de la justicia, ha sabido vencer á los enemigos de su casa y de la Iglesia; y con la otra abriendo los tesoros de su munificencia, ha dado pan á los pobres y regocijos á la voluptuosa Roma.

—Pero no hay que dormirse en los brazos de la confianza, Petruccio: Roma y los Borgia tienen aun enemigos poderosos. Las mal apagadas pasiones de los Colonna y los Orsini, las intrigas de la república de Florencia, la sorda fermentacion de otros estados, y la actitud imponente de la Europa, son síntomas que no deben desdeñarse. Es necesario sobre todo vigilar los extranjeros, que con motivo oficial ó con pretexto de curiosidad vienen á visitar á Roma. Supongo que esta mañana podrias enterarte de lo que hablaban aquellos extranjeros y sabrás darme cuenta de tus observaciones. ¿Conociste á alguno?

—A todos, Michelotto. Aquel jóven de mirar arrogante y lujoso traje es Ariosto el poeta, el favorito de la casa de Este.

—Bah! bah! un poeta! Los poetas no son temibles cuando tocan en lira de oro y son comensales de los grandes de la tierra. Los poetas regularmente son malos conspiradores; porque acostumbrados á publicar en dulces endechas el secreto de sus amores no inspiran gran confianza. ¿Y aquel religioso dominico....

—Es Savonarola.

—Oh! ese es pájaro de cuenta. Es un hombre á quien

nuestro Santísimo Padre Alejandro teme mas que á un ejército de gibelinos; porque halaga las pasiones de la multitud ofreciéndola pan y libertad.

—El otro de semblante pálido y verdoso, mirada incisiva y fascinadora, de sonrisa sarcástica....

—¿Hablas de Maquiavelo?

—Seguramente. Ese abate florentino, noble de raza y de opinion republicana es hoy el terror de la democracia.

—Ningun temor causa á nuestro señor César Borgia. Por mucho que alcance su vasto talento y sutil intriga, alcanza mas nuestro amo. César tiene una llave de oro en su escarcela, una espada en su costado izquierdo y una elocuencia en sus labios, á las que nada se resiste. Bajo el grave manto talar de ese severo filósofo estóico, se oculta un hombre con todas las debilidades de un corazon que ama con pasion á las mujeres y apetece las comodidades de la vida, sin tener los suficientes medios de satisfacer sus deseos dominantes.

—Pero á qué ha venido á Roma?

—Acércate y te lo diré muy bajo; porque temo herir una reputacion tan alta. Maquiavelo ha venido á venderse al favor de César.

—Y venderá los intereses de la república?

—No sé: en todo caso á César le conviene la alianza de Florencia y poco le importa la forma de gobierno.

Los dos personajes terminaron su plática y se separaron; Michelotto para dirigirse al palacio Vaticano y Petruccio para disfrazarse de mendigo ciego y colocarse en uno de los sitios públicos de la ciudad.

César Borgia, en sus miras de ambicion, que no conocian mas límites que el recinto de la basílica de San Pedro, habia organizado una policía secreta compuesta de pocos miembros, pero capaces, celosos, ilustrados, los cuales tenian á sus órdenes para las vias ejecutivas, la tropa de pillos que acabamos de ver bajo el peristilo de la casa del Trastíber.

Michelotto era el jefe y jefe igualmente de tres asesinos estúpidos, brutales, sin nociones algunas de la moral, sin el mas leve sentimiento piadoso en el alma.

Michelotto era español y valenciano como el oríjen de los Borgia. Unos caballeros habian deshonrado á su hermana en un festin: unos bandidos habian asesinado á su padre. Reducido á la miseria en la adolescencia, no encontró un alma abierta á la compasion. Entonces quiso mas bien robar que pedir: fué perseguido por la justicia y se refugió en Roma. Aquí se alistó en las tropas de los condottieri: César Borgia llegó á conocerlo; le agradó su buen talento, su serenidad en los peligros, su astucia y su arrojo en las escaramuzas. Pronto lo elevó en categoría; finalmente lo trajo á su lado y fué desde entonces su mas íntimo confidente. Michelotto que no habia encontrado sobre la tierra á nadie que se interesase en sus desgracias, entregó su corazon á César con tan ciega adhesion que hasta despues de muerto aquel le supo guardar fidelidad. En esa vida vagabunda, turbulenta, pisando charcas de sangre ó recamadas alfombras, teniendo entre sus brazos mujeres hermosas desmayadas por el terror ó estrangulando con sus propias manos los enemigos de César, se sonreia como el jenio de la venganza, y consideraba esos actos de crueldad y desenfreno como una justa punicion de los cometidos con su familia. Michelotto, en fin, aborrecia al género humano y no amaba sino á César.

Petruccio era hijo de un pescador napolitano. Nació con una constitucion enfermiza sujeto á accidentes epilépticos. Su carácter era inquieto, melancólico: su imaginacion sutil, fecunda. Ambicioso de fortuna, amante de los placeres sensuales y mal avenido con la vida de los mares, apenas entrado en su adolescencia, abandonó las redes y las playas de Mesina. No teniendo otro oficio que el de pescador, careciendo de toda instruccion, aislado en el mundo, se lanzó á esa vida aventurera á que los italianos fueron siempre inclinados y que ha dado nom-

bradía á los condottieri y lazaroni. Petruccio tenia un carácter tan elástico, que se plegaba fácilmente á todas las situaciones de la vida. La naturaleza lo habia dotado de unas facciones delicadas, de un tono de voz dulce y flexible, de una mirada simpática. Sin conocer una letra podia pasar por hombre instruido: porque sabia comprender y apropiarse los pensamientos y las palabras de otros. Imitaba con sorprendente maestría, el tono de voz, los ademanes y aun las fisonomías de los demás. Tal era la flexibilidad de su carácter y del juego de sus músculos. Tuvo muchos oficios, desempeñó varios cargos para los que no habia nacido; mas todos por corto tiempo, y viviendo mas comunmente sobre el país. En la iglesia parecia un devoto, en el teatro un inteligente, en la orjía un calavera, en el puerto un comerciante. En todas partes se hallaba; parecia mutiplicarse.

Los hombres decentes no desdeñaban su lado; las gentes del pueblo le consideraban como un compañero: las damas solicitaban su galanteo.

Y con todo, Petruccio no era feliz, porque le faltaban los dos principales elementos: la salud y el dinero. Lo primero, no podian dárselo los médicos; porque todavía no sabia la ciencia cambiar los temperamentos ni hacer constituciones nuevas; pero lo segundo era posible y tras ese fantasma que siempre se alejaba, corria Petruccio con la ansiedad que desea, con la fé del que espera.

Para alcanzarlo, estaba dispuesto á hacer todos los papeles, el de santo ó el de demonio.

Así habia pasado la juventud y ya entrado en la vejez, seguia sin descanso su querida ilusion.

La fortuna, finalmente, iba á coronar sus deseos. Habia entrado al servicio de César Borgia, el hombre mas opulento y á la sazón el mas poderoso de Italia.

Mas necesitaba ganar el vellocino de oro: tenia que hacer el pordiosero, el espía, el caballero, el sacerdote, el verdugo;

representar todas las situaciones de la vida, todas las edades. Mas no haya miedo por eso. Petruccio dejaba airosos todos los papeles. Militar ó caballero, ciudadano, fraile ó verdugo, comerciante ó pordiosero, anciano ó adolescente, no habia en toda la Italia un histrion mas consumado.

Le hemos visto demandar la caridad pública al pié de las ruinas como un pobre ciego. Puede que algun dia le veamos vestido de lindo paje entre la cabalgata que acompaña á la Lucrecia ó cubierto con el sayal de fraile entre los *piagnoni* de Savonarola.



ARIOSTO

Revista Mexicana de Bibliografía



IV.

EL ARIOSTO.

El poeta nace. A la edad de diez años el Ariosto habia compuesto en diálogos la fábula de Tisbe; y reuniendo á sus cuatro hermanos y cinco hermanas todos niños, les hacia representar su primera obra que habian aprendido de memoria; interesante estreno de un Artista!

La vida de Ariosto es uno de esos tristes ejemplos de la humillacion del jenio por el rudo materialismo, planta maldita que nace y crece en todos los siglos al lado de la intelijencia para ahogarla y algunas veces para prostituirla.

La historia, y el pincel nos han transmitido la semblanza física y moral de Luis Ariosto. "Elevada estatura, miembros robustos, contornos severos, nariz aguileña, ancha frente, poblada barba y abundante cabellera; ojos negros y expresivos, y aspecto melancólico en la soledad, pero agradable y risueño en las reuniones y en la compañía de las mujeres."

En la parte moral, el mismo Ariosto confiesa su inconstancia, de la que no podia curarse y ciertas preocupaciones y costumbres que no debian llamarse rigurosamente personales, sino el reflejo de las de su tiempo. Resplandecian en él tres

cualidades morales que siempre engrandecerán al hombre que las posea; la rectitud, la modestia y la lealtad.

Descendiente de noble aunque pobre alcurnia, amargaron los mejores dias de su existencia las humillaciones que le hicieron sufrir los grandes, ignorantes y presuntuosos. La dulce amistad y el trato íntimo y misterioso con algunas mujeres bellas y cariñosas, dulcificaron en algun tanto los sinsabores de su vida. Jamás llegó á deslumbrarle el fausto, por mas que la mayor parte del tiempo lo pasara bajo el dorado arteson de los palacios y en medio de las riquezas; prefiriendo su modesta casita de campo y el espectáculo esplendoroso de la naturaleza, á la magnificencia que acumula el oro y la vanidad de los grandes.

Nació en la ciudad de Reggio el 8 de Setiembre de 1474, de Nicolás de los Ariostos, de Ferrara, y de Daría de Magaluzzi de Reggio. Fué discípulo de Gregorio Spoleto, excelente latino, de quien el Ariosto adquirió el conocimiento de los clásicos, especialmente de Plauto. *La Cassaria* y *los Suppositi* fueron los primeros ensayos del jóven poeta.

Huérfano desde muy temprano, tuvo que hacerse cargo de la educacion y mantenimiento de sus hermanos. Puede comprenderse cuán afanosa seria su vida, pobre como era de fortuna. Buscando alguna compensacion, la encontró pulsando la lira en versos italianos, que muy pronto le alcanzaron justa celebridad.

El cardenal Hipólito de Este, que como todos los grandes de aquel tiempo queria pasar por entendido en las letras, recibió al Ariosto entre sus jentiles-hombres; pero incapaz de comprender el precio de la adquisicion que habia hecho, tenia al Ariosto mas bien como un correo ó un enviado para desempeñar sus encargos, que como un poeta distinguido.

La juventud y gallarda apostura del Ariosto, su lenguaje culto y finos modales, daban á Hipólito cierta importancia de ilustracion que no tenia, y el pobre doncel que en realidad

no era allí mas que un criado distinguido, sentia con frecuencia enrojecer sus mejillas de vergüenza al verse humillado á los ojos del mundo.

Mas adelante, en el año 1509, mejoró su posicion en la casa de Este; pues el Cardenal le envió de embajador de su hermano Alfonso cerca de Julio II para solicitar la ayuda del Papa contra los venecianos. Esta embajada tuvo mal éxito, porque Alfonso ignoraba que Julio II, que habia entrado en la liga de Cambray, se habia arreglado con la República. En la segunda embajada al año siguiente, fué aun mas desgraciado el Ariosto, teniendo que cortar con la fuga los efectos del carácter impetuoso del Papa que en uno de sus arranques era capaz de hacer arrojar al mar al embajador.

El Ariosto era prudente y entendido en los negocios civiles, sin carecer por esto del valor del guerrero, mostrándolo en la batalla de Pó, apoderándose animosamente de una nave enemiga. Ferrara vió en este hecho de armas al ciudadano y caballero, así como ya conocia al poeta en sus armoniosos versos.

Alfonso de Este reparó las faltas de su hermano Hipólito, aposentando en su palacio al Ariosto; no en clase de criado, sino como su poeta querido. Lucrecia por su parte lo colocó entre las damas distinguidas de su corte, donde vivia como Apolo entre las musas.

A la edad de 31 años comenzó su poema de *Orlando furioso*, en el que empleó once, estando aun en el servicio del Cardenal. Ni los disgustos domésticos, ni los frecuentes viajes, ni los cuidados públicos, pudieron retraerlo del encanto de la poesía. La poesía era su amor, su consuelo, y la consagraba con entusiasmo todos los instantes que podia robar á la diplomacia y á las ocupaciones de su repugnante servicio.

Habia ya terminado su poema. ¿Puede comprenderse la alegría de un pintor, la de un poeta, el dia en que ha terminado una obra larga y difícil, donde ha gozado en los triun-

fos, donde ha luchado con los inconvenientes, donde ha gastado los tesoros de su imaginacion, donde ha empleado su energía y los sentimientos de su alma?

El poema de Ariosto, era el poema de su vida: en él habia vertido sus placeres, sus amarguras. Allí está personificado su jenio; allí están sus amigos, sus enemigos, las mujeres de su adoracion; allí las virtudes y las flaquezas humanas. El Ariosto creia haber representado en su poema al mundo entero, y satisfecho, embriagado de entusiasmo, creyó en su cándido fanatismo, que el cardenal Hipólito juzgaria con la mente del autor.

¡Ah! pobre poeta! Al recibir Hipólito el poema en que tanto se ensalzaba su nombre, le dirigió estas notables palabras: *"Dove diávolo, messer Ludovico avete pigliato tante coglionerie?"*

El efecto que aquellas estúpidas palabras produjeron en el ánimo de Ariosto, solo pueden comprenderlo los poetas y los artistas de corazon.... Sus brazos cayeron á plomo: sus labios yertos y frios, no pudieron articular una palabra: apenas tuvo valor para inclinarse ante Hipólito, retirándose con su obra que apretó contra su pecho con un movimiento convulsivo.

Entróse en su estancia y allí en el primer arrebató de su cólera resolvió romper su libro. ¡Once años de trabajo, once años de ilusiones y esperanzas, desvanecidas en un solo instante!.... ¡Oh! siempre la intelijencia esclavizada, dominada por la ignorancia.... y tambien escarnecida!....

El Ariosto abre su libro y coje un haz de sus hojas con el intento de rasgarlas; pero su vista se fija instintivamente sobre aquellas pájinas, hijas queridas de su imaginacion y de su alma.

Era el canto VII en el que el poeta abandona el tono bufon que alguna vez adopta, para elevarse al estilo sublime de la epopeya, y á la vista de los males de la Italia, se desfoga

contra sus enemigos en los versos que comienzan:

¡Oh fameliche inique e fiere arpie
ah? all'accecata Italia, e de error piena,
Per punir forse antiche colpe rie.
In ogni mensa alta guiudicio mena!

Su mano se detuvo: su corazón de padre de aquellas hijas de su pensamiento, habló en su favor y vivió *el Orlando* para llegar hasta nosotros.

El Ariosto mereció de sus contemporáneos el sobrenombre de *divino*, que la posteridad ha confirmado: al contrario del Aretino cuyo celeste sobrenombre profanó la adulación de su tiempo y nosotros hemos borrado de su historia para condenarla al desprecio público.

En nuestro siglo profundamente analítico que se aprovecha tan bien del juicio de los siglos anteriores para censurar las obras de los hombres, la opinión que se tiene del Ariosto puede reasumirse en estas palabras de César Cantu.

"No tiene igual en el atrevimiento de la espresion, en la estructura de los versos, la abundancia de la frase, la evidencia de las imágenes, la limpieza constante del estilo, de un estilo lleno de delicadeza, que sabe mirar siempre las cosas por el lado mas agradable. Si hubiese dirigido hácia un noble objeto aquella práctica del arte, aquel conocimiento superior de los clásicos, aquel buen sentido lleno de sagacidad, la Italia hubiera tenido un grande hombre mas, al paso que no ha tenido en él mas que un gran poeta."

El Ariosto no alaba mas que á la casa de Este, "*simiente fecunda que la Italia y todo el mundo debe honrar, flor, alegría de todo lo mejor que ha visto el cielo en ilustres personajes.*"

Ahora bien. ¿Cuáles eran los señores de Este? ¿quiénes eran aquel justo Alfonso, aquel benévolo Hipólito, y aquella

Lucrecia Borgia á quien hace superior á la misma Lucrecia Romana?

“La cui bellezza ed onestá preporre
“Dove all’anticha la sua patria Roma.”

La historia dice quien era la familia Borgia y el duque Alfonso de Ferrara.

Estas adulaciones del Ariosto no le valian mas que 21 francos mensuales por su cargo de gentil-hombre de Alfonso, al que solia añadir algun vestido de gala en las grandes solemnidades.

Aquel mismo *Orlando* en que tan divinos versos habia prostituido ensalzando á la hija de la Vanozza y la casa de Este, tuvo el desgraciado poeta que mandarlo imprimir á su costa.

El Ariosto murió el año de 1533 á la edad de 59 años. Se enterró en la iglesia de los Benedictinos de Ferrara en un gran mausoleo de mármol blanco. En el vestíbulo del refectorio hay un cuadro del paraíso, pintado por Benedetto Garrafolo, en el que se ve retratado el Ariosto entre Santa Catalina y San Sebastian.

El poeta que era su amigo le habia dicho: “Colócame en este paraíso, no sea que yo tome el camino del otro.” Aludía tal vez á su inclinacion por las mujeres.



RAFAEL
SANZIO

Revaista Medica Bomba 1



V.

JUAN SANTI.—MAGGIA.—RAFAEL.—PERUGINO.

En la ciudad de Urbino, residencia de los espléndidos duques de este nombre, habia una calle llamada de las Flores, que conducia al campo por la parte del norte.

En el extremo de dicha calle estaba situada una casita de modesta apariencia; pero que revelaba desde luego mucho aseo y una buena distribucion.

Penetrando en su interior se confirmaba esta idea, al ver la propiedad que reinaba en las habitaciones y en los muebles.

Cuatro personas la habitaban; un matrimonio todavía joven, una muchacha como de quince años y un niño de veinte meses.

A espaldas de la casa habia una especie de galería de la misma extension que la fachada: esta galería tenia grandes ventanas que daban á un bonito jardin. Las paredes estaban adornadas de cuadros y en sus cuatro ángulos habia pedestales de estilo griego, sobre los que se veian jarrones, bustos y otras piezas de mármol y estuco.

Cerca de una ventana estaba un trípode de madera y sobre

la meseta una figura desnuda á medio modelar. Junto á otra ventana, con luz al norte, habia un caballete descansando sobre el fondo de la pared que estaba cubierta de un paño de medio color.

Habia además sobre las mesas y taburetes, esparcidos sin orden, libros, instrumentos de Matemáticas, armas y otros objetos que demostraban ser aquella galería el taller de un pintor.

Era el mes de Mayo y la hora las cinco de la tarde. El pintor acababa de sentarse en el banquillo delante de su caballete, con el carbon en la mano en ademan de trazar sobre un lienzo.

Su linda y jóven esposa en el lado izquierdo del caballete, sentada en un cojin de damasco rosa, hacia una labor de mano; teniendo junto á sí una cuna, donde dormia apaciblemente el mas hemoso niño que vieron los mortales.

La muchacha, que parecia pertenecer á la familia por el buen estado de su traje y algunos rasgos de semejanza, entraba y salia en la estancia, reia, cantaba, besaba muy suavemente al niño, regaba las flores del jardin y se perdia en el interior de la casa, oyéndosela repetir á varias distancias una especie de ritornello que parecia mas bien improvisado por la cantora, que compuesto por algun músico.

—Maggia,—dijo el pintor á su jóven esposa—deberemos esperar á que el niño despierte.

—Como tú quieras.

—El mayordomo de Su Excelencia está impaciente por recibir su madona. Ya son tres las obras que hay en palacio pintadas por mi mano; pero no han salido de los cuartos de los sirvientes del Duque. Oh! Si yo lograse colgar siquiera un cuadro en la cámara de S. E.! Pero no soy mas que un pobre artista, Maggia—añadió tristemente—no sé pintar mas que vírgenes y ánjeles; y eso porque tú y nuestro querido *bambino* me inspirais. Si yo supiera hacer siquiera la mitad de lo que hace nuestro compadre Perugino ó ese otro jóven florentino lla-

mado Vinci, que tanto celebra la gente....

—Santi, tus cuadros son mas hermosos que ningunos: las obras de los demás pintores me parecen duras ó frias; solo en las tuyas hallo calor, armonía, dulzura.

La sonrisa de la felicidad brilló en el semblante de Santi, inclinó la cabeza hácia Maggia; sus labios se encontraron en el camino y se unieron en un íntimo y dulcísimo beso.

—Gracias, Maggia; tienes razon: mis cuadros deben ser muy buenos, porque están en ellos copiadas tus facciones. Y es una fortuna; porque el vulgo ignorante cree aplaudir mis pinturas cuando en realidad te aplaude á tí.

En este momento el niño soñaba alguna cosa deliciosa, porque se sonreía como un ángel. Los padres sorprendieron aquella sonrisa y Maggia rodeando el cuello de su esposo con su brazo desnudo y torneado, puso su cara junto á la suya y le dijo á media voz.

—Míralo, Santi!

—Sí! sí!—contestó el pintor conteniendo el aliento.

Rosina entró atropelladamente levantandò la voz al repetir por centésima vez su *ritornello*.

El niño se estremeció en la cuna y la sonrisa se cambió en un jesticillo de susto.

—Rosina, qué has hecho?—gritó Santi cerca de incomodarse.

Rosina se encojió de hombros, y así que supo la causa de aquella exclamacion cojió entre sus brazos al niño que ya estaba despierto, y empezó á chillarlo como una loca.

—Vamos, vamos!—dijo Santi—no hay valor para incomodarse con esta muchacha. Maggia, si te parece....

—Cuando quieras.

Rosina iba mostrando al niño con el dedo todos aquellos cuadros de ángeles y vírgenes en los cuales estaban representadas las facciones de Maggia y de su hijo con un colorido fresco, brillante, aunque el dibujo no fuese enteramente cor-

recto. Despues corria Rosina al jardin, cojia flores olorosas de vivos colores y suave tacto y las acercaba á la cara del niño, ó las ponía en sus manecitas, le mostraba el cielo y le llamaba la atencion hácia el canto de los pájaros.

Maggia estaba colocada en su puesto. Santi se iba cansando de esperar; sentado al caballete aguardaba á que Rosina terminara sus locuras y gritó:—Aquí, Rosina!

Rosina obedeció. Maggia tomó el niño en sus brazos; Santi arregló la posicion y comenzó su obra.

El feliz artista sabia tan de memoria las facciones de su esposa y de su hijo, que bien podia pintar las madonas sin la presencia de los modelos; pero estaba tan enamorado de Maggia y queria tanto á su hijo, que se valia de este motivo para tenerlos siempre á la vista.

La obra se comenzó y terminó felizmente. Y el mayordomo de Su Excelencia la hizo el honor de colocarla en lugar preferente en el testero de su sala. Hizo mas aun: la ponderó tanto al Sr. Duque, que por un acto de condescendencia se dignó pasar á verla.

Es un *cattivo pittore* este Santi—dijo desdeñosamente Su Excelencia despues de haberla visto. Pero es fresca esa vírjen, por Dios santo, fresca como una rosa del Arno.

—Son las facciones de Maggia, señor, la muger de Santi.

—Hola! ese bribonzuelo tiene una mujer tan hermosa?

—Y ese bambino es su hijo.

—Bellísimo tambien.

—Pero son pobres y honrados, señor.

—Te entiendo, Giambattista. Será necesario protegerlos. ¿Qué podré hacer por ellos? indícame....

—Mandadle hacer alguna obra, señor.

—Imposible! El palacio de los duques de Urbino no se afeará con esos mamarrachos.

El mayordomo se enrojeció de vergüenza; las últimas palabras de su amo le parecían un insulto hecho á su inteligencia;

porque él creía de un mérito superior las obras de Santi.

—Indícame otro medio y consúltame—le dijo el Duque al marcharse.

Ya sabemos cuál era la ocupacion de Santi. Así pasaban los dias, los meses y los años; cultivaba con Maggia las flores del jardin ó tocaba la flauta, de la que sacaba unos sonidos tan dulces y melancólicos como los jemitos de una tórtola y con los que el pequeño Rafael se dormía silenciosamente. También era poeta.

Las personas ricas y los inteligentes no compraban los cuadros de Santi; pero los pobres, la multitud ignorante y sencilla que siempre mira los cuadros con los ojos de la fe, se los arrebatava de las manos. De este modo aunque la miseria pasaba por las puertas de Santi nunca penetraba por ellas.

Rafael crecía entre tanto.

Ya no podía servir de modelo á su padre para sus bellísimos ángeles.

Tuvo entonces que pintar arcángeles, representarlos con grandes alas y con su magnífica cabellera tendida por la espalda.

Este fué un nuevo jénero de goces y recursos metálicos para el artista; porque el pueblo que antes compraba vírgenes con su niño, ahora compraba á San Miguel, S. Rafael, San Gabriel y el Angel Custodio.

Maggia que ya no servía de modelo para su esposo, comenzó á servir para el hijo; porque Rafael desde que empezó á manejar los pinceles, se dedicó á copiar el bellísimo semblante de Maggia que desde pequeño miraba en el modelo vivo y en todos los cuadros que vestían las paredes y que revistaba diariamente en los brazos de Rosina.

¿Qué extraño es que Rafael haya merecido con el tiempo los títulos de *Divino*, de *Querubin de la pintura*, cuando desde

que nació vivió rodeado de semblantes bellos y apacibles, de flores y aromas, del canto de las aves, del amor y la religion?

La naturaleza lo habia formado tambien para un destino especial. Su talle era esbelto, su cabeza ideal, poética.

El cabello blondo y sedoso, la frente serena, los ojos rasgados, grandes, algo adormidos, melancólicos y de una dulzura inefable; la nariz lijeramente curva; la boca infantil y con una leve expresion de sufrimiento; largo el cuello, caida la espalda como el contorno de una mujer; elástica la cintura; muelle la posicion de las piernas que eran delgadas así como su cuerpo; pero de una perfeccion artística intachable.

Casi siempre vestia de veludo y parecia un lindo paje de la época.

Su carácter guardaba una perfecta armonía con su figura. Era virtuoso, apacible y devoto como Maggia y Santi. Le gustaba ser espléndido con los niños de su edad y adquiria sobre ellos un ascendiente tan espontáneo y natural que le valió el título de *il principe*.

Retrataba fácilmente á todo el mundo y daba graciosa-mente los retratos, agradeciendo mucho que recibieran sus *bambocci*, como él los llamaba.

Tal era Rafael de Urbino á la edad de doce años.

Una mañana se notó mucho movimiento en la casa de Santi. Rosina entraba y salia frecuentemente con su cesta de compra en el brazo y acompañada de un muchacho cargado tambien de comestibles.

Era que tenia un huésped que habia sido recibido con la cordialidad de un antiguo amigo.

Pedro Vannucci, llamado el Perugino, por haber nacido en Perusa, era hijo de padres humildes de Castel della Pieve. Sediento de gloria y de dinero, abandonando su patria y su familia, se presentó en Florencia en el obrador de Andrés Verocchio, sin mas recomendacion que su atrevimiento, ni mas equipaje que el traje que llevaba puesto y el báculo que le ha-

bia servido de apoyo en el camino. Verocchio prendado de su desembarazo le tomó por discípulo y dejó á su favor algunas horas para que pintase por su cuenta y reuniese algun capital. Hizo lo demás el tiempo. Florencia se honró con sus obras y Sixto IV le llamó á Roma donde trabajó con gloria del Arte y provecho del artista. El amor de la patria le llamó nuevamente á Florencia donde abrió una escuela de dibujo y pintura bajo la proteccion de Lorenzo el Magnífico.

El ilustre huésped de Santi era, como ya se indicó, su compadre y padrino de Rafael. Nada le habia escrito de su viaje porque queria sorprenderle y llegó al amanecer con un séquito de criados que podria honrar á un príncipe.

Vannucci abrazó cordialmente á los felices esposos y á su ahijado sorprendiéndose de su singular belleza. Vió y celebró los primeros ensayos de su pincel, y poniendo ambas manos sobre los hombros de Rafael le dijo estas palabras que fueron una verdadera profecía.

—Anda, querido *bambino*; que tú levantarás el Arte hasta los cielos y serás el príncipe de los artistas.

Rafael, que era naturalmente pálido, se enrojeció como una doncella al escuchar esta alabanza en los labios de un hombre como Perugino; y un rayo del jenio que comenzaba á desenvolver su jérmen en aquella jóven cabeza, brilló en sus ojos como un relámpago.

Santi obsequió á su huésped con una comida suntuosa, atendida su pobre fortuna; pero mezquina para las que acostumbaban tener en aquella época los grandes artistas; comidas tan espléndidas y extrañas, que hoy no daría ningun soberano de Europa.

Vannucci y el mayordomo del Duque que habian sido convidados, ocupaban el testero de la mesa, teniendo á su lado á Santi y Maggia: el resto lo ocupaba la servidumbre de Vannucci á quien la graciosa Rosina y Rafael hacian los honores.

Faltaba allí la bellísima esposa de Perugino que no habia acompañado á su marido porque este no se atrevia á dejar sus tesoros sin una interesada que velara por ellos. Pero se brindó á su salud repetidas veces y á la de Bramante, pariente de Santi que en la actualidad se hallaba en Roma dirijiendo la obra de San Pedro.

—Quiero llevarme á tu hijo,—dijo Vannucci á su compadre.—Maggia palideció.—Tengo gusto en encargarme de su suerte. ¿Estás conforme, muchacho?—continuó dirijiéndose á Rafael, el que consultando rápidamente con los ojos á Santi y á Maggia, bajó la vista esperando una resolucion que hacia palpitar su corazon de temor y de esperanza.

—Responde, Rafael,—dijo Santi.

Rafael miró entonces solamente á su madre. Los ojos de Maggia estaban llenos de lágrimas. Tan identificadas se hallaban las almas de la madre y el hijo, que no podian separarse sin un gran esfuerzo, sin una profunda sensacion.

Rafael contestó:

—Lo que dispongan mis padres.

—Parte; dijo Santi sin atreverse á mirar á Maggia.

Tres dias estuvo Perugino en casa de sus compadres. Maggia y Rossina prepararon el equipaje de Rafael. El duque de Urbino que supo todo lo ocurrido, hizo poner en la escarcela del jóven pintor una suma de dinero (1).

La despedida fué tierna como debia esperarse de una familia tan estrechamente unida. Rafael se despidió de sus amigos, de Rosina, de su padre; mas al llegar á su madre, sus ojos, que hasta entonces habian permanecido enjutos, derramaron abundantes lágrimas que se confundieron con las de Maggia.

Partieron al fin, y Rafael dirigió la última mirada á los

(1) Rafael no olvidó nunca esta accion y legó á la posteridad en la Escuela de Atenas, el retrato de Francisco María de la Rovere, duque de Urbino.

campos y al cielo de su país, únicos que había visto en el mundo.

Al traspasar los últimos términos, se divisaba en lontananza una casita, sobre cuyo terrado ondeaba de vez en cuando un pañuelo blanco.

Fácil es comprender que eran los últimos signos demostrativos del amor de una madre.

VI.

LOS BORGIA.—UNA ESCENA DE FAMILIA.

La maledicencia de la época atribuía tantos amantes á Lucrecia, que á su lado hubiera podido pasar por una vestal la mas licenciosa cortesana de Roma.

Pero los Borgia tenían muchos enemigos implacables y poderosos y muy capaces por lo mismo de introducir la calumnia en el santuario de la vida privada, para arrojar sus misterios á las calles con todas las apariencias de crímenes. No queremos, sin embargo, erijirnos en campeones de los Borgia: respetamos la historia.

“Cuando César se dirigía al Vaticano á ver á Su Santidad, llevaba regularmente á su lado á su hermana Lucrecia, que montaba un caballo árabe cubierto de seda negra. Del mismo color era su vestido para que pareciese mas blanca su frente, bajo sus rubias trenzas y mas delicada su cintura con la basquiña de franjas de plata.

“Acompañábanlos los embajadores de España y Nápoles y los seguían nobles caballeros y sus señoras.

“Llegados al palacio pontificio, besaban el pié y la mano al Papa, quien los estrechaba tiernamente en sus brazos. Hecho



Revista Médica Bona L.



esto, tomaban asiento entre los círculos de los Cardenales y altos funcionarios de palacio.

"Lucrecia se sentaba en el suelo sobre un cojin de terciopelo á la derecha de Alejandro, y Sancha de Aragon, mujer de Jofredo Borgia, á la izquierda.

"Alejandro trataba los asuntos oficiales de Estado en plena familia, y cuando estaba ausente y César no estaba en Roma, Lucrecia despachaba los negocios con los altos dignatarios."

Pero esta vez, solamente la familia estaba reunida en el gabinete privado de S. S. Hablábase del estado de Roma y de la Italia. Se combinaban proyectos, se hacian proposiciones, se removian inconvenientes. Alejandro, que presidia el acto, desarrollaba su grandioso plan de la rejeneracion de Italia. Quería que la Iglesia fuese poderosa por su riqueza, por su sabiduría, por su union, por su independendencia, por su disciplina. Para esto debia comenzarse por crear los hombres que habian de desempeñar los principales cargos: era necesario llevar la espada en la mano derecha, la cruz en la siniestra, la sabiduría y la prudencia en la cabeza, la fuerza de voluntad en el corazon.

Alejandro queria la unidad de la Italia, su prosperidad y su independendencia. A las turbulencias civiles, á la ambicion de los grandes, á los arrebatos de la demagogia, á la abyeccion del pueblo, debia suceder el dominio pacífico de la cruz, la proteccion de las ciencias y las artes, el desarrollo sucesivo de la riqueza pública.

Los Borgia eran los principales agentes de la ejecucion de este plan. César que habia trocado el capelo por la espada, era el ángel exterminador de las facciones. El Duque de Gandia, el mas popular de los hermanos, debia entenderse con las masas: Lucrecia sin tener puesto fijo, acudiría á todas partes con la prudencia de sus consejos, con la persuasion de su elocuencia, con el imperio de su hermosura. Bien pudiera decirse

que Alejandro era la cabeza, César el brazo y Lucrecia el corazón.

Aquella sesion que tenia mucho de solemne y tenebrosa, porque en el desarrollo de un grandioso plan se mezclaban palabras de oscuro sentido pronunciadas á media voz, fué interrumpida por tres golpes sucesivos de campanilla.

—¡Michelotto!—dijo César levantándose y moviendo un resorte de la puerta de la cámara.

El joven español entró con desembarazo, inclinóse delante de la augusta familia y se adelantó hasta colocarse á cuatro pasos de distancia de Su Santidad.

—¿Qué hay, Michelotto?—dijo Alejandro dándole á besar su pié—¿cómo está Roma?

—Tranquila, Beatísimo Padre.

—¡Es muy raro! Los partidarios de los Colonna y los Orsini, no han promovido ningun alboroto? ¿has pasado por el palacio Broschi?

—Es mi primer cuidado, Beatísimo Padre.

—Y qué dice maestro Pasquino?—continuó Alejandro sonriéndose.

—Pasquino siempre habla; y hoy mas que nunca.

—Ya entiendo: allí estará pintado el oso de los Orsini amenazando al buey de los Borgia,—dijo el Papa aumentando su hilaridad.

—Al contrario, señor,—repuso Michelotto— Pasquino publica las alabanzas de N. S. P. Alejandro, llamándole padre del pueblo.

—Todos los carteles me alaban?

—Algunos calumniaban á S. S. y á su augusta familia.

Alejandro frunció lijeramente el ceño y César llevó maquinalmente la mano á su espada.

—¿Y qué dicen de nosotros? queremos saberlo todo.

—El pueblo enfurecido arrancó los carteles, arrojando al suelo sus fragmentos.

—¿Qué pretenden esos infames? ¿Quieren seguir opri-
miendo al pueblo, saqueando el fruto de sus sudores, violar
sus mujeres, manchar los templos con sus profanaciones,
mantener el ocio y las turbulencias de sus mercenarios y es-
candalizar la Europa?

—Eso no será, ¡voto á Dios! mientras lata en mi corazon
la sangre jenerosa de los Borgia y mi brazo pueda mantener
la espada—gritó á su vez César levantándose.

—Y no será,—añadió Lucrecia con la irónica sonrisa
que inspira la conciencia del propio valor—Lucrecia Borgia,
la que siente arder en sus venas la sangre española, basta pa-
ra vencerlos y humillar su cabeza al pié del sólio pontificio.

El resplandor de una satisfaccion gozosa brilló en el sem-
blante de Alejandro, é inclinándose hácia Lucrecia, estampó
un beso en su frente de heroina.

—Dios protege los Borgia, hijos míos,—continuó el Papa,
—tenemos riquezas, muchas espadas y lanzas en nuestro fa-
vor: el aura popular nos sonríe y la buena causa triunfará con-
tra sus adversarios. Vosotros y nuestros amigos dominareis en
toda la Italia. Si logramos calmar al mismo tiempo las ajita-
ciones de los países vecinos, nos atraeremos las simpatías de
sus soberanos y legaremos á la historia un nombre que ni los
cronistas de los Colonna y los Orsini, ni los escritos y pre-
dicaciones de Savonarola podrán oscurecer.

—A propósito, Santísimo Padre—dijo César—tengo apla-
zada una entrevista con Maquiavelo.

—Cuidado, César, con ese diplomático florentino. Esa ser-
piente que se desliza muelle y voluptuosamente por entre las
flores de su país, es temible cuando camina por los laberintos
de la diplomacia.

—No haya miedo, señor: en Maquiavelo he descubierto
yo dos hombres enteramente distintos. Uno, ríjido de princi-
pios, severo republicano, que todo lo sacrifica al bien de su
patria; y otro sensual, lisonjero, flexible á todas las situacio-

nes, transigente hasta hacerse cosmopolita. El secreto de esta multiplicidad está en su situacion económica. Maquiavelo que tan severo parece, tan sóbrio en la vida pública; es en la vida privada, sensual, amigo de los placeres, de la mujer y la riqueza.

Las necesidades de su vida le arrastran tanto, que á trueque de satisfacerlas será capaz de todo. Yo respondo que será partidario de los Borgia.

—Hablaste al banquero Chigi?

—Sí señor: está corriente en poner sus tesoros á disposicion de la Santa Sede.

—¿Sin condiciones?

—¡Oh señor! eso seria demasiado desprendimiento en un banquero.

—¿Qué pretende, pues?

—Una bagatela, señor; solicita una ruina para edificar un palacio.

—Concedido, con tal que no pida uno de esos monumentos que deben conservarse como un recuerdo histórico. Asegura á Chigi mi proteccion y recomiéndale que el palacio que edifique sea digno de mi pontificado y de sus riquezas. Quiero pensar en las artes. Luego que nuestra espada victoriosa, nuestra autoridad y nuestros consejos calmen las turbulencias de la Italia, protegeremos con eficacia las ciencias y las artes, para que Roma vuelva á ser como en otro tiempo la señora del mundo, no precisamente por el poder de sus armas, sino por el influjo de la civilizacion y de su jenio.

Michelotto se habia retirado. La sesion cambió de semblante, y de los negocios de Estado se descendió á asuntos de familia.

—Estoy pensando en casarte, hija mia,—dijo Alejandro á Lucrecia, dándola suaves golpecitos en la mejilla.

El duque de Gandia palideció y César frunció lijeramente el ceño.

—¡Tan pronto!—contestó Lucrecia.—Aun llevo el luto del malogrado Alfonso....

—Precisamente quiero darte otro Alfonso, acaso mas rico y apuesto que el anterior.

—Tal vez Alfonso de Este....

—¿Quién?—dijo el de Gandia con mal reprimido enojo, —ese libertino que acaba de escandalizar á Ferrara, paseando sus calles desnudo como un Apolo, en compañía de otros calaveras?

—Esos son arranques propios de la edad,—replicó Alejandro.—Esa es la razon porque debe casarse. Cuando posea á la bella Lucrecia, esas inclinaciones mitológicas cesarán para dar lugar á placeres mas honestos.—Este enlace nos conviene.

César y su hermano pidieron permiso para retirarse, Alejandro les abrazó, segun costumbre, y Lucrecia siguió conferenciando sobre el medio de arreglar el proyectado matrimonio.

VII.

RAFAEL EN ROMA.—PERUGINO.—BRAMANTE.—BODAS DE LUCRECIA.

Rafael habia entrado en la adolescencia y aun parecia un niño por sus delicadas formas, por su carácter dulce y sencillo, por su extremada sumision á los preceptos de su Maestro.

Perugino fiel en aquel tiempo á las inspiraciones de la escuela de Umbría de quien era discípulo, supo inspirar á Rafael el misticismo que respiran todas sus obras, aun al través de las formas materiales y paganas que con el tiempo dió á sus figuras.

„El amor, ese amor puro y sublime, cuyo goce consiste exclusivamente en la contemplacion de lo infinito, está pintado con tanta verdad en la mayor parte de los cuadros de Perugino, que basta contemplarlos un momento, para sentir depurado el espíritu y precipitadas á lo mas profundo del corazon las malas pasiones.”

Rafael debia estar predispuesto á recibir las inspiraciones de esta escuela. Y no podia ser otra cosa, cuando era hijo de Santi y de Maggia: el primero, pintor toda su vida de imágenes cristianas; y ella, un modelo vivo de belleza y castidad. Hay cierta relacion entre la constitucion física y el es-



Revista Médica Bona. 1.



píritu de los individuos. Rafael estaba muy distante de las formas atléticas de un Hércules y de un sátiro de los bosques. Sus contornos que siempre conservaron rasgos infantiles, daban muestras del predominio del espíritu sobre la materia. Acercándose al tipo de la mujer, debía apartarse de la enerjía del hombre; y como la mujer ser devoto, entusiasta de lo bello y apasionado en sus afecciones, más por la voluptuosidad del alma que por los transportes de los sentidos.

A la edad de quince años habia pintado *El matrimonio de la Virgen*. Este cuadro fué la primera flor de aquella jóven planta; y como tal, tenia la fragancia, el colorido, la gracia, la sencillez y el embeleso de la primera corola de un vegetal. Una suave complacencia se derramó por todo el ser del hijo de Santi, al contemplar su primera obra de importancia. En S. José y la Virgen habia reminiscencias de las facciones de Santi y de Maggia y acaso por este motivo conservó toda su vida mucho amor á aquel cuadro.

“Habia en sus primeras obras una juventud de sentimiento, una flor de ternura, de modestia y de elegancia, que casi era sensible que pasase de la adolescencia á la virilidad del jénio.”

La mujer de Perugino tan sencilla como hermosa, consideraba á Rafael como á un hermano; y entregándose á la expansion de un casto cariño, no procuraba ocultarlo á los ojos de su marido. Este por su parte, que aunque naturalmente desconfiado respecto á sus riquezas, jamás dudaba de la fidelidad de su mujer, alimentaba aquella dulce intimidad y á menudo le servian de modelo para sus arcánjeles.

Dos golpes violentos habian venido á destrozar algunos años antes, el corazon de Rafael. Habia muerto Maggia y Santi la habia seguido, no pudiendo vivir en el mundo sin sus dos ánjeles, Maggia y Rafael.

El tierno huérfano se habia entregado á los mayores extremos de dolor: semejante á un niño que no puede comprender la terrible necesidad de morir, no podia resignarse á perder para

siempre los autores de sus dias. Sobre todo, Maggia... ¡era posible que hubiera muerto Maggia, tan bella, tan cariñosa, Maggia que era como un pedazo de su alma!...

A no ser por los solícitos cuidados de la mujer de Perugino que á fuerza de amor procuraba ahogar el sentimiento del afligido huérfano, este no hubiera podido soportar tan terrible desgracia.

Mas hizo tan profunda impresion en su débil existencia que conservó siempre en ella impresa su ruda huella, esparciendo en sus facciones un tinte de melancolía y en su ánimo cierto decaimiento que solo pudo dominar momentáneamente su entusiasta amor por el Arte.

Al saber Bramante la muerte de su pariente Santi invitó al jóven huérfano á pasar una temporada en su compañía. Ayudaba á la sazón á su Maestro en una obra importante y solo algun tiempo despues marchó á Roma con el beneplácito de Perugino.

¡Roma! Cuántas veces habia resonado en sus oidos el nombre de aquella ciudad, que consideraba como la soberana del mundo! ¡Cuántas veces sus ojos habian visto escrito ese nombre tan sonoro, tan vibrante! ¡Cuántas veces se habia deleitado contemplando sus antiguos monumentos en las láminas grabadas por Baldini, Pollajuolo y Mantegna! Y cuántas, en fin, habia devorado las pájinas de la historia ó escuchado de los labios de su padre la descripcion de la ciudad sultana de la Italia!

Parecia que el destino lo llamaba allí; porque allí le esperaban el amor y la gloria. Y cuando pisaba al fin sus silenciosas ó ruidosas calles, cuando atravesaba los antiguos monumentos ó suntuosos palacios modernos, cuando las pisadas de su mula resonaban bajo los arruinados arcos, ó sobre las antiguas vias; cuando en su pasajero tránsito, con el afan del entusiasmo queria admirar de una vez todas las estátuas, leer todas las inscripciones, corria aceleradamente su sangre, latia

fuertemente su corazon, estremecíase de placer todo su sistema nervioso.

En medio de aquella confusion de plácidos sobresaltos y dulces emociones, una voz secreta le decia: "Tú tambien aumentarás las bellezas de Roma: el sello de tu jénio quedará impreso en los lienzos y los mármoles, y tu nombre será legado á la posteridad por el ángel de la gloria."

Bramante recibió á Rafael con los brazos abiertos: veia en sus facciones los rasgos de Maggia su querida parienta: en su mirada y en su frente el resplandor del artista.

Durante algunos dias, Bramante abandonó sus trabajos públicos con beneplácito de Alejandro VI, para entregarse á las afecciones de familia. Rafael visitó detenidamente á Roma; sirviéndole de *cicerone* su ilustrado pariente. Entonces fué cuando á la vista de aquellas estátuas y bajo-relieves trasportados de la artística Grecia, comprendió la pequeñez de las obras de su tiempo. La sencillez, perfeccion y suavidad de los contornos, el reposo y naturalidad de las posiciones, la belleza ideal de aquellas cabezas llenas de una expresion tranquila pero elocuente y que revelaban un no sé qué de sobrenatural, le inspiraron la admiracion que desde entonces concibió por el Arte clásico.

Henchida su tierna imajinacion de tantas y tales imágenes y considerándose pequeño ante aquellos gigantes de la estatuaria, resolvió no volver á Roma hasta que sus obras fuesen dignas de figurar entre las antiguas.

La noticia de la llegada de Rafael circuló pronto entre los artistas y todos se apresuraron á visitarle en casa de Bramante, que por su mérito artístico y su amable carácter era estimado jeneralmente.

Rafael habia llegado á Roma en época muy notable. Alejandro VI, olvidando el asesinato del duque de Gandia, llegó

á concentrar todo su cariño en César y Lucrecia, y solo pensó en sus adelantos.

César fue nombrado capitán jeneral y gonfalonero de la Iglesia, recibiendo la *rosa de oro* cuando fue á conquistar la Romaña; y anulando sucesivamente los matrimonios de Lucrecia, preparóla un nuevo enlace con Alfonso de Este, duque de Ferrara.

“El sábado 4 de Setiembre de 1501, supo el pueblo de Roma que esta viuda de dos maridos vivos y del desgraciado Alfonso de Aragon asesinado villanamente, casaba con otro Alfonso de la casa de Este. La misma Lucrecia confirmó esta noticia, yendo á dar gracias á Santa María del Pópolo, vestida con magnificencia de brocado de oro, precedida de cuatro obispos y seguida de trescientas damas, de prelados y nobles romanos, todos á caballo (1). Dos bufones, uno en una mula y el otro á pié, recorrían durante este tiempo las calles gritando: ¡Viva la ilustrísima duquesa de Ferrara! ¡Viva el papa Alejandro.

“El pueblo repetía aquellos gritos con el mayor entusiasmo. Estaba ya tan acostumbrado al libertinaje de los grandes, que las desenvolturas de Lucrecia le parecían lijeros defectos que casi realizaban su hermosura y su gracia.”

Roma, toda engalanada, parecía una novia preparada para el festín nupcial. Las iglesias, los palacios, las plazas y las calles, hasta los antiguos monumentos estaban coronados de flores y banderolas. El aire estaba lleno de aromas y armonía. Todos los pintores de Roma se habían empleado en las decoraciones de los arcos triunfales y los palacios. Todos los músicos formados en bandas hacían repetir en los senos de las siete colinas y en los ruidosos monumentos, las notas de mi-

(1) Hago solamente una breve reseña de estas fiestas en Roma y remito al lector mas estudioso, á la relacion que de las fiestas de Ferrara hace Martin Sauto y á la nota que pondré en el suplemento.

llares de voces é instrumentos que *la musa de la adulacion* habia soplado en la frente de los músicos y poetas.

Podria decirse que Roma entera se entregaba á la embriaguez de una inmensa orjía.

La comitiva marchaba lentamente por la carrera señalada, recojiendo los entusiastas bravos que parecian arrancar del alma; y la lluvia de flores que arrojadas desde los balcones, casi interrumpian el paso.

Entre el cortejo de hermosas damas y arrogantes caballeros, distinguíanse Ariosto, el amigo, el poeta mimado del venturoso Alfonso de Este: Pedro Bembo, uno de los hombres mas hermosos de Roma, el mas favorecido de las damas, el flamante sabio de la época: los embajadores de muchos Estados y con ellos Machiavelo, notable por la sencillez de su traje y su fisonomía impasible que contrastaba con los brillantes brocados y las animadas facciones de sus compañeros.

Al llegar el cortejo á la plaza de Nuestra Señora del Pópolo, hizo alto. Se trataba de escuchar un coro que debian cantar los primeros músicos de la Italia. Los versos estaban compuestos por un poeta desconocido. El maestro Pasquino se los atribuyó á Bembo.—En ellos se ensalzaba á Lucrecia hasta los cielos. Su hermosura la colocaba entre los ánjeles: en la gracia superaba á la Venus, afrodisia: en saber igualaba á Minerva; en valor á Palas: llamábanla la décima Musa y era encantadora como una Hada. A la conclusion de cada estrofa, todos los edificios de la plaza del Pópolo retemblaban con los aplausos de la multitud.

Lucrecia parecia ébria de felicidad. Rodeábanla Julia de Farnesio; su madre Sancha de Aragon; su cuñada Verónica Gámbara de Breseda, íntima amiga tambien de Bembo; Isabel de Este; Argentina Pallavicini; Blanca y Lucrecia Rangone y otras muchas aristocráticas hermosuras escojidas al intento.

Mas á todas eclipsaba Lucrecia, como Diana descollaba entre sus ninfas. Ninguna como ella tenia cabellos de aquel

rubio tostado, tan suaves, tan ondulosos: sus labios de puro carmin, húmedos, afelpados: su dentadura perfecta y de un esmalte deslumbrador: sus manos aristocráticas de un blanco alabastrino, de una perfecta correccion académica: su talle ligero, flexible, gentil: su voz arjentina y vibradora, que reunia á la vez el mandato, la súplica, la oferta.

De repente las negras pupilas de sus ojos se dilatan hasta casi cubrir todo el iris: su mirada se fija en el centro de un grupo de caballeros que ocupan la escalinata de Nuestra Señora. Despues volviéndose á Sancha, su cuñada la dice:

—Sancha, ¿conoces tú á algunos de aquellos que están en la escala de la Iglesia?

—Me parece distinguir á Sadoletto, un amigo de Bembo...

—Tambien yo he reconocido á Bramante el arquitecto del Vaticano.

—Creo que la mayor parte son pintores y poetas, porque veo allí á Policiano....

—Y aquel adolescente que está al lado de Bramante... ¿Tú has visto jamás un paje mas lindo? Los poetas no hubieran imaginado un tipo mas bello para representar un jóven trovador.

—Es hermoso—dijo Isabela de Este.

—Parece una mujer—añadió Verónica Gámbara.

—¿Quién será?—interrogó con creciente interés Lucrecia.

—Quisiera saberlo.

—Tal vez le conozca Ariosto ú Bembo—dijo Blanca Ranguone.

—Tienes razon: que se les llame.

—No es necesario—interrumpió Juana Feltria de Robere, duquesa de Urbino.—Es mi protegido: un muchacho de Urbino, hijo de Santi, pintor de aquella córte y pariente de Bramante.

Lucrecia quedó pensativa: y acabados los coros y repetidos los vivos, la cabalgata continuó su marcha.

Al llegar cerca de la torre de Borgia, donde habian de celebrarse primeramente las bodas, una extraña procesion que debia atravesar la calle, tuvo que detenerse para dar paso á la cabalgata de Lucrecia.

Era un espectáculo horrible. Por uno de esos extraños contrastes en que resalta una amarga ironía, en el instante mismo en que la presunta adúltera, incestuosa y homicida Lucrecia paseaba sus crímenes, radiante de felicidad, una infeliz mujer que en un arrebató de celos habia herido á su marido, iba á ser ahorcada ignominiosamente en el camino que aquella seguia. La víctima caminaba sobre un asno, vestia con el traje del villipendio, pálida, con los cabellos sueltos y las facciones desencajadas: parecia mas que temerosa de la muerte, espantada de la felicidad que brillaba en los semblantes de las damas y caballeros, de la inmensa alegría de la multitud. Un sacerdote con el vestido sencillo de la relijion, caminaba á su lado confortándola. En su rostro inclinado al suelo ó levantado hácia la víctima habia tal espresion de sensibilidad y amargura, que mas que ministro del Altísimo animado por la fé y por la elevacion de su santo ministerio, parecia una persona muy querida de la sentenciada. Y es que el sacerdote que era discípulo de Savonarola, miraba en aquel contraste el cuadro repugnante de las costumbres de la época en que los envenenadores y prostitutas eran colocados en los altares del vicio.

Lucrecia vió aquel espectáculo y no bajó la frente ruborizada, ni sintió en su corazon el mas leve remordimiento. Contentóse con preguntar la causa de aquella ejecucion, mostrando solo con una desdeñosa sonrisa su sentimiento de que aquella lijera nube hubiese sombreado pasajeramente tan esplendente dia. continuó su camino.

Ella, que dueña de la vida y de la muerte de todos los romanos, podia haber indultado á la infeliz mujer, llegó casi á alegrarse de su muerte, por la inoportunidad de haber turbado una fiesta que se hacia en su honor.

Marchando la cabalgata de este modo, llegó á la esquina del palacio Caracciolo Santobuono sobre cuyas ruinas se fabricó el palacio Braschi. Allí estaba Pasquino, esa estatua informe, eco de todas las iras populares, desahogo de los jeníos atrabiliarios, trompeta de la calumnia, consejero fiel á veces y amenaza perenne de los tiranos.

Aquel día el eterno libelista de Roma, estaba engalanado con cintas y banderolas como el resto de la ciudad. Allí también el pueblo apiñado estaba leyendo los chistes del maestro Pasquino. Y mientras mas acerbos y envenenados le parecían, mientras mas propios para vituperar un nombre, para contristar un espíritu, ó desesperar un alma orgullosa, mas rompía en una risa insana, y en demostraciones de una loca alegría.

.
Aquella noche una mano atrevida habia pegado en el vientre mismo de Pasquino una caricatura que representaba una reina con una copa en la mano y un cadáver á sus piés. Al otro lado una mujer del pueblo arañaba á su marido, cogido infragante en los brazos de otra mujer. Debajo de la primera figura se veían estas iniciales L. B: debajo de la segunda estas otras V. M. y en seguida estas palabras.

“Mas vale envenenar que arañar.” “Los arañazos causan sangre y revelan el crimen.” “El veneno mata y los sepulcros callan.”

A la mañana siguiente apareció una mano cortada y clavada sobre el libelo.

Dos días despues debían celebrarse en Ferrara las segundas bodas de Lucrecia. Mas antes de volar á los brazos del impaciente Alfonso, quiso mostrar á Isabela de Este y demás señoras que habian venido de Ferrara con el objeto de acompañarla, las obras emprendidas en S. Pedro y en el palacio de Alejandro.

Habia otro motivo para esta determinacion. Lucrecia tenia

dos pasiones dominantes que la avasallaban. La una pertenecía á los sentidos, la otra al espíritu. Extremada lascivia: inmenso amor por las artes de la imaginacion.

Insaciable en la primera, hubiera podido tener un amante por hora; entusiasta por las segundas, se embriagaba en inefables deleites con la poesía, la pintura y la música.

Necesitaba coleccionar amantes como colecciona reliquias antiguas, un arqueólogo.

De guerreros tenia mas de un ejemplar, sin contar con su hermano César. Gozaban de su favor, dos poetas: Bembo y Ariosto. Guidi tocaba con ella el laud; pero la faltaba un pintor, un estatuario ó un arquitecto. Los artistas que trabajaban entonces en el Vaticano, no eran jóvenes, ni codiciables por su figura. Entre estos se hallaba Miguel Angel, cuya fisonomía y carácter severo la eran antipáticos.

Un rayo de esperanza habia cruzado por su volcánica frente al ver á Rafael de Urbino y saber que era pintor. ¡Mas era tan niño como hombre y como artista!.....

No importa: el tiempo vuela: el niño se hará hombre y el artista podrá alcanzar nombradía. Y un ardiente deseo hizo hervir su sangre: casi llevo á olvidar las tumultuosas fiestas de Roma y que la esperaba Alfonso en Ferrara.

Nada de esto podia sospechar Rafael cuando Lucrecia en medio de las mas bellas damas y mas apuestos caballeros paseaban su hermosura, su riqueza y poderío por las calles de la ciudad de los Césares.

Mas cuando Bramante lo presentó á Lucrecia en los salones del Vaticano, cuando con su mirada de artista recorrió aquel cuerpo lleno de perfecciones, un estremecimiento de entusiasmo ajitó todos sus miembros.

Lucrecia reconoció al instante al joven que cerca de Bramante y rodeado de artistas y poetas habia visto en las gradas de Santa María del Pópolo. Y extendiendo la mano por el dorso hácia arriba, la dió á besar al joven pintor de Urbino.

Rafael imprimió en ella sus labios con una emoción desconocida. Jamás había besado más que á su madre.

Lucrecia se entretuvo algunos minutos con Bramante, el que la hizo una ligera reseña de la vida de su sobrino. La bella esposa de Alfonso escuchaba con placer aquella relación y hubiera prolongado la plática, si las circunstancias del día se lo permitieran. Mas la multitud que la rodeaba ejercía cierta presión sobre ella y la arrastró á pesar suyo; no sin lanzar antes sobre el joven una de esas miradas en que va envuelto un mundo de ilusiones y esperanzas.

VIII.

LAS COSTUMBRES.—SAVONAROLA.—LA REFORMA.—EL SACRIFICIO.

Hemos visto cómo en medio de charcos de sangre ajitada por el torbellino de los crímenes privados y las turbulencias públicas, se habia mecido la cuna del Renacimiento.

Los filósofos, los poetas, los músicos, los pintores, los arquitectos y los estatuarios, el jenio en fin de las ciencias y de las artes levantándose sobre tantos horrores habian llevado la civilizacion por todos los Estados de Italia. Los soberanos, los jefes de faccion y los mismos aventureros que vendian su valor y su espada á los Señores, consagraban el tiempo de las paces en gozar las delicias del Renacimiento, de aquella auro-ra del jenio que anunciaba un gran dia á la civilizacion europea.

Y por este beneficio, los pueblos habian cambiado su libertad y la autonomia que les concedia su antigua organizacion municipal. Abdicando de este modo su independendencia, habian llegado á ser unos esclavos felices á quienes se daba pan y fiestas en abundancia y se les abrian las puertas á todos los ramos del saber humano, á todos los goces del espíritu y de los sentidos.

¿Qué extraño es pues, que aquellos pueblos meridionales

dotados por lo mismo de imaginacion ardiente, se avalanzasen á la copa de la nueva civilizacion?

En las turbulencias que se suscitaban entre los Estados ó entre los jefes de faccion, ya los pueblos rara vez tomaban parte; porque eran bastante ricos para pagar á los aventureros que de todas partes acudian á ofrecer una sangre baladí por un puñado de oro.

La molicie siempre creciente aumentaba la inclinacion á los placeres, y á imitacion de los grandes, todos seguian su ejemplo.

La invasion de las ideas paganas llegó á vestir la nueva civilizacion con las galas de la mitología. Desde entonces todo era griego, sofocando ó haciendo olvidar el espíritu y la forma cristiana.

“En las academias se cambiaban los nombres de pila por los del antiguo gentilismo. Se comparaba al Dios del Cristianismo con Júpiter Tonante, á la Vírgen con Vesta, los Cardenales eran los padres Conscriptos y la Providencia el Destino.”

Era muy comun invocar “á los Dioses inmortales” y amenazar “con los tormentos del Tártaro” en la cátedra sagrada.

La pintura y la escultura, perdiendo sus formas místicas, adoptó la molicie y la sensualidad de las deidades fabulosas; y las concubinas de los grandes, eran adoradas en los altares por el pueblo, bajo las formas de la Vírgen ó de Santas; mostrando á la vez la mas indecente desnudez.

Natural es que las costumbres públicas se corrompiesen y que la corrupcion penetrase tambien en el santuario del hogar.

Las cortesanas de Roma vestian públicamente el ligero traje de Diana y recibian á sus amantes de una hora, en el interior de sus lujosos aposentos, con el traje aun mas sencillo de Venus Caliphige.

Alfonso de Este habia recorrido las calles de Ferrara con

algunos jóvenes de la primera nobleza, enteramente desnudos, representando á personajes del paganismo.

Y César Borgia, el prototipo de la disolucion, habia reunido cuarenta cortesanas de Roma para celebrar una orjía en un lugar que nuestra pluma se resiste á nombrar.

En medio de tantos escándalos, del cieno mismo de costumbres tan corrompidas, se levantaba un jenio vestido con el traje de la inocencia, llevando en una mano la cruz de la redencion y en la otra un ramo de oliva símbolo de la paz, predicando á los pueblos de Italia, la necesidad del sacrificio, para triunfar de las pasiones y conseguir la paz del alma.

Era un humilde lego del convento de dominicos en Ferrara, hijo de una familia ilustre, su verdadera vocacion lo habia llevado al claustro. Su complexion era delicada y enfermiza, pero su espíritu fuerte. Lleno de inmenso amor por la humanidad, sentia profundamente la degradacion política y moral á que se habian entregado los pueblos de Italia. Lleno de fé como todos los apóstoles, se propuso reformar las costumbres penetrando hasta las entrañas de la sociedad que miraba devorada por el vicio.

Para llevar á cabo tan santa y colosal empresa, no contaba mas que con su fé y con la asistencia divina que procuraba merecer con una vida de completa abnegacion y sacrificios.

Era instruido, simpático y apasionado. Su estatura delgada, su color pálido, su voz débil y con frecuencia conmovida, revelaban los padecimientos del que sufre por los males de la humanidad. Su elocuencia era fácil, persuasiva, y dirigida siempre al espíritu.

Muchos corazones que en medio de la corrupcion jeneral habian conservado su pureza, simpatizaban con aquel apóstol de la virtud y se asociaron á su pensamiento rejenerador.

Gerónimo Savonarola comenzó sus predicaciones en Brescia: despues se trasladó á Florencia, foco de donde habia salido la nueva civilizacion para repartirse por toda la Italia. Allí

se habian convertido á los ciudadanos libres en esclavos, ligados con cadenas de oro y las sienes coronadas de flores, para asistir á los espectáculos públicos con que los Médicis adornaban la multitud, para que llevaran dulcemente la dominacion de los Señores. Allí se habian ensayado ridículas parodias del mito, las costumbres y las ciencias de la sapientísima Grecia.

Allí habia comenzado la profanacion de las cosas sagradas, uniéndolas á ceremonias absurdas en que llegó á mezclarse el inmundo Priapo; allí en fin habia llegado hasta tal punto la seduccion y la molicie de las costumbres públicas, que acudian de todas partes los grandes, ociosos, con el objeto de saciarse de placeres.

Para vencer una confederacion de vicios tan poderosa, Savonarola necesitaba un ejército de soldados de la virtud que luchasen contra los soldados del vicio. Y los encontró en la adolescencia y la niñez. En esos corazones vírgenes donde no habia entrado todavía mas que el acento de la religion emanado de los labios maternos, hizo fray Gerónimo su alistamiento. Los jóvenes á quienes los adversarios llamaban *piagnoni* (llorones) se instruian bajo la elocuente doctrina del maestro y se dedicaban con él á la instruccion de los niños.

Vestidos estos de túnicas blancas y con la cruz y la oliva en las manos, recorrian las calles cantando himnos sagrados; y llegando á las casas, demandaban estampas y leyendas deshonestas que luego se quemaban en las puertas de las iglesias.

Savonarola predicaba al principio bajo un gran rosal de damasco; pero habiéndose aumentado considerablemente su auditorio, se trasladó á las iglesias. Allí, en la cátedra sagrada se dirigia al pueblo, recomendándole el amor á la libertad, á la caridad, á la pureza de las costumbres. Apenas su débil existencia podia sostener el peso de las emociones que su exaltada peroracion le producía. Se conmovia, lloraba, y

cuando se sentia desfallecer, imploraba el auxilio divino para continuar su obra.

Los magnéticos efluvios del jenio, del amor y la caridad, penetraban en el corazon de los concurrentes, y muchas personas corrigieron sus costumbres.

Y no era solo la multitud la que se dejaba arrastrar por la persuasion de aquella alma justa.

"Pico de la Mirandola le admiró como á un sabio: Angel Policiano como un santo: el poeta platónico Benisien defendió enérgicamente sus doctrinas: el mejor grabado de Carniola representa las facciones del religioso, que reprodujeron tambien Baldini y Botticelli, Andrés de la Robbia y sus cinco hijos, proclamaron su afecto á fray Gerónimo: el gran arquitecto Cronaca, *no queria hablar de otra cosa mas que de él*: Lorenzo Credi le dedicó sus cartas é inspiraciones; fray Benito, célebre en el arte de iluminar, se armó en su favor, cuando supo que habia caido en poder de sus enemigos; despues cuando sucumbió, Botticelli resolvió dejarse morir de hambre y el pintor Baccio de la Porta se hizo fraile, bajo el nombre de fray Bartolomé."

Este inmenso prestigio demuestra que si Savonarola valia mucho como hombre virtuoso, no valia menos como orador instruido.

Desde entonces, Roma que al principio lo habia considerado como un visionario, digno cuando mas de compasion, empezó á mirarle con desconfianza y con temor.

En sus predicaciones proclamaba la libertad, la necesidad de reformar las costumbres y de restituir á las Ciencias y á las Artes la pureza cristiana que le habian arrebatado las ideas del paganismo. ¿Y Roma, que como Florencia habia asumido todas las franquicias populares; Roma que contenia en su seno los flamantes oradores, filósofos y poetas que habian conseguido poner en moda su pedantería mitológica; Roma, que encerraba en su recinto los monumentos y las estátuas donde

se estaba formando el gran plantel de Artistas que habian de prostituir el arte cristiano, con imitaciones absurdas, con la apoteosis de las concubinas y con cuadros y grupos licenciosos que alcanzaban un gran valimiento; Roma en fin, cuya depravacion de costumbres tenia por jefes á un César y una Lucrecia Borgia, habia de consentir en que un oscuro fraile alzase su voz contra todo lo que ella tenia de mas bello y de mas grande?

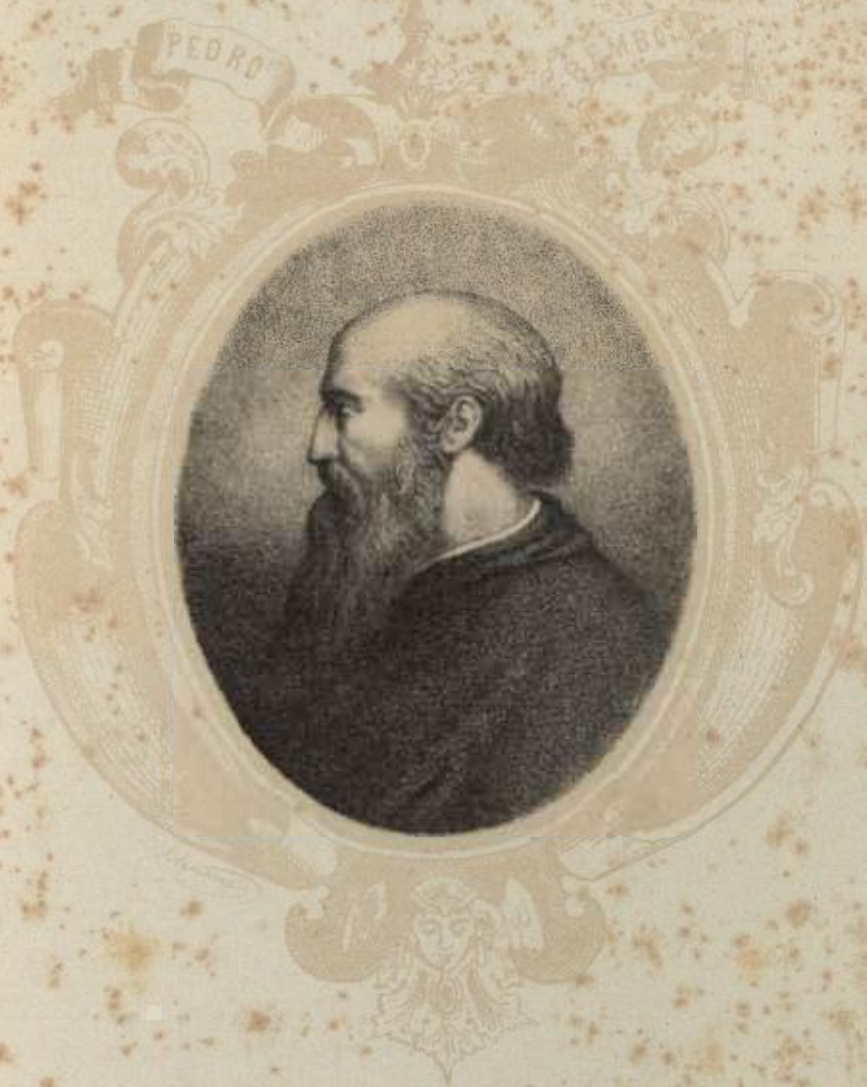
Desde luego comenzó la persecucion contra el audaz innovador, poniendo en juego las intrigas diplomáticas y manejando el arma del ridículo, fatalmente poderosa siempre, ya se esgrima contra el vicio, ya contra la virtud.

A la inocente falanje de adolescentes y niños que formaban el ejército de Savonarola, sus enemigos opusieron los *tiepidi* (tibios) *compagnacci* (malos compañeros) y los *arrabbiatti* (rabiosos), todos sectarios de los vicios y de la política de Roma, los cuales combatian al reformador con la calumnia y el ridículo, con el objeto de hacerle odioso á los pueblos.

Gerónimo entre tanto continuaba su santa mision con la fe de un apóstol.

Pensando justamente que el mejor argumento que puede presentarse contra el vicio es el ejemplo de la virtud, se ofrecia él mismo con sus discípulos ejercitándola.

Considerando mas difícil corregir los errores del entendimiento que los estravíos de los sentidos, proyectó establecer cátedras de oratoria, escuelas de pintura, escultura, música, declamacion y fiestas públicas; todo inspirado y dirigido por un espíritu religioso.



Pedro de Moya 1593-1641.

75

1593-1641



IX.

SAVONAROLA.—BEMBO.—ARIOSTO.—EL ARETINO.—MIGUEL ANGEL.—EL PERUGINO.—LAS ESCUELAS REFORMISTAS.—EL SACRIFICIO.

Pedro Vanucci, (el Perugino) continuaba fiel á los preceptos de la escuela de Umbría. Sus imágenes que conservaban la modestia en las actitudes, la compostura en el ropaje, la sobriedad en el desnudo, tenían la inefable gracia, la tranquila dulzura, la pura expresion que solo puede venir del cielo. Sus adversarios, de la escuela moderna, le acusaban de esterilidad en las composiciones, frialdad en las posturas y dureza en los ropajes. A su cabeza estaba Giorgione, reformador atrevido que separando el espíritu de la forma, la idea de la materia, se lanzó en el campo de la Mitología para explotar en él sus groseras pasiones, su absurda teogonia, sus licenciosos amores.

Miguel Angel por su parte, dotado de un jenio elevado, independiente y atrevido, encontró reducido el campo de las bellas Artes. Incapaz de recibir inspiraciones y reglas el que se consideraba capaz de darlas, se creó una escuela propia. Tomando por única guia la verdad, llegó á tocar en un materialismo grosero. Quiso dar tanta vida á los mármoles, que exa-

jeró la musculatura; tuvo una conciencia tan ríjida sobre la naturaleza, que no omitia en sus composiciones actitudes y cuerpos de ninguno de los personajes, asuntos, movimientos, y miembros que advertia en la naturaleza. Y no lo hacia seguramente por un espíritu de liviandad, porque ya es sabida la pureza de sus costumbres y la rectitud de sus sentimientos; sino por un exceso de conciencia artística que le hacia mirar como una profanacion de la verdad, lo que la decencia y las conveniencias sociales aconsejan omitir en las bellas Artes.

Hemos visto como Bembo, partidario decidido de la Grecia, habia introducido en la literatura italiana una pedantesca erudicion que destruyó la armonía y la sencillez de las formas latinas, como destruyen los innovadores en arquitectura las formas clásicas y la armonía de las órdenes que han obtenido la sancion de los siglos. Privando á la poesía del sentimiento del alma, y á la oratoria de los arranques jenerosos que son sus principales atributos, venia á caer en el materialismo que debia proceder de su oríjen.

El Ariosto, que habria sido tal vez el primer poeta de su siglo si hubiera seguido siempre la ardiente inspiracion de su jenio, si hubiera escrito con entera independenciam y solo por amor al arte, se envilecia como hombre y se rebajaba como poeta, consagrando sus divinos versos á una corte disoluta y celebrando personajes que han sido despreciados ó maldecidos por la historia.

Y no hablamos ahora del Aretino, cuyas licenciosas composiciones merecieron las alabanzas y la execracion de sus contemporáneos; ni de Julio Romano que asoció su eminente pincel á los sonetos lúbricos del Aretino; ni de Marco Antonio que quiso eternizarlos con su buril.

En la música se habia introducido tambien el gusto griego, esencialmente sensualista, que dejaba fria el alma conmoviendo bruscamente los sentidos.

En suma, pudiera decirse que la virtud con todas sus for-

mas, con todos sus divinos atributos, habia huido de la tierra clásica de Europa, donde residia el primer templo de nuestra religion, el primer sacerdote, la primera escuela de las ciencias y de las artes; cediendo el puesto al mas grosero materialismo.

El pueblo llano que habia conservado al menos las ideas del cristianismo, porque no estaba á la altura de la civilizacion contemporánea, miraba con admiracion aquel trastorno de todas las cosas. En los templos no podian causarle devocion ciertas imágenes en las que reconocia las queridas de elevados personajes ó la de los mismos artistas; ni comprendia la oratoria sagrada en que escuchaba mezclados con los ángeles y los santos, los jenios y los dioses del paganismo.

Esta perversion de las costumbres y de los objetos mas venerandos habia encendido el ánimo de Savonarola en una santa indignacion, y le habia inspirado el pensamiento de la reforma.

Comenzó pues, por establecer en su propio convento escuelas de dibujo y de música, desempeñadas por artistas de sus opiniones, que voluntariamente habian abrazado la reforma. Una juventud timorata acudió á recibir allí una saludable enseñanza. Sin descuidar las proporciones del cuerpo humano, se usaba sobriamente el desnudo, considerándolo como un medio, no como un fin.

El mismo Savonarola daba preceptos para la belleza. "La belleza, decia, es una forma que resulta de la proporcion de todos los miembros y de la correspondencia y la armonía de los colores. De esta correspondencia, de esta armonía, resulta una cualidad llamada belleza ó hermosura. Pero además de esto hay una cosa independiente de las formas, independiente de las reglas; una cosa que no es del arte, sino del artista. Esta es la vida, una expresion divina que solo puede venir del cielo. Las criaturas son tanto mas hermosas, cuanto mas participan y se acercan á la belleza de Dios; y el cuerpo es tanto mas bello cuanto mas hermosa sea el alma. Considerad dos

mujeres, igualmente hermosas de cuerpo; pero que la una exprese en su semblante la virtud y la otra el vicio: vereis como las miradas de todos los hombres, aun los mas libertinos, se dirijen á la primera. "

Por el mismo órden y con el mismo espíritu estableció las clases de música.

"La música, decia á sus discípulos, es una lengua universal que representa nuestros sentimientos, nuestras creencias. Hija del cielo, como todo lo sublime, debe ser casta y pura en su expresion; no debe producir turbacion en el ánimo, sino reposo y bienestar. Intérprete de nuestros sentimientos, debe recibir su verdadera inspiracion de la fé, la esperanza y la caridad. "

Respecto á la poesía, repetia siempre lo que dijo al Ariosto el dia de la fiesta de la Asuncion en Roma. "La poesía es el aliento de Dios inspirado al hombre para que dirija sus cantos al cielo; emplearla en asuntos mundanos es profanarla. "

No se limitaban á esto los proyectos de la reforma que intentaba fray Gerónimo. "Deseando acabar con todas las depravaciones" contemplando la sed insaciable de riquezas que se habia apoderado de los hombres, y viendo á los bancos y á los usureros explotar aquella tendencia perniciosa, hizo establecer montes de piedad para alentar las honradas especulaciones y remediar las verdaderas miserias. Todo esto le atraia el amor de la multitud y llegó á ser un monarca que asentaba su trono sobre el amor del pueblo.

Robustecido con esta fuerza moral se atrevió á predicar una constitucion política que llenó de alarma al soberano de Florencia.

Esto precipitó la caida del nuevo apóstol. Roma que hasta entonces lo habia perseguido con el desprecio y el ridículo, lanzó contra él el anatema. Se le prohibió la predicacion y se le formó un proceso de herejía. Un fraile menor, Fran-

cisco de Ponilla, lo desafió á entrar en una hoguera con él para probar la verdad de sus doctrinas. El reto fué aceptado. La hoguera se encendió en una plaza pública. El pueblo acudió entusiasmado á presenciar aquel horrible espectáculo, cual si asistiese á un combate de gladiadores.

Pero al llegar á hacer la prueba, Savonarola tuvo quizás un momento de debilidad, imponiendo á su adversario una condicion repugnante que no podia ser aceptada.

Desgraciado el reformador que se detiene ó retrocede ante el peligro de muerte! desde aquel fatal instante desaparece el héroe y solo queda el hombre.

Una lluvia repentina vino á terminar el debate y apagó la hoguera. Defraudado el pueblo en su esperanza de divertirse y viendo empapada su ropa, cambió el entusiasmo que sentía por fray Gerónimo en desprecio y en deseo de venganza. Savonarola fué insultado como un soldado cobarde, como un mal torero y lo entregaron al tribunal de la Señoría. Los quince jueces nombrados eran enemigos suyos y fué condenado al tormento para la retractacion de sus predicaciones, que versaban sobre la necesidad de la convocation de un concilio que se ocupase de la necesidad de reformar las costumbres. En el tormento sostuvo sus predicaciones; pero negó haber dicho que estaba inspirado por el cielo.

X.

EL PINTOR, EL FRAILE Y EL MÁRTIR.—LA EFICACIA DE LA PALABRA.—LO QUE
ES EL PUEBLO.

Habia muerto Baccio de la Porta (frá Bartolomeo de San Marcos), dejando una memoria honrosa de sus virtudes como religioso, y de la gracia y fresco colorido de su pincel como artista. Cosme de Rosselli fué su maestro, estudió despues las obras de Leonardo Vinci, en Florencia, donde segun dijimos en otro lugar, conoció á Rafael: recibió de este conocimientos de arquitectura y adoptó su colorido, acomodándolo á su manera, á ese modo de ser especial que tiene todo artista que no se limita á ser un mero copiante. En su primera época se dedicó al desnudo, que representó con suma gracia sin perjudicar á la verdad. Sus figuras mitológicas tenían ademanes voluptuosos que recordaban las risueñas imágenes de la Grecia. Acaso en la fogosidad de sus juveniles años y arrastrado por la invasion de las ideas paganas, su pincel iba á estar siempre á devocion de la liviandad, si un incidente inesperado no hubiera venido á cambiar sus inclinaciones.

La campana del convento de Sto. Domingo de Florencia llamaba á los fieles al sermon. El predicador era fray Gerónimo

Savonarola. El templo estaba lleno de amigos y adversarios del padre, de personas indiferentes á los bandos y de meros curiosos. Los *piagnoni* partidarios de Savonarola ocupaban todo el frente de la tribuna y los *tiépidi* estaban diseminados por el templo. Los primeros habian concurrido para aprender y edificarse con las doctrinas del venerable reformador: los segundos á burlarse del que llamaban embaucador y fanático.

Baccio de la Porta entró por mera curiosidad, pero dispuesto á simpatizar con los *tiépidi*, porque pensaba que Savonarola declarándose enemigo de la naturaleza y de lo bello representados en la mitología griega, se acreditaba de ignorante y enemigo de la pintura. Con semejantes disposiciones se acomodó en lugar oportuno respaldándose contra una columna para oír con la mayor comodidad posible un discurso pesado.

Fray Gerónimo predicaba aquel dia como siempre, contra la corrupcion de las costumbres, reclamando la libertad arrebatada á los florentinos en cambio de placeres tumultuosos y de una vida activa puramente material. La fisonomía de Savonarola tenia una expresion tan melancólica, habia en ella tal sello de un largo y reprimido sentimiento, que el observador no podia menos de reconocer en aquel religioso al redentor que no solo siente sus propios males, sino que echa sobre sus hombros y siente al par de los suyos, los dolores de la humanidad. Pálido, demagrado, con voz débil pero simpática, con ademan humilde y arrebatado alternativamente, empleaba esa elocuencia del corazon tan propia para conmover á las masas.

Acababa de asistir al lecho de muerte de Lorenzo el Magnífico, que hacia esfuerzos supremos por no abandonar esta tierra que para él habia sido, no un valle de lágrimas, sino un Eden del Profeta. Quería aquel príncipe comprar la vida ó al menos prolongarla á costa de sus tesoros. En aquella hora suprema acordóse de Savonarola á quien habia tenido por fanático y ahora le parecia un hombre inspirado por Dios: llamólo á su presencia: depositó en él sus culpas, pidió miseri-

cordia; mas en cambio de este que le parecia sacrificio, pedia á Dios algunos dias mas de vida por intercepcion del padre Savonarola. El santo confesor le intimó la necesidad de resignarse y de prepararse á morir como cristiano. Lorenzo se revolvía entre las convulsiones de una naturaleza rebelde y exclamaba en medio de su delirio:—¡No!—yo no quiero morir: despojarme de mis honores, perder mis tesoros, dejar para siempre mis jardines de Roma, de Corregi, mis estátuas griegas, mis cuadros romanos y mis monumentos. Oh! no: es imposible, padre Gerónimo, dadme la vida que se me acaba: vos sois bueno, pedid á Dios: ofrezco edificar un templo á la Madre de los Dolores, un hospital para los artistas pobres, un asilo para las jóvenes prostituidas, todos mi tesoros los invertiré en obras piadosas: pedid á Dios por mí.

—Está bien:—contestó Savonarola presentándole un crucifijo—pedid vos mismo á quien todo lo puede conceder. Mas entre vuestras culpas está la de haber arrebatado á los florentinos su libertad.

—Pero ha sido para hacerlos felices.

—No: ha sido para humillarlos, para corromperlos, los habeis afeminado á fuerza de placeres, los habeis separado de la religion de nuestros padres para acercarlos á los dioses de mármol, para arrodillarlos ante las concubinas vestidas de imágenes y colocadas en los altares del Dios del cristianismo. Dios no puede perdonaros esto si no reparais el mal en lo posible. Pedid perdon: volved la libertad á los florentinos y despues confiad en la Providencia.

—¡La libertad! eso no. Yo no soy tirano: he querido hacer de Florencia un pueblo griego: me parecia que cabian juntos en un culto Júpiter y el Salvador, los ángeles y los jenios.....

—¡Blasfemo! te abandono á tu miserable destino: pertinaz pecador, tirano incorregible, te entrego á tí mismo..... el cielo te juzgará.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó Lorenzo extendiendo sus descarnados brazos en actitud de detenerlo.—No me abandoneis así: siento que me falta la vida: venid.... ayudadme....

—¿Volvereis la libertad al pueblo? juradlo sobre este crucifijo.

Lorenzo hizo un esfuerzo supremo: se volvió hácia la pared y se le sentia balbucir.—¡Los florentinos! los florentinos.... es mentira!..... yo no soy tirano: ¿por qué he de morir?... Si viviera ya no seria señor de Florencia.... este fraile ha venido á matarme....

Desde entonces calló: sintióse un ruido sordo: comenzaba el estertor de la muerte. Un momento despues un sacudimiento nervioso hizo erguir la cabeza de Lorenzo, que cayó inerte sobre la almohada como un cuerpo inorgánico: acababa de espirar.

Savonarola se arrodilló, derramó dos gruesas lágrimas y dirigió una plegaria al cielo. Pedia por el alma de Lorenzo el Magnífico.

Pedro el sucesor lo arrancó del lado del cadáver y mandó arrojarlo del palacio.

Bajo la impresion de aquel acontecimiento, Savonarola predicaba en la iglesia de Santo Domingo, cuando entró á escucharle Baccio de la Porta.

“¡Desgraciados, desgraciados pueblos!—exclamaba el dominico con exaltacion.—¡Oh Italia! ¡oh Roma! el Señor os abandonará á un poder que os borraré del rango de las naciones. Pueblos hambrientos como leones llegarán y la mortandad será tan grande, que los sepultureros gritarán por las calles: “¿Dónde hay muertos?” Y el uno llevará á su padre, el otro á su hijo. ¡Oh Roma, te lo repito, haz penitencia! ¡Oh Milan! ¡oh Venecia! haced penitencia.”

En seguida se extendia en pintar la corrupcion de las costumbres en Roma, bajo el pontificado de Alejandro VI.

Despues de tronar contra la invasion de las ideas paga-

nas que se habian apoderado de la filosofía, de la moral, de las academias, de las escuelas, de la poesía y hasta de la cátedra sagrada, añadía respecto á las bellas artes:

“A vosotros me dirijo, pintores y estatuarios, intérpretes de la hermosura. ¿No comprendéis que toda la belleza viene de Dios, que es el prototipo de la regularidad y la armonía, que son las eternas leyes de la perfeccion humana? ¿No conocéis que el pudor en la mujer y la decencia en el hombre son los perfumes que revelan donde existe la virtud? ¿Por ventura la Venus de Médicis es el tipo de la belleza del cielo? ¿Creeis que el Júpiter de Fidias sea la imájen del Ser Supremo?

¿Os inspira un puro amor la Venus ni un profundo respeto Júpiter? No: solo veis en esos mármoles la diestra mano de aquellos eminentes artistas que yo tambien admiro; pero no la divinidad. Nosotros, artistas cristianos, tenemos otros divinos modelos que copiar.

“El Redentor del mundo que se sacrifica por la humanidad; su Madre, vírjen pura, que ama, sufre y llora al pié del patíbulo donde espira un hijo querido. En esos dos sublimes modelos hay belleza y sentimiento á la vez, hablan á los sentidos suavemente; pero hablan mas al corazon, conmoviéndolo. Arrojándonos á los piés de esas imájenes cristianas ofrecemos un tributo de admiracion al artista que ha sabido interpretar lo que está mas arriba de los hombres, mas allá del tiempo: nos sentimos subyugados por la grandeza de Dios, comprendemos la existencia del espíritu y nuestro amor se confunde en el inmenso amor que nos inspira ese gran ser de los séres. Buscad esos efectos en las imájenes de la religion pagana.

“Ved esas sencillas imájenes de la escuela de Umbría: en ellas está pintada la santidad, el pudor: no encontrareis en ellas esa desenvoltura que ahora llamais gracia y movimiento: el desnudo está encerrado tras los pliegues del pudor: esos pliegues mismos, severos, sencillos, casi siempre rectos, os reve-

lan que las formas están en reposo, que el cuerpo conserva las prescripciones de la castidad.

“Ahora lo habeis confundido todo: vuestras vírgenes son Venus griegas, con ropas hebreas ó con vestidos de esta época: os sirven tambien de modelo vuestras propias queridas, las concubinas de vuestros mecenas ó las públicas meretrices. Y cuando el pueblo sencillo y cristiano se arrodilla al pié de esas imágenes, ¿cómo quereis que se acuerde de Dios? nó: se acordará de los vicios representados en esas imágenes.”

Los tiépidi se mofaban claramente de las peroraciones del padre; pero los *piagnoni* derramaban lágrimas, conmovidos por la santa elocuencia de su maestro.

Baccio de la Porta no habia perdido una palabra, un jesto del predicador. Desde luego, el timbre de su voz, ese tono especial que tiene sus acordes en el corazon, que siente sus vibraciones, excitó el interés del jóven artista. A medida que fray Gerónimo hablaba, encontraba en su conciencia un movimiento de simpatía: y á cada frase, á cada idea, á cada imagen iba diciendo secretamente “tiene razon.” Al final del discurso, sus lágrimas corrian en abundancia, sus brazos se aflojaron, flaquearon sus piernas y cayó de rodillas. Al levantarse habia formado su resolucion. Marhó á su casa: reunió los libros, cuadros y estampas que contenian ideas y escenas de liviandad, formó con todo una pila delante de su puerta y les prendió fuego. Mientras en pié y cruzado de brazos miraba impasible arder todos aquellos objetos que habian formado el mundano placer de su juventud; los que transitaban por la calle exclamaban:—¡Está loco! —se ha vuelto *piagnoni*,—¡lástima es que obras tan bellas las devore el fuego!

Los tiépidi, por su parte, decian:—Un tonto mas al lado de Fray Gerónimo.

Baccio, nada escuchaba: una sola idea lo absorbía: la de renunciar los placeres del mundo. Fray Gerónimo lo atraía como un iman irresistible: consideráhalo como un apóstol, y

pasaba á su lado dias enteros en el convento de Santo Domingo.

Entre tanto, las intrigas de la córte de Roma habian logrado desacreditar al padre entre los mismos florentinos. No atreviéndose á atacar de frente á un hombre que se habia hecho fuerte con su razon y con la eficacia de su palabra, empleó la excomunion y logró presentarlo como un fraile fanático, rebelde y con tendencias de herejía. El gobierno de Florencia, débil por su propia corrupcion, cayó en el lazo que le preparó Roma, y decretó la prision del padre. Los soldados de la Señoría, seguidos de un populacho frenético, invadieron el convento. Los frailes resistieron entregar á su hermano que consideraban como un santo: cerraron la celda de fray Gerónimo y formaron barricadas á lo largo del claustro. En vano Savonarola gritaba que no era permitido á la inocencia resistir á la autoridad y que debia morirse antes que empuñar las armas. Los religiosos no escuchaban mas que su adhesion al padre y se batieron como soldados. En medio de la refriega se distinguia un jóven que no llevaba el hábito religioso. Ciego, furioso, se revolvía entre los soldados hiriendo, matando y destruyendo cuanto se le oponia al paso. Era Baccio de la Porta. Irritado el pueblo con la resistencia mas que los mismos soldados, prende fuego al convento y arranca de entre los maderos incendiados al padre Savonarola y lo lleva á la prision.

Baccio habia sucumbido al cansancio y á la pérdida de sangre que le causaran multitud de pequeñas heridas. Al volver en sí se encontró tendido entre cadáveres de frailes y soldados, cercado de escombros y de maderos humeantes: incorporóse cuando los dependientes del gobierno iban recojiendo los heridos y los muertos para trasportarlos en camillas.

Al dia siguiente, Florencia presenció el horrible espectáculo de la hoguera á cuyo alrededor, un pueblo engañado y fanático insultaba al mártir que iba á ser quemado vivo algu-

nos dias despues de ser aclamado como un héroe y un santo por ese mismo pueblo inconstante.

Condenado al fuego por su pertinacia con sus compañeros fray Domingo y fray Silvestre Maruffi, murió con estóica resignacion, dejando á la historia un nombre heróico y á los hombres, segun sus opiniones, un nombre de oprobio ó de bendicion.

Inmediatamente despues de su muerte, "viéronse aparecer escritos, pinturas significativas, medallas, donde estaba adornado con los títulos mas gloriosos. Poco tiempo despues el pincel de Rafael de Urbino, le daba lugar en el Vaticano entre los doctores de la iglesia. Su retrato figuraba en Santa María la Nueva y al lado de Jesus, predicando el nacimiento de Santo Domingo. Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones. San Felipe Neri conservaba su retrato en su habitacion y rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada."

"Durante dos siglos, en el dia del aniversario de su muerte, los mancebos sembraban de flores el lugar de aquel doloroso sacrificio."

Baccio se consagró á la relijion en el mismo convento que habia sido santificado por el mártir Savonarola, tomando desde entonces el nombre de fray Bartolomé de San Márcos.

Pero no abandonó el arte: siguió pintando sus imágenes de santos bajo la severa prescripcion de la escuela de Savonarola. Pero cansado una vez de las invectivas de otros pintores que lo consideraban incapaz de reproducir la forma humana desnuda, para confundir á sus censores, pintó un San Sebastian para la iglesia de su convento; mas su belleza era tal y la verdad tan exacta, que los fieles, singularmente las mujeres, sentian á su vista tal impresion, que los relijiosos, de acuerdo con el mismo Baccio, resolvieron quitar el cuadro de la Iglesia.

XI.

LOS AMORES DE BEMBO.

La Italia abrió sus hospitalarias puertas á la emigracion griega: los príncipes le abrieron sus palacios y las arcas de sus tesoros.

Despojados los griegos de sus capitales, como todos los emigrados, llevaron á Italia el precioso capital de su inteligencia y de su jenio.

Con tan poderoso impulso, la civilizacion habia caminado á paso de gigante. Desde entonces, los extranjeros que antes iban allí á visitar devotamente la mansion de los apóstoles acudian tambien "como peregrinos de la inteligencia, á buscar inspiraciones, ejemplos, ardor en las indagaciones literarias, libertad en las discusiones, experiencia en las franquicias políticas; iluminando luego á su patria con los rayos de que Italia era el foco."

"El amor á las letras era reputado un deber de los príncipes. Cosme, *padre de la patria*, tenia cuarenta y cinco copistas para proveer de libros su biblioteca. Lorenzo de Médicis reunia lo mas selecto de los sabios, hacia cantar por las calles

versos que él componia, dirigia máscaras y se mostraba verdaderamente *magnífico* en toda su conducta.

“El rey de Nápoles reclamaba de él como precio de la reconciliacion, un hermoso manuscrito de Tito Livio.

“Federico, duque de Urbino, contaba en Florencia y otros puntos, cuarenta amanuenses; y gastó solamente en copias 30,000 ducados.

“Francisco Esforcia enviaba á Toscana, personas con encargo de comprar para él cuantos libros lo mereciesen y reunir los escritores posibles.

“En la corte de Luis el Moro se reunian los ingenios mas notables. El arquitecto Bramante: el músico Franchino Gaffuri: el matemático Lucas Pacciolo: Gabriel Pirovano y Ambrosio Varese, médico y astrólogo: el pintor Leonardo de Vinci, que era además cuanto queria ser: los literatos Demetrio Calcondila: Jorge y Julio Mérula: Alejandro Minuciano y Emilio Ferrari: el historiador y jurisconsulto Donato Bossi y Pórtico Virunio erudito y hombre de estado, entonaban á porfía las alabanzas de aquel príncipe. El florentino Bernardo Bellincione era su poeta laureado; Bernardino Corise y Tristan Calco sus historiadores. Andrés Cornazano cantó en tercetos el arte militar. En fin, Bartolomé Calchi, Tomás Piatti y Jacobo Anticuario, favorecian las letras, rivalizando con su señor.

“En aquellas escuelas de la civilizacion y bajo tales maestros y mecenas, se formó la intelijencia de la juventud italiana: haciéndose moda el ardiente amor por las letras. En ellas se formaron tambien muchas mujeres que despues honraron la civilizacion pátria.”

Siendo griegos los maestros, es claro que traerian al país hospitalario las deidades de su panteon religioso. En efecto, la fantasía impresionable de los italianos se pobló de dioses y jenios, de tal modo, que la poesía, la pintura, la estatuaria, la arquitectura, la elocuencia del foro y aun la sagrada, se

revistieron con las galas de la mitología griega.

Natural era que al evocar la civilización ática se removieran también las cenizas de la civilización latina. Dedicóse pues, la juventud al estudio de los clásicos y los artistas fijaron más su atención en los monumentos romanos.

Entre aquella juventud ganosa de saber, distinguíase Pedro Bembo, hijo de un noble veneciano, que á los diez años hablaba correctamente el latín y aprendió el griego con Lascaris á los veinte y dos. Abandonando la carrera diplomática á la que su padre quería dedicarlo, corrió la Italia buscando inspiraciones de amor y de ciencia.

La naturaleza que lo había dotado de fácil inteligencia, le había favorecido también con sus dones físicos. Bien formado como una estatua de Fidias, galante como buen veneciano y entusiasta por lo grande y lo bello, como lo son todos los italianos, encontró por todas partes abiertas las barreras del mundo. La amistad le tendía las manos: el amor le abría los brazos.

Antonio Tebaldeo, Jacobo Sadoletto, el duque Alfonso de Este, Verónica Gambara de Brescia y Victoria Colonna, se honraron con su amistad. La Morosina fué una de sus primeras damas y Lucrecia Borgia la musa de su inspiración, el delirio de su rica fantasía... Pero no anticipemos los sucesos.

En la época que vamos describiendo, Pedro Bembo estaba en Roma: tenía treinta y dos años.

Entonces era Roma para Italia, lo que hoy es París para la Europa: lo que Atenas en otro tiempo para todos los países: el centro de la civilización y los placeres.

Los soberanos de Italia tenían allí sus palacios; el genio de la industria y el del comercio, iban allí á buscar empleos y recoger tesoros: los sabios á enseñar y aprender: los artistas á estudiar los modelos antiguos y colocar sus obras en los templos, los palacios y los sitios públicos; las mujeres hermosas á ostentar ó vender sus gracias.

Por eso Bembo estaba allí. Honrado con la amistad del

poderoso Alejandro VI, alternando con los personajes aristocráticos de aquella corte verdaderamente réjia, con los sabios, los poetas y los artistas de aquel teatro universal, el joven veneciano se creia el mortal mas dichoso de Roma.

Y tenia razon para creerlo así. ¿No le habia sonreido la Venus de aquel Olimpo, la divina Lucrecia Borgia? ¿No habia escuchado de sus labios esa dulce palabra que en dos letras encierra la felicidad suprema de este mundo? ¿No habia sentido entre sus manos la de aquella mujer á quien la majestad del poderío, el brillo deslumbrador de la riqueza, el atractivo de la gracia y la seduccion de la voluptuosidad la colocaban sobre todas las mujeres de Italia?

Pero Bembo la amaba; y esta debilidad fué una nube que vino á oscurecer su dicha.

Mujeres como Lucrecia pueden admirarse, desearse; mas sin la participacion del corazon. Amarlas, es suicidarse. Porque Lucrecia no amaba ¿y cómo podia amar? Si hubiera de corresponder á todos los que la galanteaban, tendria que dividir su corazon en mil fragmentos. Luego, en aquel alma tan henchida de pasiones poderosas y diversas, cómo habia de caber un sentimiento sencillo, dulce, pero intenso, que absorbe toda la vida, que domina todos los afectos?

A Lucrecia le agradaba Bembo, como agrada al niño un juguete que le divierte por un momento y que lo arroja en seguida para cojer otro nuevo.

Lucrecia, sin embargo, no despedia jamás á sus adoradores: los conservaba para esplotarlos á su tiempo; y Bembo no era un hombre vulgar que mereciera desdeñarse. Aun cuando el hombre perdiera para ella su atractivo, la quedaba el sabio y el poeta. Un poeta para la hermosura orgullosa, es la cítara que celebra sus encantos, la trompeta que pregonas su fama.

Cuando Alejandro declaró á Lucrecia su resolucion de casarla con Alfonso de Este, asomó á sus labios una maligna

sonrisa que traducida al lenguaje natural parecia decir ¡Cuántos van á ser desgraciados!

Ella misma tuvo la fria resolucion de participárselo á Bembo. Y cuando el desgraciado amante, pálido como la muerte iba á proferir una queja, los labios de Lucrecia cerraron el paso á las palabras....

Los ojos del poeta arrojaron dos gruesas lágrimas que su ingrata amante se apresuró á enjugar con sus lindas manos.

—Pero siempre seré tuya, Bembo;—le dijo Lucrecia, complaciéndose en su debilidad.

—¡Mia! no puede ser, Lucrecia. Alfonso de Este, el hombre mas apuesto de Italia, te hará olvidar muy pronto al oscuro vate del Adriático, al pobre amante que no tiene mas patrimonio que su amor y su lira.

—En los brazos de Alfonso te consagraré mis recuerdos.

—¡Gracias!—contestó Bembo con amarga ironía.

—Es preciso resignarse.

—Ya lo veo.

—La razon de estado lo exige: el interés de Roma, reclama la alianza con la casa de Ferrara.

—Me permitirás visitarte?—la dijo en tono suplicante y volviendo á cojer sus manos.

—Vivirás, si quiéres, en mi propio palacio.

—¡Nunca! me daria la muerte el presenciar la dicha de otro.

—Nos veremos en Roma, en Ferrara: donde quiera que esté.

—Y permitirá Alfonso....

—Lucrecia Borgia no ha reconocido jamás mas autoridad que la de nuestro Santísimo padre Alejandro VI;—contestó irguiendo el talle con ademan altivo.

La noche en que se despidieron Lucrecia y Bembo fué la mas deliciosa para el amante; porque la felicidad que se escapa es la mas preciada. Las caricias se mezclan con las lá-

grimas; el placer con el dolor: el temor con la esperanza. El alba viene regularmente á terminar estas escenas y la mujer y el hombre se separan para cumplir cada uno su destino.

Bembo debia consolarse de la pérdida de Lucrecia en los brazos de la Morosina y con las caricias de sus hijos: Lucrecia si tuviera que buscar lenitivos á su dolor los encontraria en las tumultuosas fiestas que le esperaban en Ferrara y en los rendidos homenajes de nuevos amantes que allí como en todas partes se arrojarian á sus piés.

De todas las vivas emociones que Lucrecia habia sentido en las fiestas de Roma, solo llevaba á Ferrara un recuerdo: como el que deja en la imaginacion de un viajero en el trayecto de nuestros caminos de hierro el semblante de una bella y simpática jóven que deseariamos volver á encontrar.

Como todo era grande en aquella mujer admirable y funestamente célebre, un capricho, un deseo, tenian en ella la fuerza de una pasion. El semblante, el ademan, el acento del jóven Rafael, se habian grabado en su imaginacion, como los caractéres del cincel quedan grabados en el bronce. Sentia aun el contacto de sus labios infantiles y temblorosos en el dorso de su mano y se estremecia nuevamente á cada vibracion del recuerdo. En su continuada carrera de amor, en la larga série de amantes que contaba en tan temprana edad, nunca habia sentido aquellos efectos: siempre habia dominado á sus amantes, jamás habia sido dominada por ellos.

Y ahora aquel adolescente de humilde traje, de tímido ademan, sin pretensiones, sin palabras de amor, sin levantar apenas los ojos del suelo, la habia fascinado, y la mitad de sus Estados hubiera cedido, y aun la mitad de su gloria por ocupar un lugar en aquel corazon y un cojín cerca de su lecho.

Dejémosla partir á Ferrara con el despecho de la soberbia contrariada, con el disgusto del deseo no satisfecho. Tal vez el juego de azar que dirige los acontecimientos humanos en sus caprichosas evoluciones, vuelva á reunir en el mismo lugar ó en otro cualquiera á Lucrecia y Rafael.

XII.

EL JUBILEO SANTO.—UNA FLOR EN MEDIO DEL CIENO.—BRAMANTE, RAFAEL,
LUCRECIA.

El jubileo Santo, publicado el 22 de Diciembre de 1499, atrajo multitud de devotos y curiosos de todos los países de Europa.

“Si los cristianos—dice un escritor de la Iglesia—ganaron la remision de sus culpas, la Santa Sede ganó tesoros.”

Además de este recurso, el producto de los testamentos de los cardenales á quienes heredaba la Iglesia, la contribucion impuesta á los judíos, al clero y á los mismos cardenales, aumentaron de tal modo el caudal de San Pedro, harto considerable ya por sus rentas ordinarias, que Alejandro VI podia emprenderlo todo.

En vano la verdad ó la calumnia se desataba contra los Borgia. El pueblo tenia pan barato y en abundancia, Roma estaba tranquila y entregada á sus fiestas populares y religiosas, y mientras los diarios clandestinos y los adversarios de los Borgia pintaban con los mas negros colores, sus incestos, adulterios, robos y asesinatos, los romanos de la plebe los llama-

ba padres de la patria y estaban dispuestos á empuñar las armas si necesario fuese para defenderlos hasta morir.

Aquel año permitió S. S. que se celebrase el Carnaval á pesar del jubileo, para que su pueblo bien amado no se privase de sus diversiones favoritas.

“Lucrecia hizo varias cabalgatas á Letran; y César se presentó en la plaza Navona, detrás de una carrera de antiguos aurigas, en un carro de triunfo, con el traje de vencedor de las Galias. Formaba su acompañamiento una turba obsequiosa y embrutecida; y sus lacayos enarbolaban banderas en que estaban escritas estas palabras, que eran las últimas de su ambicion *ó César ó nada* y le aclamaban con toda la fuerza de sus pulmones.”

Aunque los Borgia tenían sus palacios particulares, habia además destinados para ellos habitaciones suntuosas en el mismo Vaticano. Pero las de Lucrecia excedian á todas en lujo, en buen gusto y magnificencia. Habia piezas de recibimiento, salas de festin, galerías de cuadros y esculturas, biblioteca, museo de curiosidades artísticas. Los muebles eran correspondientes á todas las épocas y á lo mas exquisito del Renacimiento.

El dormitorio de Lucrecia y su gabinete reservado eran dos habitaciones fantásticas. Allí todo era misterioso: la luz suave, el aire impregnado de esencias; las alfombras y colgaduras suavísimas al tacto; la pinturas y estátuas representaban los asuntos mas encantadores.

Al penetrar en aquel recinto sentíase el sistema nervioso conmovido, el corazon abierto á las mas dulces emociones.

Lucrecia se dirigió al palacio Vaticano con su numerosa corte de damas y caballeros y todos se alojaron allí holgadamente.

Aquella noche la cena fué digna del gran anfitrión que la daba y de los ilustres huéspedes que la recibían. Los manjares mas exquisitos y los vinos mas preciados de España, de

Italia y Grecia, fueron servidos por lindísimos pajes cubiertos de brocado de oro y plata, en riquísima vajilla.

En aquel gran salon, esplendoroso con millares de luces que reflejaban en las doradas molduras, en las pedrerías de los trajes y adornos y hasta en los mismos ojos de las mujeres mas hermosas de Italia, solo habia una persona triste; y era precisamente la reina del festin. Lucrecia habia recorrido las principales calles de Roma sembradas de flores, en medio de su brillante cabalgata. A su paso los sombreros y bonetes se arrojaban al aire, los vivas de la multitud se mezclaban con las músicas y el repique de las campanas; pero Lucrecia no escuchaba, su atencion estaba en otra parte. Su mirada investigadora y anhelante buscaba en aquellas olas de cabezas humanas un objeto deseado que no encontraba. Al pasar por Santa María del Popolo, detuvo un momento las riendas á su corcel árabe, irguió su talle y dirigió su ansiosa mirada á la escalinata de Santa María.

Toda estaba ocupada por paisanos de la campiña de Roma, los cuales al notar el pequeño alto de la cabalgata se tuvieron por felices en poder contemplar tanta grandeza que les daria materia para las conversaciones del hogar.

Durante la comida Lucrecia hizo un esfuerzo sobre sí misma para mostrarse amable. Y en efecto, parecia radiante de alegría, ébria de felicidad. Jamás le habia sido tan costoso el finjimiento. Al fin de la comida llegaron los brindis. Alejandro y los Borgia fueron victoreados en verso y prosa; pero Lucrecia fué colocada en el Olimpo entre Citheres y los ánjeles, segun el mal gusto de aquella época.

Lucrecia sonreia á tantos aplausos y aun tocó y cantó en su laud una sentida romanza de los bardos españoles.

Pero este mismo esfuerzo, la violenta compresion con que habia procurado dominarse, acabó con toda su enerjía. Las últimas notas espiraron en su garganta sin terminar el concepto: oprimiósele el corazon, sus ojos se humedecieron, aflo-

járonse sus manos y el instrumento cayó en la alfombra. Un grito de Vanozza advirtió á los convidados que Lucrecia se habia desmayado sobre su propia camilla.

Aquel inesperado lance puso en confusion la concurrencia: todos querian socorrer á la desmayada, y poco faltó para que esta misma solicitud la ahogase; pero Lucrecia volvió en sí con la sonrisa en los labios; una sonrisa convulsiva que nadie comprendió y que desvaneció todos los temores. Solo el duque de Gandia acostumbrado á leer en los infinitos pliegues de aquel corazon tan lleno de misteriosas intrigas, pudo comprender que su hermana padecia en aquel momento por la contrariedad de algun capricho no satisfecho.

La cena terminó lánguidamente.

Ya se levantaba sobre el horizonte el lucero de la mañana, cuando los convidados se retiraron á sus respectivos dormitorios. Vanozza que habia adormecido su conciencia, podia dormir tranquila. Alejandro necesitaba velar para perfeccionar el proyecto que habia desplegado en la última conferencia. César apenas dormia: aquella naturaleza poderosa, sostenida por una enerjía de espíritu que no ha tenido ningun hombre, no podia rendirse al sueño sin gran dificultad. Aspiraba como Alejandro á la unificacion de la Italia bajo la espada y la tiara; pero la tiara colocada sobre sus sienes á la muerte del Papa.

Se arrepentia tal vez de haber trocado la espada por el capelo, y proyectaba dejar el oficio de Condottiero. Mas aun era temprano para adoptar esta resolucion. Todavía tenia enemigos Alejandro y habia tesoros que explotar.

En cuanto á Lucrecia, luego que se retiró á su dormitorio, despidió á sus camareras deseando quedarse sola. Tenia que pensar, ó mas bien continuar pensando; porque hacia tiempo que una idea pertinaz, insistente, se habia apoderado de su cabeza, desde el día de la publicacion de sus bodas en Roma. Fuése desnudando lentamente por sí misma, frente

de un espejo que retrataba fielmente su hermoso cuerpo.

¡Cuántos brazos amorosos habian rodeado aquella flexible cintura! ¡Cuántas miradas ardientes se habian fijado en aquel divino semblante! ¡Cuántas frentes locas de amor se habian reclinado sobre aquellos rubios cabellos que ahora caian en desórden por la desnuda espalda!

Lucrecia pasaba revista en su cabeza á todas aquellas pasadas escenas de amor, y una leve sonrisa de vanidad vagó lijeramente en sus labios.

Pero faltaba una escena para el complemento de la felicidad de su vida. Una escena casi pastoril como lo son las de los primeros amores. Lucrecia se sentia capaz de ser la zagala de una égloga, porque su corazon corrompido por los amores mundanos no habia sentido jamás esa chispa de llama pura que parece desprendida del cielo y que enciende en nuestro pecho el verdadero amor, el amor del espíritu. Y este amor lo habia sentido por Rafael. Y ese sentimiento, nuevo para ella, la estremecia de placer y de temor. Echó una mirada sobre los cuadros licenciosos que adornaban las paredes, y una lijera tinta de rubor tiñó súbitamente sus mejillas.

Era la primera vez de su vida que la vergüenza le habia hecho inclinar la frente.

Sus sueños fueron agitados aquella noche. En su acalorada fantasía se le presentaron todos los cuadros de prostitucion en que habia sido la heroina, y aun en medio del sueño volvió á ruborizarse. Mas un ángel le tendia la mano para sacarla del lodazal del vicio, y aquel ángel era Rafael. La arrebató entre sus brazos y la condujo á un bosque que por su frondosidad eclipsaba la belleza del valle de Tempé. Rafael la tenia preparada una cabaña, en la que no se encontraban muebles del renacimiento. Todo era allí pastoril. La mesa una tosca piedra: los asientos de troncos de árboles, el lecho de pieles. En él descansaban Rafael y Lucrecia como dos pastores de la Arcadia. Sus caricias eran inocentes; apenas tocaban la rejion de

los sentidos: su mayor impulso salia del alma. Lucrecia sentia una embriaguez desconocida que vino á desvanecer la luz del Sol, que penetraba aunque dulcemente, por las ventanas.

Extendió sus desnudos y torneados brazos como para sujetar un ser que perdía la forma humana desvaneciéndose en el espacio.

Abrió lentamente los pesados párpados, y al recorrer con una mirada aun soñolienta la estancia, buscó en vano la rústica cabaña y lanzó un profundo suspiro. Todo habia desaparecido.

Llamó á sus camareras y comenzó á vestirse delante de su espejo segun costumbre.

Estaba pálida, y sus ojos tenian al rededor un círculo azulado: dos imperceptibles arrugas plegaban su frente: casi llegó á creerse fea.

No hablaba una palabra: sus doncellas temieron aquel silencio que era casi siempre precursor de recias tormentas. Pero Lucrecia las dijo dulcemente—retiraos.

En seguida acercándose á su escritorio tomó un papel y escribió en él cuatro líneas.

Llamó á un criado y entregándoselo, le dijo:

—A Bramante, el arquitecto de S. Pedro.

Dió algunos pasos por la estancia, paróse en frente del espejo como queriendo cerciorarse de que habia recobrado su belleza.

Quiso arreglarse el cabello que creia tener aun en desorden. Estaba profundamente preocupada.

Cojió despues el laud que tenia sobre un cojin y tocó en él unas melodías españolas, del jénero grave y melancólico de nuestra antigua música.

Esto pareció aliviarla; porque dejó salir de su pecho dos suspiros, como si comenzase á descargarse de un peso doloroso.

Así se pasó una hora.

Anunciaron á Bramante.

Extendióle su mano que el arquitecto besó con respeto.

Bramante tenia entonces 58 años. Su fisonomía venerable lo parecia aun mas por el rayo de intelijencia que animaba sus ojos y su frente. Profundo en el conocimiento de las bellas Artes, era además improvisador poeta. Alejandro VI lo estimaba mucho y Lucrecia se entretenia á veces con su grata conversacion.

—Tu sobrino, permanece en Roma?—le preguntó.

—Sí, señora.

—En qué se ocupa?

—Estudia los modelos antiguos.

—¡Tan jóven y tan aplicado!

—Diez y nueve años, señora.

—Necesito verlo. Quiero hacerme cargo de su fortuna.

—Gracias!—dijo Bramante inclinándose y frunciendo ligeramente las cejas.—Ahora debe marchar á Florencia para continuar sus estudios.

—No, Bramante, debe quedarse en Roma. Aquí existen los mejores artistas, y encontrará nuevos maestros.....

—Dejadlo partir, señora: Rafael es demasiado jóven, necesita perfeccionarse en el espiritualismo de la escuela de Umbria, que es la de su maestro. Si variase repentinamente de estilo, atrasaria en su carrera y esto seria un mal para él y para el Arte.

—Haremos venir á Roma los pintores que tú designes.

Bramante enmudeció como aquel que se ve sorprendido por una salida inesperada.

—De todos modos quiero verle,—continuó Lucrecia.—Tengo que hacerle una proposicion que todo lo concilie.

—Estará á vuestras órdenes.

—A la hora segunda de la noche.

—Teneis alguna otra cosa que mandarme?

—Sí: necesito un plano para un jardin en mi palacio nuevo del Trastíber.

—Me ocuparé en complaceros.

Bramante se inclinó respetuosamente ante Lucrecia y pidió permiso para marcharse.

—A la segunda hora de la noche,—le repitió Lucrecia.—No desatendais vuestras ocupaciones: un empleado le esperará para guiarlo.

Bramante salió del Vaticano lleno de sombríos temores: como hombre de experiencia y de una rectitud intachable, veía mucho peligro en aquella entrevista. Conocía muy bien á Lucrecia y temía por su sobrino, que educado por Maggia era, como su madre, un modelo de sencillez, de virtud y religion.

Es verdad que las relaciones de Lucrecia podían ser la escala de una inmensa fortuna; mas también podían conducir al fondo del Tíber ó á las convulsiones de un tósigo.

Pero no había medio: era preciso obedecer ó exponerse al peligroso resentimiento de una mujer omnipotente.

Sin embargo, resuelto á dar á su sobrino las instrucciones necesarias llegó á su casa.

Con la prudencia conveniente refirió á Rafael la entrevista que acababa de tener con ella.

Rafael se sonrió al pronto de los temores de su tío; mas recordando su presentación á Lucrecia en las salas del Vaticano sintió de nuevo aquella emoción desconocida que experimentó al besar por la primera vez en su vida la mano mórbida de una mujer que no era su madre.

Involuntariamente se estremeció, sin poder discernir si era de placer ó de temor. Era una sensación parecida á la que experimenta un niño al acariciar una bella flor que oculta algunas espinas.

Bramante se vió obligado á revelar á su sobrino lo que la opinión pública refería á media voz de Lucrécia. Rafael quedó sorprendido. Parecíale que aquel cuerpo tan admirable no podía encerrar un alma tan perversa. Casi dudó de la opinión

pública atribuyéndola á inspiracion de la maledicencia.

Con todo ofreció no olvidar las advertencias de su tío, y aguardó la segunda hora de la noche para acudir á la cita.

Lucrecia esperaba con la impaciencia del deseo. En las muchas citas que habia concedido á sus amantes jamás habia latido su corazon sino por una orgullosa impaciencia. Mas ahora cualquier lijero rumorcillo la sobresaltaba. El pudor, por la primera vez de su vida, habia nacido súbitamente en aquella alma corrompida como nace una flor ignorada despues de una repentina lluvia.

Sorprendida como Eva en el Paraíso al ver su seno desnudo, apresuróse á cubrirlo con un lienzo de seda. Sentíase conmovida y asustada como la jóven púdica en la primera entrevista que el amor inspira á la imprudencia.

La hora llegó.

Un ayuda de cámara anunció al jóven artista, retirándose en seguida.

Lucrecia acostubraaba á recibir sus amantes muellemente recostada en su camilla griega; mas ahora se dirigió instintivamente á la puerta de la cámara. Rafael se presentó en ella quedándose parado en el dintel.

Lucrecia entreabrió sus labios para articular una frase; mas solo pudo hacerle una señal de que se acercase. Adelantóse tímidamente Rafael, inclinándose respetuosamente, esperando que Lucrecia le diera á besar su mano. Pero la mano no se extendió y los dos quedaron parados frente uno de otro por un breve instante.

—Os he llamado—dijo al fin Lucrecia, señalándole un sillón para que se sentase—para informarme de vuestros proyectos sobre el porvenir. Me ha dicho Bramante que pensábais ir á Florencia para estudiar las obras que actualmente ejecutan Leonardo Vinci y Miguel Angel.

—Es cierto, señora.

—¿Y en las sublimes obras antiguas que encierra Ro-

ma no encontrais modelos que imitar?

—Señora, soy aun débil en el arte para atreverme á levantar mi vista á esas respetables reliquias: con el tiempo, si Dios ayuda mi buen deseo y mis diligencias, yo volveré á Roma y entonces no me sentiré tan humillado ante las obras de Fidias y de Praxíteles.

El tono de voz de Rafael era dulce, extremadamente flexible, tenia la verdadera graduacion de las notas musicales. Sus palabras vibraban plácidamente en los oídos del Lucrecia y se dirijian al corazón. La modestia del artista, la fe con que habia pronunciado aquellas palabras, las daba mayor realce. Sentíase Lucrecia sojuzgada por un poder desconocido, y añadió, tímidamente.

—¿Y si Miguel Angel y Vinci se estableciesen en Roma ó en Ferrara....?

—Entonces....

—Entonces no saldríais de Roma....? Escuchad—prosiguió precipitadamente y sin esperar la respuesta de Rafael.—¿Os agradaria pertenecer á la servidumbre del Duque de Este, mi esposo?

Rafael frunció el entrecejo de una manera tan franca, que Lucrecia lo advirtió al instante.

—¿Y al servicio de su esposa?

Estas palabras fueron arrastradas tímidamente con el tono de una súplica, acompañadas de una mirada llena de dulce persuasion. Sintióse Rafael doblemente herido por el oído y por la vista, inclinó su frente y solo pudo contestar:

—Señora, yo....

—Serias mi paje, mi paje favorito.... terminó con una voz tan apagada que se perdía en el espacio.

Hubo un momento de silencio.

La débil luz de una bellísima lámpara romana, reflejándose en un bruñido espejo de acero, enviaba sus pálidas irradiaciones á todos los objetos de la cámara. Uno de aquellos

rayos daba sobre la frente de Lucrecia, ligeramente inclinada hacia la mano de Rafael que tenia entre las suyas.

El adolescente temblaba en fuerza de una emocion desconocida.

Al inclinarse Lucrecia se habia deshecho un pliegue del lienzo que cubria sus hombros. En aquel instante el jóven artista recordó la Venus de Médicis; pero tuvo miedo.

Lucrecia se incorporó y arregló sonrojada su vestido. Al pasajero rayo de voluptuosidad siguió un movimiento casto. Soltó la mano del jóven y retirando el tratamiento familiar que habia usado continuó diciendo:

—Quiero encargarme de vuestra fortuna. Me han hablado de vuestros primeros trabajos como dignos de la Escuela de Umbría. Mas necesito ser testigo de vuestros progresos. Para esto os propuse que perteneciérais á mi casa: sereis mi amigo antes que mi criado. La pension que disfrutareis os permitirá entregaros con desahogo al estudio del Arte. Si no quereis pertencer á mi casa sereis de la servidumbre de N. S. Padre; pero no salgais de Roma,—repitió nuevamente con tono suplicante —me habeis inspirado cariño..... el cariño de un hermano.....

—Señora, vuestros excesivos favores me llenan de confusion.... mas perdonad mi sinceridad. El pertenecer á vuestra servidumbre es para mí un grande honor; el vivir á vuestro lado es una ventura inmensa. Pero amo tanto mi libertad y mi independecia, me parece tan elevada, tan feliz la vida de artista, que no la trocaria por todos los imperios del mundo.

Rafael calló. Las últimas palabras que habia pronunciado helaron la sangre de la altiva española; entonces tímida como una gacela. Jamás habia sido contrariada por ningun hombre.

La sangre de los Borgia se reveló por un instante. Su entrecejo se plegó, sus labios temblaron y sus dedos de marfil se

se retorcieron destrozando la haldilla de su justillo.

Mas aquel cambio súbito duró un momento. Rafael conservaba aun entreabiertos sus labios despues de haber pronunciado las últimas palabras; un ligero bozo sombreaba su boca; sus rasgados ojos volvieron á tomar su habitual expresion melancólica; por un movimiento natural echó atrás los bucles de su rica y sedosa cabellera y arregló su capilla corta de veludo, dirijiendo una mirada á su bonetillo que habia dejado sobre un taburete. Esto indicaba que se preparaba á marchar.

Repuesta Lucrecia de su pasajera emocion, dijo:

—Sancio, quiero mi retrato pintado por vos.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Cuándo empezaremos?

—Cuando gustéis.

—Mañana si os parece.

—Dónde?

—Aquí. Preparadlo todo.

—Elejid traje.

—Este mismo. ¿Me sienta bien?

—Estais hermosa—dijo Rafael sonrojándose.

Lucrecia sonrió dulcemente: nunca le habia sido mas grata aquella galantería que por demasiado prodigada habia perdido para ella su interés.

Rafael se levantó.

—Decidme la hora—dijo cojiendo su bonetillo.

—A las cuatro de la tarde.

Lucrecia extendió su mano que cojió entre las suyas el artista, estampando en ella sus labios. Ella le acompañó hasta el dintel de la puerta despidiéndole con la salutacion griega de *salud y prosperidad*. Rafael la contestó devota y respetuosamente—Dios os guarde, señora.

Al atravesar Rafael las galerías del Vaticano iba diciendo para sí.—En verdad que los temores de mi pariente Bramante son infundados. Lucrecia es hermosa; pero casta.

Ella por su parte habia tenido una inspiracion, despues del momentáneo desaliento que le habia producido la resitencia de Rafael.

Pensó que el triunfo que no habian alcanzado sus palabras ni sus ojos, lo obtendria por medio de los espíritus, consultando á una hechicera.

XIII.

EL AMOR DE BEMBO.—LOS ASSOLANI.—LA CORTE DE FERRARA.—UNA COQUETA.

Ariosto habia sido mas feliz que Bembo. Despues de la partida de Lucrecia á Ferrara, Bembo fué á buscar á la cara patria algun lenitivo á su dolor. Los misteriosos amores de sus canales, los sordos murmullos del Adriático, el aire suave y embalsamado de los jardines, el movimiento de las costumbres democráticas, la vida activa que difunde el comercio, los suntuosos palacios, mezcla monstruosa pero grata de todas las arquitecturas, las músicas y las danzas, el espíritu en fin, de la patria, ese espíritu invisible, impalpable, que se respira, que vivifica al que ha recojido en país extraño cosecha de sinsabores, eran recursos que contra sus dolores debia encontrar el enamorado Bembo.

¡Mas ay Dios! que el que lleva clavado en su pecho el dardo de la ausencia, el dolor de un amor infortunado, en parte alguna conseguirá consuelo. Bembo, lleno de juventud y de hermosura, coronado con la aureola del jenio, acariciado por la amistad y el amor, halagado por sus conciudadanos, no lograba encontrar la dicha perdida, y la imájen de Lucrecia se

levantaba triunfante de en medio de aquel caos de venturas que disfrutaba Venecia.

Bembo hizo todas las pruebas: disertó con los sabios, concurrió á las fiestas públicas, se embriagó en las orjías, tuvo amores. Entre las muchas mujeres que le brindaron caricias, eligió una á quien—según las crónicas—revistió con los atractivos de Lucrecia. Procuró engañarse á sí mismo, creerse enamorado.

“Tus brazos de marfil—la decia—conmueven y arrebatan mi corazon.”— “Te envio esos guantes para que ocultes esas preciosas manos á todas las miradas, excepto á las mias.”

Aquel amor duró veinte meses; porque la dama tuvo que ausentarse de Venecia.

Algun tiempo despues la escribió las siguientes palabras, últimas que la dirigió.

“Cuando un viento demasiado favorable hinchó las velas del buque y perdiéndose en lontananza me arrebató tu imájen adorada, el corazon se me oprimió por la tristeza y lloré como un niño que ha perdido su madre. Solo, abandonado de mi querida y acostumbrada compañera, envolviéndome hasta la cabeza con mi capa por no ver un mundo que me causaba espanto desde que tú no lo habitabas, torné á mi casa, donde en vano busqué la dicha de los meses anteriores.”

Todo esto era mentira; porque Bembo no amaba á aquella mujer: no podia amarla. Solo ella fué feliz durante veinte meses que duró aquella farsa amorosa.

Bembo que no podia vivir tan distante de Lucrecia, marchó á Urbino con la esperanza de volver á verla en Roma, donde los negocios de Estado y de familia la llamaban con frecuencia. Allí por no estar ocioso, volvió á finjirse enamorado. La crónica contemporánea no nos ha revelado el nombre de esta dama, con quien siguió el poeta veneciano una correspondencia secreta durante algunos años.

¿Qué sería entre tanto de la pobre Morosina, de la madre

de los hijos de Bembo? Puede comprenderse que en la vida aventurera de su ingrato amante, su único recurso seria el cuidar de sus hijos, reconcentrando en ellos su cariño.

Bembo se retiró despues á la villa de Assoli, donde Catalina Cornaro, reina destronada de Chipre, lloraba su infortunio, en los dilatados salones de su castillo.

Bembo llegó á visitarla y fué jenerosamente recibido por ella, sin embargo de ser compatriota de los que la habian arrojado del trono. Bien pronto simpatizaron aquellos dos seres y juntos lloraron, la una su perdido dominio, el otro su malogrado amor. De la compasion á otro sentimiento mas vivo, solo hay un paso, que siempre están dispuestos á dar el hombre y y la mujer.

Pero estos nuevos amores no pudieron hacerle olvidar los de Lucrecia, y sabiendo que su amigo Trisino poseia un retrato de la señora de sus pensamientos, le dirijió la siguiente epístola.

“Trisino, tú que has sido siempre mi mas fiel amigo, y el íntimo confidente de mis pensamientos, sabes cuanto amo á L. B. Ella es para mí, la vida, la felicidad. Su casamiento con A. de E. ha puesto á su disposicion el tesoro de sus gracias. Ese hombre, funestamente dichoso para mí, puede gloriarse de poseer la mujer mas hermosa del mundo. ¿Mas posee igualmente su corazon? No: su corazon es mio; ella misma me lo dijo entre las caricias y los sollozos de nuestra cruel despedida. Si no es cierto, si me engaña, quiero al menos alimentar esta ilusion que me hace menos desgraciado. Mi destino me obliga hoy á vivir separado de ella. Pero aquí, donde he debido á la hermosa y desgraciada Catalina Cornaro una galante acogida, me ocupo tambien de ella, y su memoria me inspira en una grata tarea que pienso dedicarla.

“Y tú, caro Trisino, tú sí que eres dichoso; porque vives bajo su mismo techo, respiras la misma atmósfera, te embelesas en su dulce mirada, escuchas los sonidos de su armonioso

laud, las suaves notas de su canto.... Te envidio, Trisino.

“Pero tú podías tambien dividir conmigo parte de esa felicidad. No ignoro que posees un retrato de ella pintado por uno de nuestros mejores artistas. Teniendo el orijinal puedes hacerme donacion de la copia. Y esto durante mi ausencia. A nuestra vista en Roma, tal vez en Ferrara, te lo devolveria. ¡Cuánto te agradeceria esta señalada prueba de tu amistad!

“Háblame de ella: no tengo celos de tí; porque sé que so’o eres su amigo: si fueses su amante, te aborreceria como aborrezco á todos los que la aman. Háblala de mí: dila que los aplausos que á mis pobres escritos dirige toda la Italia, los trocaria por una sola de sus embelesadoras sonrisas. Dila que todas las hermosas de Urbino, de Venecia y de Assolo, me parecen estátuas ejipcias comparadas con su divina imájen. Dila en fin, que Bembo no puede vivir mas tiempo separado de L. B.—Te saluda tu triste amigo.”

Trisino recibió la carta de Bembo y se la mostró á Ariosto. Ambos concluyeron diciendo: ¡Está loco!

La corte de Ferrara se habia convertido en una segunda Roma, desde que Lucrecia la habitaba. Astro brillante de primer órden, atraía las demás estrellas del cielo de Italia. Mujeres hermosas de distinguida estirpe, y aun de oríjen plebeyo, caballeros, ricos propietarios y comerciantes, literatos, poetas, músicos, artistas, bufones y cómicos, hacian del palacio de Este la mansion de las Hadas. Alfonso, guerrero y ambicioso, habia abdicado hasta cierto punto el poder civil en su esposa, que era en realidad la soberana de sus dominios. Alfonso amaba á su mujer, como un aficionado á las bellas artes ama una estátua griega, con un amor de intelijencia. Amaba á Lucrecia por lo que valia como mujer de exquisitas proporciones, como soberana de varios dominios de Italia, como pro-

tejida de Alejandro VI. Podia decir á la Europa, "poseo la mujer mas hermosa, mas llena de gracia, mas rica, y mas peligrosa."

Y en efecto, Alfonso habia encontrado una cota de malla contra el puñal asesino y un antídoto contra el veneno de los Borgia. Abrazando la causa de esta familia, dejando en libertad á Lucrecia para satisfacer todos sus caprichos, estaba seguro de no morir estrangulado, ni entre las convulsiones producidas por el vino de Siracusa.

El tiempo se pasaba entre suntuosos festines, conciertos musicales, certámenes poéticos y representaciones dramáticas.

Entre los poetas se distinguia Ariosto. Allí compuso su Orlando furioso que habia de atraerle los elojios y la crítica de sus contemporáneos y de la posteridad. Sus cantos se escuchaban con religioso silencio y se aplaudian con estrepitosos bravos. Lucrecia, con su corte especial de mujeres hermosas é ilustradas, eran con el poeta, pródigas de alabanzas y de dádivas: algunas lo eran tambien de su amor.

Mas nada de aquella existencia de placeres intelectuales y físicos podian llenar cumplidamente el corazon ansioso de emociones, de Lucrecia. Tenia poder, riquezas, juventud, hermosura: contaba con la adhesion de un pueblo siempre dispuesto á incensar al ídolo que está en moda; los corazones de muchos hombres distinguidos latian por ella; y sin embargo, Lucrecia no era feliz. En el jardin de su ventura, le faltaba una flor: flor humilde nacida á la sombra de los castillos de Urbino. En aquel corazon evaporado, poseido de ambicion, gastado por los excesos de tempranas pasiones, agostado por las intrigas de la diplomacia, endurecido por las escenas de devastacion y de sangre, habia sin embargo encontrado cabida un sentimiento tierno. Lucrecia amaba acaso por la primera vez de su vida. Sentia ese dulce calor, que enciende la sangre sin causar turbulencia: ese inefable bienestar que trae el recuerdo del objeto amado. Sentimiento nuevo para ella, que ja-

más habia experimentado y que dominaba todas las impresiones que recibia en la fastuosa córte de Alfonso. La memoria de aquel adolescente que habia visto entre los artistas de la escalinata de Ntra. Sra. del Popolo el dia de su triunfal carrera, se reproducia en su imaginacion con la enerjía de un sueño dichoso. Sentia la impresion de aquellos labios infantiles sobre el dorso suave de su mano, y se estremecia de rubor y de placer, cual si fuese una púdica doncella. Ella, tan poderosa, tan bella, que todo lo dominaba, que todo lo rendia, ¿no tendria bastante poder para traer á su lado un niño de pobre cuna, que se consideraria muy dichoso en pertenecer á su servidumbre? En verdad que la hermana de César Borgia no debia ser tan cobarde.....

Su resolucion está tomada: marchará á Roma, hablará con Bramante, le pedirá á su sobrino y le hará su paje.

Entretanto, recibia la siguiente carta de Bembo.

“Lucrecia: el hombre que no conserva la vida sino para adorarte, que ha corrido toda la Italia por huir de sí mismo, ha buscado el rincon mas solitario del Veneto para seguir pensando en tí mas libremente, para seguir amándote. Aquí, en Assolo, he encontrado un corazon que ha respondido con un eco á mis suspiros. La desgraciada viuda de Lusiñan, la buena Catalina Cornaro me ha concedido jenerosa hospitalidad. Simpatizando con mis dolores la que es cruda presa de los suyos, me ha referido sus cuitas; y yo, Lucrecia, no he podido revelarle las mias. He tenido que engañarla, contándola desgraciadas aventuras de amores imaginarios. Considera mi tormento; yo, que quisiera pregonar por todas las ciudades de Italia que te amo, no puedo ni aun decírmelo á mí mismo en alta voz, temiendo que algun testigo invisible lo revelase.

“Pero en sabroso desquite de este sacrificio, mi númen inspirado por tí, ha compuesto ese poema que te dedico y te envío por mano de nuestro caro Trisino. Le titulo los Asso-lani, por el lugar donde se ha compuesto. Acéptalo propicia:

léelo con atencion: en sus diálogos verás retratados algunos de nuestros pasados coloquios. Y si alguna recompensa merece de tí un trabajo escrito durante el insomnio y regado á veces con mis lágrimas, yo te ruego que me envíes tu divina imájen, pintada por alguno de los hábiles artistas que viven en tu corte. No le negarás esta gracia á tu fiel, Bembo."

Lucrecia leyó esta carta con la sonrisa de la vanidad satisfecha: despues, haciéndola menudos pedazos, se entretenia en ver los juegos que con ellos producía el viento en sus caprichosas ráfagas.

De repente sus labios se entreabrieron, tomando una expresion melancólica, como si un recuerdo cruzara repentinamente por su cabeza: una lijera nube de tristeza casi imperceptible, plegó su tersa frente, y se la pudiera oír exclamar con apagada voz—pobrecillo! ¡cuánto me ama!

Despues, irguiendo el talle, oprimiendo los labios y dilatando sus negras pupilas, añadió con cierto tono de despecho:

—Pero yo tambien no amo!... y sufro!

Y la imájen del jóven pintor de Urbino se presentó nuevamente á su memoria.

Con todo, se creyó obligada por las leyes de gratitud á contestar á Bembo; y algunos dias despues le dirigió la siguiente carta.

"Caro amigo:

"Me has dicho muchas veces que las almas de los que se aman son indivisibles y que solamente los cuerpos se separan en la ausencia. ¿Por qué, pues, estás tan impaciente porque no ocupamos el mismo lugar? Ah! ya lo veo: te engañabas. Era una delicada aprension caballeresca la que te obligaba á expresarte así. Yo sostengo que no puede haber felicidad completa, sin la presencia del objeto amado. Por mi parte, así lo experimento.

"Ni el fausto de que me rodea Alfonso, ni la completa adhesion de los ferrarenses, ni los divinos versos de Ariosto,

ni las sublimes tragedias de Trisino, ni el dulce trato, en fin, de mis amigas, equivalen á cuatro palabras pronunciadas por tus labios, á una de tus ardientes miradas, á la mas sencilla de tus caricias. Yo necesito verte, caro Bembo, escuchar tu poesía griega, pronunciada con el acento de la ternura y la elegancia que solo tú posees en alto grado entre los sabios de Italia: necesito embriagarme en tu amor.... Pero tú temes venir á mi córte, vivir cerca de mí, porque piensas que Alfonso te robará mi cariño.... ¡Ilusion! Alfonso es solo mi marido, no mi amante. No temas que él ni nadie te arrebate mi amor. Créeme, Bembo: el tener celos de mí seria una lamentable desgracia; porque tendrias que estar celoso de todos los hombres.

“Me pides mi retrato: casi deberia ofenderme esta peticion: ¿tan poco presente tienes mi imájen que necesitas que uno de mis pintores te la recuerde? No tendrás mi retrato, Bembo: mas te enviaré una parte de mí misma: un rizo de mi cabello. Cuando acerques á él tus labios temblorosos, cuando imprimas en él un beso de amor, yo lo sentiré aquí y se estremecerán de placer mis entrañas.

“Adios, Bembo: si no quieres venir á verme, sé feliz en lo posible en la hospitalaria mansion de la noble Catalina Cornaro. No soy tan egoista que pretenda poseer sola tu corazon. Eres demasiado bello y demasiado amable para que las mujeres dejen de apreciarte.

“Pero de cierto ninguna te amará como Lucrecia.”

Mas Lucrecia mentia, como mentia Bembo á todas las mujeres que no fuesen Lucrecia Borgia. Del mismo modo que ella engañaba á todos sus amantes y solo tenia corazon para Rafael.

XIV.

SEBASTIAN DEL PIOMBO.

Conocimos ya este ilustre pintor veneciano cuando quisieron presentarlo en S. Pedro como rival de Rafael Urbino por los partidarios de Miguel Angel. Nació en Venecia en 1485. Su primera inclinacion fué la música y aprendió á tocar varios instrumentos; mas el principal era el laud en que fué tan sobresaliente, que imitaba al mismo tiempo muchas voces con las que entretenia agradablemente á los jentiles hombres de Venecia. Acompañábase tambien con el canto y tenia una gran extension de voz, con la facilidad de imitar varios timbres.

Dedicóse despues á la pintura bajo la direccion de Juan Bellini que tocaba ya en los últimos años de su vida. Pasó despues á la escuela de Giorgione y llegó á imitar con tanta propiedad su manera y colorido, que sus obras llegaron á confundirse con las del maestro.

Del Piombo tenia poca resolucion para tomar la iniciativa en los trabajos y formarse un estilo propio, pero fué sobresaliente en la imitacion de las obras de otros, en las que sin

embargo imprimia cierta dulzura propia acaso de su misma timidez.

Algun valor le inspiraron mas tarde los consejos de Miguel Angel, que como ya sabemos no imitaba á nadie; pues al tiempo que Rafael pintaba el cuadro de la *Transfiguracion*, Del Piombo ejecutaba la *Resurreccion de Lázaro* de igual tamaño que aquel. Ambos cuadros se pusieron en exposicion en el Consistorio, y aunque la opinion jeneral se decidió en favor del cuadro de Rafael, fué sin embargo declarado de gran mérito el Del Piombo.

Despues de la muerte de Rafael, y mediante el apoyo de Miguel Angel, fué reconocido Sebastian Del Piombo por jefe de la Escuela Romana y se sometieron á su direccion todos los discípulos de Rafael, entre los cuales se contaban algunos de gran mérito, como Julio Romano, el Fattore, Perin del Vago, Polidoro, Maturino, Baltasar Sanese y otros.

Rafael habia sido encargado por A. Chigi de la construccion de una capilla y sepulcro para él y su familia en *Santa María del Popolo*. Rafael por sus muchas ocupaciones encargó aquella obra á Sebastian Del Piombo con la precisa condicion de que habia de ejecutarla toda de su mano. Empezóse la obra: murió entre tanto Chigi, y su hijo Luis y demás herederos se hicieron un deber el ejecutar la última voluntad del ilustre banquero. Sebastian era liberalmente recompensado; pero la obra no se acababa, porque el artista se distraia muy á menudo con la poesía á que era tambien inclinado, con la música que jamás abandonó, y con otras obras que emprendió y que su carácter condescendiente mas que la codicia le obligaba á aceptar. Al fin se le dejó en completa libertad para que trabajase á su comodidad y á su gusto en la obra de Chigi que tuvo término en el año de 1544 cuando tenia 59 años de edad Del Piombo.

En lo que mas sobresalió este artista fué en los retratos, que hacia con mucha facilidad y sorprendente parecido. Re-

trató á Victoria Colonna y á su esposo: á Clemente VII y al Aretino que despues fué colocado en la Sala Consistorial de *Arezzo*, patria del poeta, y otros muchos.

En los cuadros históricos encontró muchas dificultades que lo desalentaban, y era necesario que una voz autorizada lo animase y resolviese á continuar la obra.

El Papa le concedió el oficio del *plomo* que tambien tenia Juan de Udina, por haber trabajado tantos años en el Vaticano; mas con la obligacion de dar al último una pension de trescientos escudos. Tomó Sebastian en seguida el hábito y se entregó al reposo; mas no pudo llevar enteramente á cabo su propósito, porque habiéndose enamorado el cardenal Hippólito de Médicis, de Julia Gonzaga que residia entonces en Fondi, comprometió á Sebastian á que la retratase. Con el fin de obligarle mas, le envió cuatro pajes á caballo para que lo acompañasen. La obra se hizo en un mes y fué considerada como un trabajo admirable; porque á la belleza del orijinal se unia lo exquisito de la copia. Aquel retrato fué enviado despues á Francisco I que lo hizo colocar en Fontainebleau.

Sebastian Del Piombo era muy sociable, fácil de irritarse y calmarse, y de excelente corazon. Murió de una fiebre aguda á la edad de 62 años; tenia hecho su testamento, en el que ordenaba que se le diese humilde sepultura, sin ceremonia, ni clérigos, frailes ni luces: y que el importe de todo esto, fuese repartido á los pobres de solemidad. Así se hizo en efecto y fué sepultado en la Iglesia del Popolo en Junio de 1547. Del Piombo dejó muchos discípulos que habian recibido la enseñanza sin interés alguno y solo por amor al arte.

XV.

EL ARETINO.

Si hay una cosa que revele con exactitud el estado de las costumbres de aquellos tiempos y el poder de la inteligencia, es sin duda la vida del Aretino.

Era hijo de una prostituta y nació en un hospital de Arezzo. En vez de borrar su origen con acciones loables, todos los actos de su vida contribuyeron á confirmarlo. César Cantú no ha querido colocarlo en la categoría de los sábios: nosotros lo colocaremos en medio de todas las prostituciones; no para condenarlo sin oírlo, sino para descargar de su personalidad las culpas que eran de otros y las que eran características de aquel siglo.

No puede leerse la biografía del Aretino sin escandalizarse al ver honrado su mediano talento, sus poesías licenciosas, su lenguaje indecente, sus infames costumbres. ¿Es posible que el emperador Cárlos V, los reyes Francisco I, y Enrique VIII, los señores marqués de Mántua, Cosme de Médicis, el dux Gritti y otros hombres eminentes como el Ariosto, Miguel Angel y el Ticiano le honrasen con su amistad y pro-

teccion y le hiciesen cuantiosas dádivas? ¿Seria posible que aquellos personajes respetables por la dignidad de su carácter se rebajasen hasta ese punto? Casi nos revelamos contra la historia. Pero no: el hecho es demasiado cierto; existen documentos irrecusables que lo atestiguan.

Pero busquemos su oríjen. No juzguemos con el criterio de hoy, los hechos de aquel tiempo. Cada siglo tiene su fisonomía, su modo de pensar, su modo de sentir. Hoy el Aretino seria despreciado, aborrecido de todo el mundo, nadie querria llamarse su amigo á no ser tan degradado como él: hoy la ley mas lata de la imprenta lo sujetaria á graves procesos de los que saldria para arrastrar una cadena. Mas en aquel siglo, todo era grande, hasta la prostitucion.

Ya hemos dicho en apuntes anteriores, cuál era el estado de las costumbres de Italia luego que con las ideas paganas se introdujo el lujo en todas las clases de la sociedad; y como la satisfaccion de los goces materiales sustituyó al espíritu religioso y á la sobriedad que habian caracterizado los siglos anteriores. Adquirir tesoros para expenderlos locamente enuntuosas frivolidades; adquirir ciencia para derramarla en los púlpitos, en las academias, en las obras literarias, en las reuniones de pintores y poetas; adquirir estátuas y cuadros para adornar los jardines y las galerías; para remedar en lo posible una segunda Grecia.

Los papas, los reyes, los grandes señores y hasta los ricos comerciantes contajados ellos mismos con aquel vértigo epidémico, se declaraban protectores de los sabios y los artistas. Ya vimos tambien á las mas ilustres y hermosas damas convertidas en Mecenas. Y no importaba que la ciencia se adornase con jiros pedantescos y reminiscencias griegas bien ó mal aplicadas; que la pintura y la plástica se presentasen á los ojos del pudor público bajo las formas mas extravagantes y groseras. ¿Eran las ciencias, eran las artes diosas tutelares de aquel siglo? Basta: todo el mundo doblaba la rodilla: nadie

escrupulizaba las formas: todo se recibia viniendo bajo su amparo.

El Aretino encontró el campo preparado y tuvo bastante habilidad para explotarlo. El deseo de adquirir para gozar era una moneda corriente y nadie desdeñaba los medios. El mas eficaz era la adulacion y la empleaban sin creer degradarse, los sabios, los poetas y los artistas.

El Ariosto, Guicciardini, Maquiavelo, Bernardo Tasso, De la Casa, Alamanni, todos, en fin, hasta el ríjido Miguel Angel empleaban las alabanzas en cambio de escudos de oro ú destinos lucrativos.

El Aretino siguió la misma conducta, mas perfeccionándola, empleando alternativamente la alabanza ó la sátira; pero una alabanza que exajerada tocaba en el ridículo y una sátira mordaz, destrozadora de las mas bien sentadas reputaciones. Con esta infernal táctica se hizo temible á los reyes y á los hombres grandes de toda Europa. Vendia á muy alto precio sus alabanzas y los maltratados por sus sátiras compraban su redencion á costa de regalos y adulaciones. Mas dejemos hablar á él mismo.

“Me encuentro en Mántua, cerca del señor marqués, y en tan gran favor, que deja la comida y el sueño por hablar conmigo. Dice que no encuentra placer completo en otra parte; y ha escrito de mí al cardenal cosas muy honrosas, que ciertamente me aprovecharán. Me ha regalado además trescientos escudos, y aun me hace regalos. He comenzado á recibirlos en Bolonia. El Obispo de Pisa me ha dado un vestido de seda negra, lo mejor que he visto; y de este modo me he presentado en Mántua como un príncipe.”

.

“Tantos señores me rompen de continuo la cabeza con sus visitas, que mis escaleras están gastadas con sus pisadas como el suelo del Capitolio por las ruedas de los carros triunfales. No creo, para expresarme de esta manera, que Roma

haya visto nunca una mezcla de naciones, parecida á la que se presenta en mi casa. Vienen á ella turcos, judíos, indios, franceses, alemanes y españoles. En su consecuencia, me parece haberme convertido en el oráculo de la verdad; pues todos vienen á contarme la sinrazon que han sufrido de tal príncipe ó tal prelado: soy pues, el secretario del mundo y no teneis mas que titularme así en los despachos que me dirijais.

“Qué sabio, griego ó latino, es igual á mí en la lengua vulgar? ¿Qué colores de oro ó plata son comparables á los capítulos en que yo he esculpido al Papa Julio, al Emperador Carlos, á la Reina Catalina y al duque Francisco María?... Si hubiese predicado á Cristo, del modo que he alabado á César, tendria mas tesoros en el cielo que deudas en la tierra.

“Yo que he acabado de aprender á ser libre—escribia al dux de Venecia Gritti—en la libertad de tan gran estado; rechazo la corte—Roma—para siempre, y hago aquí mi tabernáculo eterno para los años que me quedan. Porque la traicion no tiene lugar en este punto: el favor no puede faltar al derecho: aquí no reina la crueldad de las prostitutas: aquí no manda la insolencia de los afeminados: aquí no se roba, no se violenta, no se mata. Por esto es por lo que yo, que he hecho temblar á los culpables y tranquilizado á los hombres de bien, me entrego á vosotros, padres de vuestros pueblos, hermanos de vuestros servidores, hijos de la verdad, amigos de la virtud, compañeros de los extranjeros, sosten de la religion, observadores de la fe, ejecutores de la justicia, héroes de la caridad y súbditos de la clemencia. En su consecuencia, ilustre príncipe, recibid mi afecto en un rincon de vuestra piedad, á fin de que pueda alabar á la nodriza de las demás ciudades, y á la madre elejida de Dios, para hacer al mundo mas famoso, dulcificar las costumbres, para dar humanidad al hombre y humillar á los soberbios, perdonando á los que se descarrian.... ¡Oh patria universal! ¡oh libertad comun! ¡oh asilo de las naciones dispersas!”

Despues, quando vuelve á Roma, reconciliado con el Papa, se expresa de este modo:

“Estuve siempre fuera de mí—en Venecia—únicamente por temor, quando la buena acogida que me hizo el Papa, quando me perdonó, no me excitase á concluir mis dias en aquel palacio, donde me dieron habitaciones de rey, mas bien que de servidor. Ya se ha visto realmente la emocion tumultuosa que han manifestado las poblaciones por cada punto donde he pasado, para aprovechar la milagrosa casualidad de contemplarme, honrarme y hacerme regalos... La comun opinion asegura, que en el número de todas las felicidades que merece Su Santidad, el Supremo Pastor, cuenta la de haber yo nacido en su época, en su país y que le soy enteramente afecto.”

En otra ocasion escribia á Hersilia del Monte, sobrina de Julio III. “Leon y Clemente en lugar de limpiarme el sudor de la servidumbre con manos dispuestas á la recompensa, la mancharon en mi sangre con una crueldad ardiente—alude á las persecuciones que le hicieron sufrir aquellos Papas—solo porque no sé engañar, porque la verdad es mi ídolo, porque la adulacion no es de mi gusto, porque huyo del libertinaje, porque obro con libertad, porque conozco á los bribones, porque odio á los ingratos y porque—no quiero decirlo por modestia; sin embargo, se sabe y nadie lo niega—no me falta creencia en la iglesia, despues de ofensas tan moras y turcas; de lo cual dan fé los libros que he escrito sobre Jesucristo y sobre los Santos. Sea lo que se quiera, es lo cierto, que soy conocido del Sophi, de los indios y de todo el mundo, al igual de aquel, cuyo nombre resuena en el dia en boca de la fama.—Aludia tal vez á Cárlos V.—Aun mas, los príncipes que reciben los tributos de los pueblos, son de continuo mis tributarios; mientras que yo á la vez soy su azote y su esclavo.”

Y en efecto, esta última parte era verdad; porque todos los príncipes á porfia se empeñaban en enriquecer aquel ser degradado. Tenia solamente de uno de ellos dos mil escudos

de pension. Francisco I le envió un collar de oro formado de lenguas entrelazadas, con las puntas rojas y este lema: *Lingua ejus loquætur mendatium*. Cárlos V le mandó otro, valor de cien cequíes, despues de su expedicion de Berbería. Al recibirla el Aretino, tanteando su peso dijo: "*Es muy lijera para tan gran tontería.*"

Ostentando un orgullo desmedido, en medio de su sórdida avaricia se disgustaba cuando no eran cuantiosos los regalos y los devolvía.

"Le he devuelto sus diez ducados, rogándole se digne, recobrando sus regalos, devolverme las alabanzas que le he prodigado; porque no me parece conveniente honrar á aquel que me infama hasta el punto de envilecerme, aceptando lo que es mas bien una limosna para mendigos, que regalos para personas de talento. Es cierto que conviene á los que compran la gloria ser jenerosos, dando, no segun el grado de su corazon, sino como lo requiere la clase de aquel que las adjudica; porque las pobres plumas tienen que hacer otra cosa que levantar del suelo un nombre pesado como el plomo, por falta de mérito.

Finalmente, habiéndole ofrecido Francisco I cierta suma y tardando el cumplimiento de la oferta, se la recordaba en los siguientes términos:

"Absteneos al menos de prometer á las personas de talento á fin de que no tengan donde saciar su hambre, despues de haberse consumido en esperanzas.... ¿No sabeis, señor, que no conviene á la clase de vuestra alteza acordaros de los seiscientos escudos, que segun vos mismo dijísteis á mi enviado, debian serme pagados aquí por el embajador? Considere, pues, vuestra gloria la injuria que se hace á sí misma, difiriendo la recompensa que me ha ofrecido y que por todas partes preconizo."

Llamábase en sus escritos "*hombre libre por la gracia divina.*"

“Es necesario obrar de manera—decia tambien—que mis escritos interrumpian el sueño de los grandes de la tierra.”

Y su conducta estaba de acuerdo con sus escritos. Ya lo vimos arrojado por ladron del palacio de Chigi. “Vivió siempre en el libertinaje, se hizo capuchino, ahorcó los hábitos, aduló, quitó el crédito, robó un hermoso vestido para presentarse á Leon X á quien ofreció alabanzas que le valieran un puñado de ducados: de la misma manera obró con Julian de Médicis que le dió un caballo, y adquirió fama escribiendo ciertas cosas que no exigen mas que desvergüenza.”

Lanzado de Roma se acogió al lado de Juan de las Bandas Negras, en ocasion de que aquel *príncipe de los bribones* daba á sus partidarios *una noche franca*, es decir, que ponía á disposicion de la soldadesca la vida, la honra y las haciendas de los vasallos. El Aretino llegó á tiempo de hacer un brillante papel en aquellos infames excesos.

Cantó la prostitucion en sonetos lúbricos que Julio Romano tuvo la debilidad de transformar en imájenes y Marco Antonio de grabar en cobre. Cantó á Cristo crucificado y los dolores de la Vírjen. Compuso comedias del jénero de Celestina y libros ascéticos de la mas exajerada devocion. Era en fin su pluma tan venal y despreciable que elogiaba lo mismo el vicio que la virtud, graduando los elojios por el número de los escudos.

Respecto á su capacidad era inferior á todos los literatos de su época; ó mejor dicho era un hombre que despreciaba las letras.

“Yo—decia—no sé bailar ni cantar; pero sé hacer el amor como un asno.”

“Me rio de los pedantes, que creen que el saber consiste en la lengua griega... Admiro al que inventa, y me rio del que imita; porque los inventores son dignos de admiracion y los imitadores, ridículos. Por lo que á mí toca, me esfuerzo tanto en separarme de las costumbres del saber, y en encontrar algo

nuevo, que puedo jurar ser siempre yo mismo y nunca otro. No niego la divinidad de Bocaccio; reconozco que el modo de componer de Petrarca es maravilloso; pero aunque admirador del jenio, no trato de servirme de ellos como de una máscara. Creo en el juicio de estos dos talentos eternos; pero aun creyendo en ellos, concedo tambien alguna poca de fé al mio. "

¿Pero en realidad, el Aretino sabia algo, valia algo? ¿Los monarcas, y los grandes señores lo gratificaban por debilidad ó por gusto? ¿Era un tributo que se pagaba á la mordacidad ó una recompensa ofrecida á la escentricidad de un talento raro? ¿Cómo se comprende que un hombre que debia arrastrar una cadena perpétua, estuviese en la intimidad de los reyes y de los grandes artistas y poetas de su siglo?

Sin duda habia algo de extraordinario, algun secreto misterioso en la existencia de aquel hombre. Y era sin duda el jenio, ese don del cielo ó del infierno que hace de los hombres ángeles ó demonios. El jenio, cuyo carácter distintivo es la fuerza de voluntad y se abre paso al través de todos los obstáculos.

Para el jenio no hay leyes, costumbres ni resistencia posible. Todo lo invade, todo lo atropella: va derecho á su fin, y cuando lo consigue, proclama una eterna verdad como Galileo en el tormento, ó canta como Neron sobre la colina, el incendio de Roma. Hemos visto á Borelli dominar á las fieras con su mirada fascinadora. El Aretino tenia sin duda el don de fascinar á los príncipes.

El Ariosto le ensalzó en sus versos, colocándole entre los hombres eminentes de la Italia. El Ticiano le retrató varias veces y adoptó sus consejos. Miguel Angel, tipo de la honradez, cien veces mas instruido que el Aretino, le consultaba para la composicion de sus cuadros.

"Punto de mira de las admiraciones—le escribia el Aretino—á donde el favor de los astros ha lanzado á porfía todas las flechas de sus gracias, concédeme el permiso de proclamar

tus alabanzas; porque la Europa tiene varios reyes y solo un Miguel Angel."

Este, por su parte le contestaba: A mesire Pedro, mi señor y hermano.—Despues le suplicaba lo nombrase en sus escritos.

"No solo los estimo mucho, sino que os suplico lo hagais, considerando como consideran los mismos emperadores y los reyes un gran favor ser nombrado por vuestra pluma."

Francisco I no podia pasar sin la compañía del Aretino; y este aludiendo al monarca francés decia:

Sotto Milan dieci vòlte, non ch'una,
Mi disse: Piero, se di questa guerra
Mi campa Dio é la buona fortuna,
Ti voglio insignorir della tua terra.

"En Milan me dijo diez veces sino una; Pedro, si con la ayuda de Dios y de mi buena fortuna sucede que salgo vencedor de esta guerra, quiero hacerte señor de este país."

Mas no siempre favoreció la fortuna al poeta maldiciente; su cobarde pluma calló ante la dignidad de Albicanti, Berni y Bernardo Tasso. Volta, su rival en los amores de la condesa*** le dió cinco estocadas. Pedro Strozzi, á quien nombró en un soneto, le amenazó con degollarle. El embajador de Enrique VIII de quien sospechó se quedaba con parte de los regalos que por su conducto le enviaba el rey, le mandó dar de palos. El Tintoreto, demostró al mundo como debe amansarse una fiera. Sabiendo que el Aretino habia hablado mal de sus obras, le citó á su taller, suplicándole no faltase. El Aretino no sospechando una emboscada, acudió presurosamente á la cita. El Tintoreto lo recibió cortésmente manifestándole que deseaba hacer su retrato de cuerpo entero. El presuntuoso poeta le dió gracias y el artista lo puso en posicion.

En seguida abrió un armario y sacó dos pistolas que amar-

tilló en el acto. El Aretino comenzó á temblar y apenas podia disimular su turbacion aparentando una sonrisa benévola.

El pintor entonces le gritó—¡firme!

—¿Qué vais á hacer?—dijo el Aretino con voz ronca y entrecortada.

—Os voy á tomar la medida—y comenzó en efecto á medirlo con las pistolas.

—Usais un extraño compás Mesire Tintoreto.

—Es el que conviene á los hombres de extraordinario mérito como vos: teneis—dijo,—cuatro pistolas y media.

Esta indirecta bastó para hacer al Aretino mas comedido con el Tintoreto y para que su crítica se convirtiera en alabanzas.

Nos hemos detenido—tal vez demasiado—en aquel célebre personaje; porque él solo significaba la época.

Háblase mucho de la venalidad de algunos escritores y del positivismo del siglo XIX; pero consolémonos. Hoy no existe un hombre como el Aretino, y si existiera no habría un soberano que se rebajase á comprar sus alabanzas, ni transijir con su mordacidad.

Mucho tributo pagamos al lujo, mucho terreno va ganando la prostitucion en todas las clases del Estado; pero todos los vicios de nuestra sociedad son insignificantes comparados con los de aquel tiempo.

El sello de grandiosidad que caracterizaba aquellos se imprimia en las personas y en las costumbres. Allí todo era grande: grandes soberanos y príncipes, grandes escultores, pintores y poetas, grandes prostitutas y bribones.

Nosotros somos mas pequeños en todo; pero no contamos un hombre infame como el Aretino, ni en nuestros dias se hace la apoteosis de la depravacion.

XVI.

MIGUEL ANGEL.—LA PIEDAD.—VICTORIA COLONNA.—PERUGINO.—VINCI.—POLICIANO.—TORRIGIANO.

Despues de la muerte de Lorenzo el Magnífico, los sabios y los artistas que fueron el ornamento de su espléndida corte, abandonaron á Florencia. Solo quedaron allí los bufones y los palaciegos que siguieron divirtiendo y adulando á los sucesores de Lorenzo, mientras les fué favorable la fortuna.

Miguel Angel se retiró á Bolonia, y despues á Venecia, donde dió á conocer su jenio y sus profundos conocimientos en el Arte. Llamado despues á Roma por Alejandro VI, se ocupaba en las obras del Vaticano.

La escultura era su vocacion favorita; y al ver algunas obras antiguas que acababan de encontrarse entre las ruinas, y comparándolas con la calma—en su concepto sin expresion—de las obras modernas, pensó "que convendria dar vida á los mármoles desde los piés á la cabeza" dedicándose por consiguiente á estudiar la anatomía y el desnudo.



La valentía de su jenio, su perseverancia y profunda observacion, le hacian vencer todos los obstáculos y "el mármol se ablandaba por decirlo así, á los golpes de su cincel, cual si fuese de cera."

La verdad, tan buscada siempre por el Arte, salia de las manos de Buonarroti con una arrogancia, que parecia creada por la naturaleza misma.

Miguel Angel tenia entonces 28 años; mas aparentaba cuarenta. Su carácter grave y melancólico, los disgustos de su vida, sus ideas republicanas casi siempre reprimidas, la in-moralidad de las costumbres de la época, las dificultades mismas del Arte, que irritaban su temperamento inquieto, der-ramaban por su fisonomía un tinte de amargura y descontento, que rechazaba mas que atraia las simpatías de los demás. Sus compañeros le envidiaban ó aborrecian: aun no tenia amigos; y las mujeres se estremecian á la sola idea de amar á aquel hombre.

Y sin embargo, Miguel Angel tenia un alma tierna y apasionada. Era compasivo, jeneroso, capaz de sentir el amor y la amistad.

Su preocupacion por las bellas Artes y por la Poesía que estudiaba con entusiasmo, le hacian poco expansivo. Su alma, concentrada en aquellos objetos, apenas dejaba escapar al exterior algunos destellos.

Pero su obras hablaban por él. La posteridad que admira sus edificios, sus esculturas y sus cuadros, ha colocado sus poesías de tintes melancólicos como las del Tasso, entre las de los Vates de su tiempo.

Acababa de concluir *la Piedad* y dirijia su colocacion en el templo de S. Pedro. Acostumbrábase hacer esta operacion tras un velo que á su tiempo se descorria. Asistian á este acto Su Santidad, algunos Cardenales y por especial favor ciertos señores y damas distinguidas de la Córte. Entre estas últimas se hallaba Victoria, hija del gran Condestable Fabri-

cio Colonna y de Ana, hija de Federico, duque de Urbino.

Victoria tenia entonces doce años. A la vista tenemos su retrato; y sin embargo de estar hecho cuando tenia veinte y cinco, no podemos menos de admirar la belleza de su fisonomía, la serenidad de su frente, la suavidad y ternura de su mirada, la gracia infantil de su boca y la rectitud de los contornos de su cuerpo.

A su lado estaba un niño, tambien de doce años, bello como un paje de la época y arrogante como un caballero de su raza. Era Fernando de Avalos, marqués de Pescara, que desde la edad de cuatro años estaba casado con Victoria. ¡Extraño matrimonio formado por razon de conveniencia y que los corazones felizmente habian sancionado.

Victoria amaba con pasion las bellas Artes, y cultivaba con buen lauro la poesía.

Colocada la estatua de la Piedad, el secretario del Papa describió el velo. Un aplauso jeneral coronó la obra del joven artista. Buonarroti sintió ese estremecimiento que solo conoce el jenio triunfante.

Entró despues el exámen de la obra; y á cada detalle que se recorria, iba creciendo la admiracion de los espectadores. El Papa cojió de la mano á Miguel Angel y lo presentó á la concurrencia. El artista bajó la vista, abrumada con el peso de tantos honores. Mas al levantarla de nuevo se encontró casualmente con la de Victoria que se fijaba en él con intensidad. No sabemos qué encontró Victoria en aquella fisonomía agreste y dura. ¿Buscaba su mirada anhelante la inspiracion, el destello del cielo que habia producido la obra que admiraba? ¿Comprendia acaso por intuicion, por el secreto de segunda vista que poseen algunos seres privilegiados, toda la probidad, la ternura, la poesía de aquella alma escondida, bajo unas formas ingratas?

Por su parte, Miguel Angel no pudo explicarse jamás el secreto impulso que lo lanzó de una manera irresistible y por

toda la vida, hácia aquella niña, flor naciente de Roma, que pronto abriria su corola al soplo de la intelijencia, para ser la admiracion de los sabios, el modelo y la inspiracion de los artistas. Aquella niña fué desde aquel momento para Miguel Angel, un objeto de puro y santo amor, el único amor de mujer que tuvo en su vida; y como tal, misterioso, intenso y eterno.

Los ojos hablan, las almas se comprenden sin el auxilio de la lengua. Aquella doble mirada fué el lazo que unió para siempre los corazones de la noble dama y el artista.

Retirado Miguel Angel á su casa, no pudo dormir aquella noche. Tenia en su cabeza un caos, pero un caos en que las emociones del amor y de la gloria se confundian en delicioso torbellino.

Pasadas las primeras ebulliciones del cerebro, quedó triunfante la imájen adorable de Victoria que contemplaba en su cabecera como el ángel del consuelo. Jamás habia encontrado en el mundo un eco que respondiera fielmente á los suspiros de su corazon: jamás la mirada de una mujer habia reposado plácidamente en la suya. Su padre tenia un carácter adusto: apenas habia conocido á su madre. Lorenzo de Médicis lo habia admirado y protegido sin amarlo sino por aficion al Arte: sus compañeros se habian burlado de él á causa de su fealdad y uno de ellos, Torrigiano, le habia maltratado bárbaramente dejando desfigurado para siempre su semblante. Era pues la primera vez, que un alma simpatizaba con la suya: que unos ojos se fijaban en sus facciones sin repugnancia ó sin sarcasmo. Por eso en el delirio de su imaginacion desvelada, abrazó aquella imájen querida, aquella diosa de la esperanza que no creyó encontrar nunca en su camino. Desde entonces la consagró un culto espiritual y misterioso que le permitió tratarla y confesar públicamente su afeccion, sin temor de faltar á las sagradas leyes de la moral.

Miguel Angel siguió admirando á Roma con la ejecucion de Baco y Cupido. Regresó despues á Florencia, donde emprendió la obra del Gigante para el palacio de la Signoria.

No olvidaremos tampoco á nuestros amigos de la Córte de Lorenzo el Magnífico.

Perugino marchó á Roma, donde ejecutó sus segundas obras para la Capilla Sixtina.

Leonardo Vinci fué llamado y acogido jenerosamente por Luis Esforcia. Celebrado allí como poeta, arquitecto, mecánico, diestro jinete y jentil caballero de armas, improvisó y cantó sobre su lira de plata, las glorias del Arte y las alabanzas de su Mecenaz: dirijió obras públicas; arrebató á las damas por su figura y galante conversacion y eternizó su nombre en la cena de Santa María de la Gracia.

Menos feliz Angel Policiano, á quien Carteromaco llama *un Dios caido del Cielo*; y Erasmo "anjélica mente y prodijio de la naturaleza" fué acusado de ateista y de plajiaro por sus enemigos que eran los de la casa de Médicis. Estos disgustos y una pasion amorosa que en vano procuró contrarestar, le hicieron caer en una profunda melancolía que le condujo al sepulcro en Florencia, el 24 de Setiembre de 1494, á los cuarenta años de su edad.

La calumnia le persiguió hasta el sepulcro; pues sus adversarios dijeron que se habia suicidado, rompiéndose la cabeza contra un muro, en un acceso de demencia por una pasion culpable; mas esta calumnia grosera no logró empañar el resplandor del lucero mas brillante de la literatura italiana.

Los demás sabios de la Atenas florentina tomaron distintos rumbos; cabiéndoles varia suerte, como sucede en los acontecimientos humanos.

No podemos, sin embargo, prescindir de hacer una mencion particular del Torrigiano, cuyo mérito y vida aventurera, deben tener lugar en estos apuntes.

Habiendo llegado á Roma á tiempo que Alejandro VI

mandaba elevar la torre de Borgia que debia trasmitir á la posteridad la historia de muchos crímenes, se acercó á pedir trabajo de escultura. Encomendáronle varias obras de estuco que ejecutó con aprobacion del Papa y aplauso de los inteligentes. Habiendo conocido entonces al duque de Valentinois, con quien tenia algunos puntos de contacto, se le aficionó en extremo y pidió alistarse de soldado aventurero en las tropas que César levantaba contra varios pueblos rebeldes de la Romanía. De este modo, aquel hombre, verdaderamente guerrero, se transformó de escultor en soldado. Lo mismo hizo mas adelante con Pablo Vitelli en la guerra de Pisa y con Pedro de Médicis en el asedio de Garillano. Allí adquirió el renombre y la insignia del *valiente alférez Torrigiano*. Y en efecto, era tan belicoso soldado como atrevido escultor. Pero todas sus distinguidas proezas no pudieron conquistarle el grado de capitán que ambicionaba, y despechado por esto, volvióse á Florencia á seguir la escultura, en cuyo ejercicio habia encontrado mas lauro y provecho que en la inquieta carrera de los combates.

En Florencia, manejando alternativamente los pinceles y el cincel, ejecutó varias obras para los comerciantes florentinos. Los mismos lo indujeron á trasladarse á Inglaterra donde el rey le acogió favorablemente. Ejecutó varias obras en competencia con otros artistas y los dejó vencidos. En Inglaterra pudo haber cimentado su fortuna, si su carácter imprudente, turbulento y altivo, se lo hubiese permitido. Su fatal destino lo llamaba á España, donde emprendió muchas obras que alcanzaron grande estima de los contemporáneos y son aun la admiracion de nuestro tiempo.

La Caridad de mas de medio relieve, tamaño natural, para la capilla real de Granada, obra digna de Miguel Angel.

El Ecce-Homo del pórtico de los Abades, en la misma Iglesia.

Las figuras de medio relieve, del natural, en la portada

del puente de Córdoba, son obras suyas.

Sevilla lo solicitó tambien: Sevilla que habia de ser su capitolio y su tumba. Comenzó por un Crucifijo de barro, que fué la admiracion del público.

Una imájen de Ntra. Sra. con su niño en los brazos. Al verla tan bella, un gran señor le mandó hacer una copia, ofreciendo no ponerle tasa en el precio. Torrigiano trabajó en esta obra con el ardor y el entusiasmo que inspiran el interés y la gloria. Seducido por las promesas del noble duque, concibió la lisonjera esperanza de quedar rico para toda su vida. ¡Vana ilusion que la ignorancia y la tacañería del duque iba pronto á desvanecer! porque habiéndole aplaudido mucho la obra, creyó hacer una accion ruidosa, enviando al artista dos mozos cargados de dinero, todo en maravedises. No conociendo el Torrigiano la moneda española, llamó á una persona intelijente para que le dijese á cuánto ascendia aquella cantidad. ¡Eran escasamente treinta ducados!

Puede comprenderse la terrible impresion que este chasco produciria en la noble altivez de Torrigiano. No siendo dueño de sí mismo y considerando aquel acto como una burla hecha á su dignidad de artista, cojió un hacha y encaminándose á la casa del noble y atropellando cuanto se le opuso al paso, se dirijió á la imájen y la hizo pedazos. Una mano solamente se libró del estrago y es la misma que aplicada á un pecho sirve de modelo en casi todas las academias.

Un atentado semejante no podia quedar impune; y el duque, tan mal caballero como presuntuoso en Artes, se convirtió en delator del artista, acusándolo al Santo Oficio, que apoderándose de Torrigiano, lo juzgó y sentenció á muerte ignominiosa. Luego que supo el desgraciado artista el suplicio que le aguardaba, lleno de noble indignacion y no queriendo inclinar su cabeza iluminada por la llama del entusiasmo, resolvió dejar á sus verdugos un cuerpo inanimado y se dejó morir de hambre en el año de 1522.



R. Medica Bomba 1.



XVII.

MAQUIAVELO.

¿Debe amarse ó aborrecerse á Maquiavelo? ¿Era un hombre muelle, afeminado por los placeres ó sóbrio en sus costumbres y severo en sus principios? ¿Fué realmente un sincero republicano en su conducta, ó un hombre venal y corrompido que se plegaba á todas las situaciones? ¿Tenia en fin talento y una verdadera instruccion ó era una de tantas reputaciones que los contemporáneos ensalzan y la posteridad destruyen?

Incomprensible es sin duda el carácter del secretario florentino; y por esta vez la posteridad no ha podido hasta ahora pronunciar un fallo definitivo. Porque si pudo llevar el estoicismo hasta sufrir con valor heróico los dolores del tormento, por otra parte lo vemos en su casa de campo y en el regazo de los placeres amorosos mostrarse débil y afeminado hasta el extremo de importunar á sus amigos para mantener sus vicios.

Supo defender con dignidad y sabiduría los derechos de la república de Florencia su cara patria; pero se envileció tambien adulando al infame César Borgia ensalzando su ti-

ranía y sus crímenes en el odioso libro titulado *El Príncipe*.

A pesar de estas contradicciones y la incertidumbre que ellas mismas inspiran, es indudable que Maquiavelo fué uno de los hombres mas notables de aquella época, bajo el punto de vista político y literario.

Observador impasible y frio de los sucesos de su tiempo, pudo juzgarlos con acierto interviniendo en ellos y dirigiéndolos á veces á sus fines y en provecho de su patria. Esta virtud del hombre público es la que mas resalta en el embajador florentino.

Como escritor sus obras están á la altura de los mejores prosistas de su tiempo. No sucede lo mismo como poeta; nótese en las obras de este jénero poco cuidado en el metro, en la estética de la armonía y aun falta de erudicion de que le acusaban los contemporáneos. Tal vez esta última falta fuera hija de una virtud patriótica; porque Máquiavelo fué uno de los pocos literatos que no llegaron á contaminarse con las ideas y el estilo pagano. Creia bastante rico y armonioso el lenguaje y estilo pátrio, se burlaba de los Dioses de la Grecia y pensaba que su siglo, el cristianismo y la Italia valian tanto, al menos como el politeismo y los griegos: por lo mismo copiaba los tipos y las escenas de su tiempo, cediendo á los demás literatos el Olimpo.

Empleado desde jóven en cargos diplomáticos, tuvo suficiente valor cívico para sufrir persecuciones y hasta el tormento; mas los halagos del opresor de su patria pudieron mas que la ferocidad del verdugo y la presencia de la muerte; humillándose hasta prostituir su Musa á los piés de los Médicis.

Restablecida la república fué despreciado por sus conciudadanos, y cuando volvieron á ocupar el poder los Médicis no pudiendo resignarse á vivir en las privaciones, empleó la influencia de las mujeres para conseguir un destino.

El amor fué la mayor debilidad de aquel hombre que se

habia mostrado tan sereno en sus misiones diplomáticas. El amor le acompañó hasta su edad avanzada.

Su carácter escéntrico le conducia á los vicios en los que llegó á alcanzar una gran reputacion. "Ahora que no estás aquí—le escribia un amigo desde Florencia—no se trata de juegos, tabernas ni otras cosas pequeñas."

Cuando estaba en desgracia, se retiraba á su casa de campo con la dama y desde allí se dirijia á los príncipes y personas opulentas pidiéndoles dinero con que alimentar sus vicios. Su vida campestre era una especie de Idilio mezclado con serias meditaciones, con ejercicios literarios, y con la orjía. Al mismo tiempo mantenía correspondencia con sus mas íntimos amigos, y se complacia en hacerles una pintura de su vida campestre sin ocultarles sus buenas obras ni sus debilidades.

Mas no porque estuviese en prosperidad abandonaba su vida espléndida, edificante á la vez que licenciosa. Al salir de la orjía se retiraba á su casa y cojiendo la pluma escribia juiciosas observaciones sobre las condiciones políticas y morales de la Italia contemporánea y dirijia notas á los gobiernos aliados ó enemigos de Florencia. De su casa salia para asistir á una congregacion religiosa y pronunciaba la oracion apolojística de un santo, é invitaba á los oyentes á hacer penitencia. Acabada la predicacion se dirijia á la casa de su dama con la mayor impudencia y sin procurar recatarse; ó bien si era de noche, la daba una serenata cantando él mismo y acompañándose en su laud esta ú otra estrofa semejante:

Apri all'amante le serrate porte....
Pon giu quella superbia che tu hay;
Segui el regno di Venere e la corte....
Usa pieta, e pietá troverá.

"Abre al amante las cerradas puertas: abandona el orgullo

con que se arman tus atractivos: sigue las leyes soberanas de la corte de Venus: muestra piedad, y la hallarás tambien."

El libro de *El Príncipe* que puede considerarse como el producto del íntimo conocimiento del corazon humano y de la experiencia recojida en su larga carrera diplomática, ha sido juzgado con distinto criterio; pero cualesquiera que sean las opiniones que de él se han formado, es preciso reconocer al hombre sabio, al filósofo profundo, al hábil político, y al estadista. Es verdad que sancionando los hechos consumados, convierte el derecho de la fuerza en la fuerza del derecho; es verdad que hizo la apoteosis de la tiranía con el objeto de adular á Lorenzo de Médicis, de quien esperaba mercedes; pero es tambien indudable que en esta criminal conducta, la pluma no iba guiada por la conciencia, sino obedeciendo á la presion de las circunstancias personales en que se encontró: ó tal vez un vanidoso alarde de talento bastante flexible para prestarse á la defensa de todas las causas. Acaso no toda la criminalidad del *Príncipe* sea debida á un sentimiento de poca dignidad en Maquiavelo, sino á la corrupcion de una época en que, conculcados todos los derechos, habia llegado á legitimarse la usurpacion de la autoridad, por la adulacion de los hombres importantes que se apresuraban á rendir pleito homenaje al nuevo poder; y tambien por la debilidad de los pueblos que se habian acostumbrado á someterse á cualquier yugo. En tal concepto, parece que Maquiavelo ha querido retratar su época mas bien que presentar un libro de doctrina política.

De todos modos sus escritos encierran algunas verdades profundas y á veces enseñanza saludable para los reyes y los pueblos.

XVIII.

LA MAJIA.—EL RETRATO.—LA HECHICERA.—LUCRECIA.—PETRUCCIO.—TELESIA.

La nueva civilizacion italiana habia creado multitud de necesidades desconocidas hasta entonces. Ya los nobles no cabian en sus antiguas viviendas y levantaban palacios suntuosos dirigidos por arquitectos griegos: se embellecian los jardines con las flores mas raras de los trópicos, y se adornaban de estátuas arrancadas de su país natural ó encontradas en las escavaciones. Las canteras de Paros, Carrara y Sicilia no bastaban á suministrar los mármoles necesarios para tanto consumo. El renacimiento vino tambien á prestar sus elegantes formas y preciosos dibujos al amueblado. Los vestidos eran ricos, caprichosos, y en ellos no escaseaba la seda, el veludo, la plata, el oro y aun las piedras preciosas.

La servidumbre de los palacios apenas se distinguia por sus trajes y aposturas, de los señores. Las fiestas particulares eran espléndidas y las comidas tan suntuosas, que á veces se arrojaban al Tíber riquísimas vajillas despues de haber servido en las mesas.

Esta especie de vértigo suntuario de los nobles, era imita-

do por los plebeyos ricos y por las demás clases en sus respectivas condiciones. Pero siempre escediendo los límites de sus fortunas, siempre arruinándose.

Natural era que este exceso de lujo afectase la moral de las familias y aun la tranquilidad doméstica. La invasion de las ideas paganas, que habia llegado á debilitar el sentimiento religioso, se hacia sentir en las ideas y las pasiones, alterándolas y modificándolas, dando nuevas formas á las costumbres.

Al amor del sentimiento, á las Cortes de amor que caracterizaban en el orden moral á la edad media, habia venido á reemplazar el amor de los sentidos, tal cual lo inspiraba la Venus griega; pero adornado con toda la poesía materialista del Atica.

A la orjía romana, substituyó la bacanal griega y hasta el inmundo dios Priapo tuvo su culto.

Natural era que esta escentricidad de la vida privada, ocasionara locos dispendios y provocara situaciones violentas que no pudieran dominarse por los medios comunes. Rotos ó debilitados los vínculos religiosos del cristianismo, el hombre no tenia á quien recurrir para salvar las atribulaciones que su deplorable conducta le habia creado; porque Júpiter, Diana y demás divinidades del Olimpo griego que amenizaban sus fiestas en la prosperidad, no podian ofrecerle el mas leve consuelo en sus adversidades. En semejante situacion discurrió el vicio que podia recabar del diablo lo que no era posible conseguir de Dios. Este impío pensamiento que cruzó sin duda por la frente de algun desesperado, sujirió la idea de pactar con el espíritu infernal. La idea fué acogida con entusiasmo por los que habian vuelto la espalda á la religion de sus padres, y se propagó entre la muchedumbre con una celeridad digna de una buena causa. La hechicería se erigió en sistema, y no solamente la plebe se entregaba á ella con ardor, sino que la ejercitaban personas distinguidas. La ciencia fijó en ella su atencion: la Santa Sede llegó á alarmarse. Los efectos de la hechicería eran visibles,

comprobados por multitud de testigos, muchos de ellos respetables: la razon humana llegó á vacilar, y el pacto entre el demonio y el hombre se puso en tela de juicio. Los hombres mas eminentes por su saber fueron consultados: se formaron juntas mixtas de eclesiásticos y seglares, se sorprendieron los conventículos, se sujetaron á la cuestion del tormento á los fautores y cómplices y se encontró casi siempre conformidad en las confesiones. Era cosa de perder la razon. Pero la iglesia no podia abdicar su autoridad ni su dignidad y siguió persiguiendo y castigando á las hechiceras,—porque mujeres eran en su mayor parte los culpables,—sin conseguir por eso extirparlas, pues las vemos subsistir hasta fines del siglo último.

No trazaremos aquí el cuadro repugnante de los *aquelarres* ó fiestas del Sábado, en que la mas grosera lujuria, las ceremonias ridículas, el lenguaje mas impío y la ignorancia mas grosera, formaban una monstruosa amalgama cual jamás la vieron los siglos.

Hoy que la razon humana está mas ilustrada, reconoce y lamenta el error grosero de aquel siglo, y la ciencia médica atribuye los efectos de la hechicería á una excitacion nerviosa que pudo muy bien haberse hecho epidémica, sostenida como estaba por el desmedido amor al lujo y á los placeres, que imponia sacrificios imposibles, que se buscaban en los recursos sobrenaturales; ya que por los medios naturales no podian conseguirlos y era en vano reclamarlos de Dios, para usos tan profanos.

A la amorosa solicitud de Bembo no se habia escapado la marcha de Lucrecia á Roma, ya que esta no le habia anunciado su salida de Ferrara. Mas en vano el fiel amante habia solicitado verla. Cuantas veces lo habia procurado, no habia podido conseguirlo. Lucrecia no estaba en su palacio: Bembo corria al Vaticano, tampoco estaba visible; porque asistia á los

consejos del Papa ó recibia la bienvenida de las señoras de Roma.

La verdad es que Lucrecia no queria verlo. Desde que el amor de Rafael comenzó á anidar en su corazon, ningun otro sentimiento cabia en él. Estaba tan bien hallada con el suave calor de aquella pasion nueva, que no se atrevia á pensar en otra, temerosa de que aquel primer sueño de su alma se alterara ó desvaneciera. Y era tan voluntariamente fiel, que hubiera tenido remordimiento de admitir como otras veces las caricias del enamorado poeta.

Cuando recibió en Ferrara sus *Assolani*, aquel recuerdo de amor que desde la mansion de Catalina Cornaro le enviaba Pedro Bembo, los leyó con el gusto que siempre leia las composiciones de su amante; pero una lijera sonrisa irónica contraia sus labios al ver el empeño que mostraba el poeta en demostrar que el verdadero amor es el del alma y que puede existir sin la participacion de los sentidos. Lucrecia no creia en esas sutilezas, esa mistificacion del amor, acostumbrada como estaba á considerarlo como la mas preciosa necesidad de los sentidos.

Mas bien pronto conoció cuán superior es el sentimiento á la materia, y lo triste que seria la condicion humana si solo pudiera contar con los fugaces momentos de placer que ofrece un amor liviano. Entonces comprendió á Bembo y toda la teología de los *Assolani*; volvió á leerlos bajo la nueva impresion que el amor naciente de Rafael le habia inspirado, y si no pudo amar al poeta de aquella manera, supo al menos compadecerlo y apreciarlo mas desde aquel dia.

XIX.

PERIN DEL VAGA.

De todos los discípulos de Rafael, ninguno era mas querido de él que Pedro Bonacorsi, llamado despues Perin del Vaga por el nombre de su maestro.

Rafael tenia mucha razon para amarlo; porque además de su distinguido mérito como artista, y su bello carácter como hombre, tenia una historia que no podia menos de interesar el alma grande de Rafael, para quien las víctimas de la desgracia tuvieron siempre una especial recomendacion.

Nació Perin en Florencia el año de 1500. Su padre que habia servido en los tercios de Cárlos VIII de Francia como soldado aventurero, era valiente, pródigo y vicioso, y gastaba fácilmente su escasa fortuna. De su mujer, que murió en la peste de *Florencia*, le quedó un niño de dos meses que una mujer pobre y caritativa hizo criar por una cabra, mientras su padre marchó á *Bolonia*. Allí contrajo segundas nupcias. Luego que Perin dejó la lactancia, su padre lo puso á cargo de unos parientes para dirigirse á Francia. Los parientes pusieron al niño á que aprendiera un oficio repugnante, y habien-

do Perin demostrado por esto su disgusto y sintiendo inclinacion á la pintura, lo colocaron bajo la direccion de Andrés de Ceri, pintor mediano; pero mas tarde Guirlandagio se encargó de su enseñanza, y lo llevó consigo á Roma. Al principio trabajaba á jornal, pero deseando tener mas independencia, empleó con afan los dias de fiesta y aun las noches, estudiando al mismo tiempo los modelos antiguos y modernos, los adornos, bajo-relieves y grotescos, hasta adquirir la facilidad de copiarlos y aun de inventarlos. Ensayó tambien los estucos y consiguió hacerlos con la mayor perfeccion.

Julio Romano y el Fattore lo presentaron á Rafael. El gran maestro examinó con un golpe de vista inteligente el álbum que le presentó Perin y los estucos; dirigió despues una mirada á la fisonomía simpática del Vaga, y sin necesidad de mas averiguaciones, lo destinó á trabajar en las *Logias* al lado de Juan de Udina. Concluido aquel trabajo en el que Perin del Vaga habia mostrado mucha intelijencia, le confió Rafael algunos pasajes de la Sagrada Escritura en el Vaticano. Pasó despues á Francia, donde ejecutó varias obras por el estilo adquirido en los trabajos del Vaticano, donde tan buenos artistas empleaban su pincel.

Vuelto á Roma estrechó mas sus relaciones de amistad con los demás artistas. Rafael lo trataba con el cariño de un padre, y el amor se mezcló tambien en estas intimidades, casándose Perin con Catalina hermana de Fattore.

En el saqueo de Roma, huyendo con su mujer y una niña que habian adoptado por hija, para ponerlas á salvo, le hicieron prisionero las tropas de Carlos V y tuvo que pagar rescate.

Pasada la refriega del saqueo quedó tan abatido y asustado, que no tenia ánimo para emprender alguna cosa notable. Habiendo agotado el resto de su escasa fortuna, tuvo que dedicarse á pintar al temple sobre papel y tela, por muy poco precio, para los soldados españoles. De este modo vióse po-

brememente como los demás pintores que quedaron en Roma, hasta que lamentándose un dia con el Baviera que habia salvado algunos cartones de la mano de Rafael, le propuso trabajar á su lado, y le dió á copiar el de las transformaciones de los Dioses, lo que ejecutó con tal perfeccion, que Giacomo Caraglio, insigne grabador de aquel tiempo, lo dió á la estampa en un bellissimo grabado.

A esta sazon y cuando todos los trabajos de Roma estaban paralizados por la ocupacion extranjera, llegó allí Nicolás Veneciano, único fabricante de brocado y grande amigo del Vaga, y viéndole en tal miseria le aconsejó fuese con él á Génova donde el príncipe Doria acababa de construir un palacio que necesitaba estucar y pintar.

Perin aceptó la propuesta, y presentado en Génova al príncipe por el Veneciano, le hizo una brillante acogida y le confió la direccion de todas las obras de su palacio.

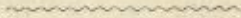
Pintaron bajo su direccion Julio Romano, Pordenone, Beccafunis y otros. Al descubrir su primera obra, recibió un aplauso del príncipe y de muchos caballeros de Génova que habian sido invitados al acto.

Volvió á Roma para recoger su familia y fijó su residencia en Pisa, donde compró una casa que adornó como convenia á la justa posicion que habia sabido conquistarse por su mérito y constante trabajo.

A instancias de Paulo III tuvo que abandonar su plácido retiro y volvió á Roma para consagrar nuevamente sus talentos á las obras del Vaticano.

En los últimos años de su vida, se dejó seducir por los atractivos de las mujeres de Roma y se entregó á los desórdenes de la orjía. Su complexion hasta entonces robusta, se gastó precipitadamente y contrajo una tísis que terminó repentinamente sus dias estando en conversacion con un vecino que estaba al lado de su casa. Tenia 47 años y fué sepultado en la Rotonda capilla de San José, con el siguiente epitafio:

Perini Bonaecursio Vagæ Florentino, qui ingenio et arti singulari egregio cum pictoræ permultas, tum plaftas facile omnes superavit Catherina Perini conjuge, Lavinia Bonacursia parenti, Josephus Cincius Socere charissimo et optimo fecere. Vici ann 46 mesis 3 dies 21 mortus est 14 Calen. Novemb. Ann Christ. 1547.



XX.

LA MAGIA.—EL RETRATO.—LA HECHICERA.—LUCRECIA.—PETRUCCIO.—TELESIA.

A la hora convenida, Rafael fué introducido en el gabinete de Lucrecia. El aparato del pintor era muy sencillo: se componia de su cartera y un lápiz de madera calcinada. ¿Necesitaba él acaso del complicado mecanismo de muchos modernos pintores? ¿No habia recibido del cielo el precioso don de la reminiscencia? Podria decirse que por mera fórmula iba á sacar el contorno de Lucrecia en su presencia; porque la veia fuera de allí y con los ojos cerrados, con la misma naturalidad con que vemos hoy la mas perfecta fotografía.

Lucrecia recibió al Artista con la cordialidad de un hermano. Mandó servirle helados y dulces antes de empezar la obra, y á las pocas palabras se estableció entre ellos la dulce familiaridad de dos antiguos amigos.

Rafael estaba encantado á la vista de Lucrecia: su dulce habla, su viveza y gracia de española, su dulce insinuacion de italiana, la amable gravedad de su condicion aristocrática, y su fuego de entusiasmo artístico, jugaban en su conversacion

tan armónicamente, que en aquel momento el hijo de Santi hubiera jurado que Lucrecia era la mujer mas hermosa y mas virtuosa del mundo, constituyéndose su campeón contra todas las calumnias de sus enemigos y aun contra las maliciosas sospechas de su pariente Bramante.

Dióse principio á la obra: Lucrecia vestia el traje de la víspera, segun lo convenido, con la sola adición de una mosqueta blanca en su dorada trenza. Colocóse en una posicion muelle. Los combates que aquel corazon ulcerado por el vicio habia sostenido con una pasión naciente, nueva, dulce pero íntima, habian comunicado á su fisonomía cierto modo de ser, una expresion suave, tranquila con algo de melancólico sentimiento. Las rosas de sus mejillas habian cambiado en un tinte pálido y mate. Sus ojos llenos de dulce languidez estaban rodeados de una tinta violada que los hacia mas atractivos.

¡Vosotros, hijos del arte, sacerdotes de la belleza, sabeis lo que es estar frente de una mujer hermosa para copiar sus facciones!

Vuestra mirada hasta cierto punto fascinadora, puede analizar impunemente todas sus facciones, recoger la expresion de sus ojos, la gracia de su sonrisa. En aquel momento sois mas venturosos que sus mismos amantes; porque no se os escatiman como á ellos esas miradas de inmensa ternura que la mujer con mas vanidad que amor, reserva para cuando quiere parecer hermosa. La mujer no se contenta con las alabanzas de un hombre solo: aspira al aplauso popular. El retrato corre el mundo ¡y qué lisonjero es para la mujer el saber que todos la encuentran bella!

Con este objeto el artista puede estar seguro de que se le verá con una decidida predileccion: cuando ella le mire, su mirada será la de una mujer apasionada ó inefablemente amable. En aquel instante el retratista es dueño, digámoslo así, de todas las sensaciones de aquella mujer, haciéndolas salir á la cara con la mas leve insinuacion. Algunos corazones se han ren-

dido, algunos han sido infieles por la fascinacion de estos momentos.

Acostumbrado Rafael á copiar las facciones espirituales de Maggia ó de alguna mujer indiferente, sentia ahora una emocion desconocida delante de Lucrecia. Estaba corto como un principiante de dibujo, y ruborizado como una doncella, el tizoncillo temblaba entre sus dedos y casi estuvo por abandonar la obra.

Lucrecia por su parte lo contemplaba en medio de un éxtasis que tenia algo de sobrenatural: su mirada se encontraba con la de Rafael estableciéndose entre los dos una corriente magnética que debia terminar por el dominio de un poder sobre el otro.

Rafael se dió por vencido y acabó precipitadamente un mal contorno que se apresuró á esconder en su cartera.

Esta sesion fué casi muda, y en vano los ojos ensayaron un diálogo intelijible, porque Lucrecia no conocia el lenguaje de la inocencia, por mas que ahora fuese inocente su amor: ni Rafael habia conocido hasta entonces el amor de una mujer.

—¿Cuándo volverás? preguntó Lucrecia al artista.

—¿Para presentaros acabada la obra?

—Nó, para seguirla y terminarla.

—No lo creo necesario, Señora.

—¿Tan seguro estás de tu habilidad que no necesitas volver á verme?

—Perdonad: tengo vuestras facciones tan fijas en mi reminiscencia, que mañana mismo podria presentaros vuestro retrato.

Lucrecia sonrió de una manera tan extraña, que era difícil comprender si las palabras del artista habian excitado en ella vanidad ó agradecimiento.

Rafael se despidió y Lucrecia al tocar su mano colocó en ella la mosqueta que adornaba su cabello, diciéndole:—es el recuerdo de una amiga.

Rafael la besó con cariño colocándola despues en su pecho.

Hemos hecho antes de ahora la descripcion del barrio de Trastíber. No era extraño en aquel tiempo el ver aquellas casucas derruidas y aun respetables monumentos medio escondidos en la maleza, efecto del abandono forzoso en que las habian dejado las guerras y convulsiones políticas de Roma. En aquel barrio anidaba mas que habitaba la jente mas perdida de la sociedad, y tal cual antiguo condottiero que envejecido y cansado de luchas inútiles, habia buscado refugio en un antiguo edificio medio palacio y medio castillo, donde con algunos pillos veteranos que le habian conservado adhesion, consumia el resto de su vida entre la caza, la lectura de libros de caballería y el estudio de la alquimia, muy comun en aquel tiempo entre los caballeros ociosos.

A espaldas de la Iglesia de Nuestra Señora, estaba situado un palacio que la munificencia de Alejandro habia cedido á Vanozza. Detrás de este edificio y á distancia de un tiro de ballesta se advertia un monton de ruinas medio cubierto de zarzales y lentiscos. Allí tenia su guarida una jitana, de quien se contaba en el barrio cierta historia.

Habia sido hermosa, y un amor burlado, la ingratitud de un señor aventurero la habia sumergido en la desesperacion. Lloró y suplicó á su despiadado amante que le volviera su corazon ya que no podia devolverle su honra. En vano: al hombre que la habia seducido le pareció de poca monta la honra de una jitana. La volvió la espalda riendo y marchó á emprender nuevas conquistas.

La infeliz jitana lloró mucho tiempo su debilidad y sus esperanzas burladas. Ya el tiempo que todo lo consume iba tambien consumiendo su dolor, cuando una noche que salia

de esa misma gruta donde habia encontrado la hospitalidad, sintió al pié de aquel matorral unos quejidos de amor, despues el estampido de un beso: y.... un rayo repentino de la luna iluminó dos semblantes unidos: el uno era el de una mujer, el otro el de su ingrato amante.

Todo el furor del infierno se agolpó en su corazon; una nube de fuego acudió á su vista y se arrojó ciega sobre su pérfido amante, que apenas tuvo tiempo para defenderse y herirla en el costado creyéndola un salteador.

La infeliz cayó revolcándose en su sangre. Sus gemidos hicieron salir de la gruta á la vieja que la habitaba, y pudo con mucho trabajo arrastrar á ella á la herida.

A la mañana siguiente todo el barrio del Trastíber supo que Gaia habia sido mortalmente herida por el demonio; á causa de haberse colgado al cuello una cruz de diamantes que una rica señora la habia regalado.

Gaia curó de su herida por los solícitos cuidados de la vieja, mas no quedó curada de su amor, que convirtiéndose en ódio la sujirió el pensamiento de concluir con su ingrato amante y con su favorecida rival.

Para ello formó dos figuras de trapo, imitando en lo posible las de sus víctimas, y se fué entreteniendo en clavarlas agujas en las partes mas sensibles que tiene el cuerpo humano. Al poco tiempo se supo que un caballero muy conocido en Roma por sus galanterías, se veia atacado repentinamente de agudísimos dolores en varias partes de su cuerpo. Por una extraña coincidencia una noble romana comenzó á sufrir iguales dolores en los mismos sitios del cuerpo.

Gaia supo esta noticia con el estremecimiento de placer que excita la venganza. Todas las mañanas pasaba el Tíber y penetraba en la ciudad para saber el estado de los enfermos; y cuando la decian ya han quedado ciegos, ya han perdido el movimiento de un miembro, volvía radiante de alegría á contárselo á su patrona y seguía martirizando á las figuras

con las agujas. Muy pocos instantes quedaban de vida á la señora y al caballero; pero Gaia no queria apresurarlos, sino prolongar sus tormentos. Una noche que volvía de Roma, al pasar por el sitio en que habia sorprendido al ingrato amante en los brazos de su rival, le pareció oír nuevamente las palabras lánguidas de una mujer y el ruido de un beso. Su sangre volvió á encenderse, entró temblando de cólera en la cueva, y cojiendo las dos figuras sacó de la trenza de sus cabellos un alfiler grande que la sujetaba, y dirigió la punta hácia el pecho de su amante; pero una secreta fuerza detuvo el movimiento de su mano: el último destello de amor no habia salido aun de su corazon y le gritó ¡piedad!....

Aquello duró un momento: una punzada que sintió en su costado le recordó la causa de su herida, y.... el alfiler se hundió hasta la cabeza en el pecho de la figura.

Gaia no pudo decir mas que ¡todo se ha concluido! y cayó sin sentido sobre las pajas que formaban su lecho. Desde aquella noche Gaia representaba cincuenta años no teniendo mas que treinta. La vieja le enseñó la nigromancia que las dos seguían ejercitando con gran aplauso de los habitantes del barrio y de muchos caballeros de Roma, que venían á la cueva á consultar su horóscopo, á buscar venganzas ó á conquistar corazones rebeldes.

Era de noche.—Un grupo de cenicientas nubes se alzaba en el horizonte. Tras ellas ocultaba la luna su plateado disco, esparciendo á lo lejos una luz débil que daba á los objetos formas vagas é indefinidas.

Las ruinas de la antigua Roma parecían jigantes que movían los brazos, caballeros que velaban sus armas ó estaban en acecho, vestiglos de figuras extravagantes, danzas lascivas de sátiros, ó juntas de brujas que celebraban el pacto de algun neófito ó confeccionaban brevajes para algun maleficio.

En semejantes noches y en avanzadas horas, la imaginación exaltada ó temerosa, crea fantasmas ó da formas perfectas

á los árboles y las piedras esparcidas por el terreno.

Oyeron rechinar los goznes de la puerta del jardin de Vanoza. Por ella salieron tres bultos que fueron distinguiéndose á medida que se acercaban. Eran dos damas y un caballero: ellas arrebozadas en sus mantos, él cubierta la cara con el embozo de su capilla y el ala ancha de su chambergo.

Dirijiéronse con ademan recatado á la cueva de la bruja: sonó un silbato y en seguida tres palmadas: sucedió un rato de silencio: los recién llegados parecían impacientes. Al fin el débil rayo de una luz interior demostró que se abría la puerta. Por ella entró una de las dos mujeres, quedando la otra fuera con el caballero.

Esta doble escena nos obliga á dividir nuestra atencion, si es que no preferimos dedicarla toda entera á lo interior que promete ser mas interesante. Penetremos, pues, si tal es nuestra resolucion.

El interior representaba una pieza de las antiguas casas romanas, tal vez la destinada á la oracion, segun indicaban varios nichos practicados en la pared, que servian en otro tiempo á la colocacion de los dioses penates, tutelares de las familias.

En la época en que pasan los hechos que vamos narrando, estos nichos tenian otros destinos y contenian botes y redomas, esqueletos de animales, haces de yerbas secas é instrumentos de usos desconocidos.

En medio de la sala habia una gran mesa de antiguo nogal llena de multitud de objetos en tal confusion y desórden, que la atencion mas analizadora se confundiria sin poder definirlos.

Gaia conduce de la mano á la dama recién llegada y la ofrece un gran sillón que está cerca de la mesa. La dama no muestra temor alguno: se sienta con la confianza de una antigua parroquiana y se levanta el velo. Aquella dama era Lucrecia Borgia.

—Gaia,—dice á la hechicera, con un tono familiar y amistoso:—necesito de tu ciencia.

—Señora: sabeis que vuestra humilde sierva siempre ha estado á vuestra disposicion.

—Lo sé, Gaia: y no tengo motivo para quejarme, sino de agradecimiento por tus buenos servicios.

—Me los habeis recompensado harto jenerosamente, señora.

—Pero lo aprovechas mal, Gaia. Tú debias vivir en un palacio.

—No, señora: yo debo vivir aquí, este es mi puesto. El lugar de la ofensa es el mas propio para la venganza. ¿De qué me serviría un palacio? Yo no busco los placeres del mundo, sino los del infierno. Dejadme aquí, señora.

—¡Pobre Gaia! te compadezco.

—¡Ah! no, señora: soy feliz, sí, muy feliz.—Y Gaia se reía como deben reirse los jenios infernales recordando su antigua ventura cuando estaban al lado de Dios.

Despues de un rato de silencio con que Lucrecia quiso respetar el disimulado dolor de la hechicera, continuó:

—Hoy no me conduce ninguno de esos motivos en que las razones de alta política exigen la aplicacion de un tósigo, el sacrificio de alguna víctima. Intenciones mas pacíficas, mas gratas, ocupan mi atencion en este instante. Estoy enamorada, Gaia.

—¡Vos enamorada, señora, exclamó con sorpresa la hechicera.

—Sí, ¿lo dudas?

—Lucrecia Borgia desear, lo comprendo, ¡pero amar!

—Amo, Gaia, y mi amor es el de una vírjen, el primer sueño de una mujer, la primera ilusion que acaricia el alma, la primera esperanza del corazon.

Estas palabras herian tan profundamente á Gaia que su seno se levantaba aceleradamente, sus labios temblaban, sus

ojos querian saltar de sus órbitas y su color era el de la pálida muerte.

—Sí, amais señora: lo conozco: yo tambien amaba. ¿Pero sois correspondida, podeis responder de su fidelidad?

—El objeto de mi amor es un niño, hermoso como Adonis, candoroso como una vestal, pero frio como un mármol.

—Bien! bien! contestó la hechicera: ya encenderemos su corazon. ¿Ló quereis rendido á vuestros piés, pálido, turbado, inquieto, buscar en vuestros ojos una esperanza, en vuestros labios una promesa....

—Sí! sí! contestó con ansia Lucrecia.

—¿O preferís encontrarlo á vuestro lado en medio de la noche, embriagado de amor y de deleite, turbados los sentidos...?

—Nó! nó! apresuróse á contestar la hermana de César. Yo quiero que me ame como se ama á una hermana, como se amaron nuestros primeros padres en el tiempo de su inocencia. Deseo probar esos amores del alma que Bembo me pinta tan bien en sus divinos versos.

—Es decir, que preferís el ángel blanco, al ángel negro, la oracion de la Vírjen María á la de San Daniel ó Santa Marta? Pues bien: cuando determineis empezaremos.

—Desde luego.

Gaia se levantó: previniendo varios botes y redomas, des-hizo algunas ramas de mirto, espino blanco, beleño, y otras plantas dedicadas á los amores inocentes: encendió un brasero con astillas de madera de enebro y arrojó en ella los vegetales, agregando tiras de papel blanco, habas y algunas gotas de agua del Tíber.

En seguida midió el brazo izquierdo de la dama, su cintura, y trazó varias figuras sobre su pecho en el lado del corazon, donde aplicó tambien un pedazo de imán forrado en seda.

Colocó un cedazo sobre un lebrillo de agua y en él puso

las medidas del brazo y la cintura, siemprevivas amarillas y ramas de box.

—Señora, levantaos!—Lucrecia obedeció.

—Extended vuestra mano izquierda y tened con la derecha este espejo.

Abrió un antiguo libro de pergamino y leyó en él las oraciones que nuestra pluma se resiste á trasladar. Estas oraciones fueron repetidas por Lucrecia, que en vano queria evitar el horror que la producian.

La hechicera calló por un momento: parecia que meditaba, pero en realidad sufria. Un recuerdo doloroso la atormentaba en aquel momento. Al evocar el amor de un hombre, se le presentaba la ingratitud de su amante. En el horóscopo de Rafael que consultaba en aquel momento, estaban escritas la fidelidad y la constancia: y envidiaba á la mujer que poseyese su corazon.

Cojió la mano de Lucrecia y vaticinó sobre sus rayas que seria feliz. En el extremo de su alegría quiso la dama abrazarla; pero Gaia la dijo:

—Señora: aun no hemos concluido: necesitais dormir. Tomad este líquido y bebed. No temais, señora: conoceis á Gaia que os ama: bebed sin recelo: tendreis un sueño feliz.

Lucrecia obedeció. Mientras bebia lentamente aquel breva je que nada tenia de desagradable, Gaia apoyó sobre la mesa su mano abierta diciendo: "Pongo cinco dedos en la mesa; invoco al ángel blanco en favor de los cinco sentidos: para que sus ojos la vean, sus oidos la escuchen, su mano sienta las palpitaciones de su corazon y perciba la fragancia de su boca: el mirto para que la ame: la siempreviva y el box para que la sea constante, y el beleño para que su amor no se acabe sino con la muerte.

Los párpados de Lucrecia se iban cargando de sueño: Gaia pasó tres veces con lentitud el espejo ante sus ojos y la preguntaba de tiempo en tiempo: ¿Le veis, señora?

Lucrecia no podia contestar porque estaba embriagada; veia trabajosamente su imájen reproducida en el espejo, y cuando llegó ese incomprensible instante que separa la vijilia del sueño, y en el que la imaginacion comienza á cobrar el poderío que tanta fuerza le da, vió la imájen de Rafael con tanta verdad que haciendo un esfuerzo supremo sobre su estado de soñolencia, exclamó: ¡Sí! le veo! y su cabeza cayó dormida sobre su pecho.

La noche estaba despejada: habian desaparecido las nubes y la luna caminaba para el zénit, esparciendo su blanca luz por la ciudad eterna.

Aun permanecian la dama y el caballero á la entrada de la cueva. Era ella una hermosa mujer; su tez morena, sus ojos grandes y rasgados, su cabellos negros, el corte de sus facciones y la hechura de su traje revelaban el tipo de una esclava griega.

El era un apuesto doncel, pálido, de rubia cabellera, talle esbelto y muelle. El traje de los dos decia claramente que pertenecian á la lujosa servidumbre de los Borgia.

Hablaban sin duda de amor; mas no podia escucharse una palabra porque se entendian por señas. El jesto y ademanes de la jóven eran tan expresivos, que hacian inútil la articulacion de la voz.

Daba al paje las mayores seguridades de su amor y su constancia, exijiendo de él la misma correspondencia. Una dulce embriaguez se advertia en el semblante del jóven, mezclada con cierta sonrisa irónica que se escapaba á la apasionada griega: aplicando las dos manos á su pecho la juró un amor eterno: y ella recibió aquel juramento con los extremos de alegría de una niña.

Sus manos se unieron entonces: sus cabezas se levanta-

ron hácia el cielo como invocando la aprobacion de aquel juramento.

La luna hirió de lleno aquellos dos semblantes: el del jóven nos reveló el de una persona ya conocida.

Era Petruccio: Petruccio que tenia cincuenta años y representaba en aquel momento veinte y cinco.

Ella era Telesia, una jóven griega, muda de nacimiento y esclava de Lucrecia. Su semblante expresivo, su juventud y belleza, su corazon vírjen, habian seducido, perdido de amor á Petruccio que jamás hasta entonces habia encontrado donde depositar su corazon vagabundo. Hemos visto antes de ahora con qué extremada facilidad Petruccio se transformaba, se amoldaba á todos los caractéres, imitaba á todos los personajes. Conocia el uso de los cosméticos y ayudado por ellos representaba todas las edades y condiciones de la vida social. Con los astrinjentes hacia desaparecer las sutiles arrugas de su rostro: con el blanquillo y el colorete imitaba la frescura de un rostro juvenil: lo demás lo hacian su carácter flexible y la coleccion de trajes que tenia para la representacion de tan distintos papeles.

Telesia no le conocia sino por uno de los pajes distinguidos de Lucrecia. Habia simpatizado con él, porque él mas que ninguno la comprendia y sabia hacerse comprender.

Además de la mímica natural, Petruccio habia inventado un lenguaje particular de signos para entenderse con ella.

De este modo se estableció entre ambos una correspondencia de palabras, ideas y sentimientos.

Telesia tenia un corazon sencillo: no conocia, no podia conocer el mundo por carecer de los dos órganos mas necesarios, y se entregaba sin reserva á la expansion de un sentimiento que estaba muy lejos de creer culpable. Ya el lector conoce á Petruccio y lo que la virtud y la inocencia debian esperar de él.

Lucrecia habia tenido un sueño feliz; soñó que era virtuosa, que ningun vínculo sagrado la ligaba á otro hombre en la sociedad y que podia entregar su mano á Rafael. Y Rafael la amaba: y la religion aprobaba sus sentimientos y un sacerdote habia echado su bendicion sobre las dos cabezas mas bellas que encerraba Roma.... En aquel momento despertó. Involuntariamente su mano quiso apartar el blanco velo y la guirnalda de rosas que creia ceñir su frente de jóven desposada: tendió su vista al rededor buscando al que habia de ser su compañero de tálamo. La sonrisa de la felicidad espiró en sus labios al tocar la fria realidad.

—¿Qué has hecho? le decia á Gaia.

—Os he hecho feliz, señora: habeis dormido mucho y en el sueño encontraríais lo que buscábais.

—Pero ha sido un sueño, Gaia: yo quiero la realizacion de ese sueño.

—La tendreis.

—¡Cómo! ¿Cuándo?

—Trabajad, señora, y esperad. Cuando las pléyades estén cerca de hundirse en el horizonte, y la corneja dé al aire tres notas de su canto lúgubre, tened cuidado de observar si se han cruzado las ramas de mirto y si la sensitiva ha plegado sus hojas. Cuando esto suceda no está distante el momento.

Dad fe á mis palabras. Tomad: este amuleto aplicado siempre en el lado del corazon, os apartará de todos los inconvenientes y peligros: encomendaos siempre al ángel blanco: ya sabeis la oracion.

Lucrecia confiaba porque amaba, y temia porque dudaba llegar á ser feliz.

En vano pedia mas explicaciones á Gaia que embrollaba su imaginacion con la intrincada fraseología de la májia, haciéndose cada vez menos intelijible. Remuneró jenerosamente á Gaia sus servicios y se despidió de ella.

Cuando salió Lucrecia, Telesia estaba dormida, reclinan-

do su cabeza sobre el hombro de Petruccio que contemplaba estasiado el moreno y apasionado semblante de la vírjen de sus primeros y últimos amores.

Lucrecia sonrió dulcemente al ver aquel cuadro á sus ojos muy inocente; los amantes se incorporaron, siguieron á su señora y penetraron por la misma puerta por donde habian salido.

XXI.

ULTIMO DIA DE LOS BORGIA.

En el fatal reló del tiempo y del destino habia sonado la hora de los Borgia. Espesas nubes, preñadas de dudas y tenebrosos misterios, cubren los últimos momentos de Alejandro VI. La misma historia llena de contradicciones, no acierta á ponerse de acuerdo para legar á la posteridad la certeza de los hechos. Háblase de envenenamientos que devoraron las entrañas del Pontífice y que pusieron á César en las puertas de la muerte. Pero escritores de aquel tiempo, y mas tarde Mr. Voltaire que no debe ser sospechoso en este punto, desmienten aquel crimen.

Por nuestra parte, nos basta saber que Alejandro habia logrado encadenar á Colonna y Orsini, esas dos fieras que tenían atemorizada á Roma con sus escandalosos crímenes, para comprender cuán difícil era escribir la historia en medio de tan encarnizados bandos, en los que militaban hombres importantes y aun escritores públicos.

Pero hay un hecho que habla en favor de Alejandro VI y revela al menos sus grandes dotes de gobierno temporal. Tal es la pacificación de Roma, su prosperidad, la firmeza que supo dar al municipio que fué siempre el fundamento de la libertad del pueblo romano, y la protección que dispensó á las ciencias, á las artes y al comercio.

Todo el odio de la moral pública debe recaer en César Borgia, cuyos crímenes, en vano queria disculpar sino autorizar el intelijente y frio Maquiavelo, en su abominable obra del *Príncipe*. Adoptando la impía máxima de que "todos los medios son lejitimos para alcanzar un fin" no hubo barrera que detuviera su desenfrenada ambicion. La historia lo pinta como asesino, envenenador, patricida, ladron, violador de mujeres; ejecutor en fin, de todo jénero de delitos. Al juzgarlo la historia con esta severidad, no puede desconocer su valor indomable, su constancia, su gran habilidad para los negocios de Estado.

Previendo la muerte mas ó menos próxima de Alejandro, habia tomado sus medidas para que la eleccion del nuevo Pontífice recayera en una de sus hechuras.

He aquí cómo un historiador moderno da cuenta de los hechos que acaecieron á la muerte de Alejandro.

"Sostenido César por el cardenal de Amboise que contaba con él para ascender á la tiara, se apoderó del tesoro pontificio que ascendia á cien mil ducados. Colocó doce mil hombres en el Vaticano y fortificó el castillo de San Angelo. Acudieron los Colonna y los Orsini para derribarle. Estallaron los odios: incendiáronse las casas: saqueáronse las tiendas: asoláronse los campos. Fabio Orsini se lavó las manos y la cara en la sangre de un Borgia: batiéronse los franceses y los españoles dentro de Roma; en fin, el duque de Valentinois se decidió despues de varios golpes á salir de allí por sujestion de los embajadores.

Mas adelante y ocupando Julio II el sόlio pontificio, Cé-

sar Borgia fué acorralado y preso. Para conseguir su libertad tuvo que ceder los castillos ocupados en su nombre. Julio II lo mandó á Nápoles donde Gonzalo de Córdoba lo recibió con muchas consideraciones, reteniéndolo hábilmente en su poder hasta que fué reclamado por Fernando el Católico, con quien tenia que liquidar algunos agravios pendientes. En España fué preso nuevamente; mas habiéndose escapado de la prision, por una resolucion atrevida, no quiso soltar la espada, y murió con valor en el sitio de Viana.

El fiel Michelotto que jamás lo habia abandonado, defendió heroicamente el cuerpo de su señor, herido, hasta que ambos despidieron el último aliento.

Lucrecia habia abandonado á Roma, llevando en su corazon el sentimiento de la muerte de Alejandro y el amor de Rafael.

Los últimos dias de esta mujer, célebre en la historia por su belleza, su singular atractivo y su entusiasmo por las artes, como por los crímenes que se le atribuyen, fueron piadosos, retirados, oscuros.

Sin embargo, se sabe por la tradicion y por las crónicas de Ferrara, que todavía hermosa, reformó sus costumbres; pero que jamás pudo olvidar á sus antiguos amigos. Bembo, ya sacerdote y con la faz venerable como se le ve en Padua, pintado por el Ticiano y Sansovino, fué su predicador favorito. Lucrecia no se contentaba con oir solamente sus sermones; sino que le pedia que se los escribiese. Bembo compuso tambien para ella algunos devocionarios que Lucrecia hacia copiar y adornar por los mejores miniaturistas de su corte.

Lucrecia fué amada de sus súbditos y dejó una grata memoria de sus liberalidades.

Mr. Valery, autor de varias obras de historia y viajes, en-

contró en la biblioteca Ambrosiana de Milan, un paquete de diez cartas orijinales de Lucrecia á Bembo, que entonces tenia treinta años y era seglar, no habiendo sido promovido cardenal sino treinta años despues. Con dichas cartas encontró unos versos españoles de Bembo, que respiran el platonismo mas puro y exaltado. La contestacion de Lucrecia á estos versos es mas sencilla y la acompañaba un rizo de sus dorados cabellos.

Mr. Valery no pudo, sin embargo, ver ese rizo, cuya existencia negaron los empleados en la biblioteca.

En vano buscó tambien en Ferrara el ilustre viajero las ignoradas cenizas de Lucrecia. No se encuentran en la Iglesia interior de *Corpus Domini* donde existen los sepulcros de la casa de Este. ¿Será que la curiosidad científica de algun frenólogo, la insaciable codicia de un anticuario, ó la fria especulacion haya saqueado el sarcófago de la mujer famosa á quien hemos consagrado algunas páginas?

Pero consolémonos; porque Víctor Hugo y Donizzetti se han encargado de conservar su memoria en deliciosos ritmos y notas musicales. (*)

A la muerte de Alejandro, hemos visto como se convirtió Roma en un vasto campamento, donde la guerra fratricida ensangrentaba el suelo patrio acompañada con todo jénero de horrores. Las bellas artes cubrieron sus inmortales obras con un velo funerario, y los artistas huyeron despavoridos sacu-

(*) El dia 21 de Noviembre de 1861, *La Correspondencia de España* nos dió la noticia siguiente: Ha fallecido el último Borgia. Era pariente del Papa Alejandro por el hijo mayor de César, el héroe Maquiavelo.

diendo sus ropas salpicadas de sangre. Miguel Angel y Vinci se dirijieron á Florencia. Peruzzi se refugió en el palacio de su protector Chigi: Rafael volvió á Citá de la Pieve con Perugino y Bramante que tenia su alojamiento en el Vaticano, quedó á lamentar como otro Jeremías la destruccion de la Jerusalem cristiana.

Pinturicchio, condiscípulo de Rafael en la escuela de Perugino, pintaba en Siena la historia de Pio II. Aprovechando la vuelta de Rafael, lo invitó á compartir con él sus trabajos emprendidos. Ocupábase entonces Pinturicchio de una invencion que debia proporcionarle en vida una escasa gloria ficticia, para ser condenado por la posteridad. Por un rasgo de presuncion muy natural en Pinturicchio y con la idea de hacerse orijinal, inventó una especie de bajo-relieve sobre el lienzo, que consistia en abolsar las partes del cuadro que deseaba resaltar. De este modo hizo algunas obras que por el pronto llamaron la atencion por la novedad.

Rafael pintó allí *el Matrimonio de la Vírjen*, cuadro lleno de candor y misticismo que recordaba la escuela de Umbría en las posiciones, la santa sencillez de Maggia en el semblante de la Vírjen y el colorido tierno é inspirado de Perugino.

Bien pronto pudo ver Pinturicchio en las obras de Rafael que el arte tiene recursos para dar relieve á las figuras, sin necesidad de recurrir á medios que mas tarde fueron del dominio del trojel por la mecánica.

Al año siguiente dejó á su condiscípulo y marchó para Florencia, donde se habia empeñado un certámen artístico entre Vinci y Bounaroti.

Pinturicchio quedó en Siena pintando en el convento de San Francisco, donde los relijiosos le habian destinado una celda para taller. El artista hizo desembarazar la habitacion, y empeñado en quitar de en medio un gran armario que le molestaba, al arrastrarlo los legos del convento hácia la puer-

ta, se desprendió una tabla y cayeron al suelo quinientos escudos de oro, largo tiempo escondidos en un secreto de este mueble. El carácter irritable de Pinturicchio burlado por su codicia, le exacerbó tanto, que cayó enfermo y siguió arrastrando una penosa existencia hasta que murió en 1513.

XXII.

RAFAEL EN URBINO.—RECUERDOS DE LA NIÑEZ.—NUEVOS AMIGOS.

Antes de salir de Roma Rafael, la duquesa de Urbino Juana Feltria de la Rovere, le dió una carta de recomendacion para el Gonfaloniero de la república de Florencia, Soderini. Estaba concebida en estos términos:

“Soderini: esta carta os será entregada por Rafael Santi, pintor de Urbino, jóven lleno de felices disposiciones, el cual desea pasar algun tiempo en Florencia, para seguir estudiando. Su padre, hombre de mérito, fué muy afecto á mi persona, y el hijo es tan interesante como amable; por cuya razon le aprecio mucho y deseo se perfeccione en su arte. Os lo recomiendo mucho, y os suplico hagais por él todos los buenos oficios que necesite y dependa de vos. Y estad persuadido de que todo lo que podais hacer por él de útil y agradable, lo consideraré hecho á mi propia persona.—Juana Feltria.”

Esta carta fué entregada al Gonfaloniero, que la recibió con muestras de aprecio, ofreciendo atender como merecia la recomendacion de la duquesa de Urbino; mas nada hizo en favor del jóven artista, el que demasiado modesto y lleno al

mismo tiempo de noble orgullo, no creyó deber sufrir muchas antesalas del funcionario de la República.

Pero la fortuna le sirvió en esta ocasion mas que la recomendacion de su protectora. Ghirlandajo, hijo de Domingo, que estaba á la sazón en Florencia, lo presentó á Taddeo Taddei, noble florentino y amigo especial de Bembo, á Lorenzo Nais, Aristotile de San Gallo, y otras personas notables. Encantados del trato sencillo y amable de Rafael y de su natural simpatía, recibió todo jénero de obsequios, disputándose á porfía el placer de hospedarlo en su casa. Trabajó tambien íntima amistad con fray Bartolomeo, comunicándose recíprocamente sus conocimientos artísticos. El colorido dulce y agradable, y la gracia que daba á sus figuras, tenían mucha analogía con las obras de Rafael; inventó el modelo de madera.

Aunque el viaje de Rafael á Florencia era de puro estudio, no por eso tuvo ociosos sus pinceles; pues pintó para Taddeo Taddei dos cuadros, y otro para Lorenzo Nais que acababa de casarse; estas obras fueron dadas como muestras de gratitud á las dos personas que mas se habian distinguido en su obsequio.

Al estudiar las obras de Miguel Angel y Leonardo, sintió ser tan jóven en el arte y le asustaba la distancia que tenía que recorrer para alcanzar aquellos gigantes de la pintura. Creia llegar con el tiempo á colocarse á la altura de Vinci, porque encontraba mas analogía entre sus obras y las suyas, mas armonía entre sus pensamientos; mas al contemplar las de Miguel Angel sentia una impresion que no sabia definir. La valentía de las imágenes, la severidad de la expresion, el rigor anatómico, la correccion del dibujo, el colorido vigoroso, el relieve, eran cosas que le imponian, produciéndole una verdadera fascinacion. Rafael admiraba, apreciaba las obras de Miguel Angel; pero no podia amarlas porque él no habia nacido mas que para pintar la felicidad, la belleza, la gracia. La

presencia misma de Miguel Angel le producía cierto malestar, cierta inquietud de que no estaba libre hasta perderlo de vista.

Miguel Angel por su parte, consideró siempre á Rafael como un niño afeminado que difundía por sus obras toda la voluptuosidad, toda la molicie de su carácter. Reconocía sin embargo su mérito; pero jamás sintió en su alma el mas ligero movimiento de envidia, porque se creía superior en el arte, no solo á Rafael, sino á todos los pintores de su siglo.

Leonardo menos arrogante, con menos pretensiones que el fiero autor del juicio final, ha dejado á la posteridad obras que le han alcanzado una justa nombradía.

En el invierno que Rafael pasó en Florencia, se ocupó en modificar su estilo: colocado entre aquellos dos grandes modelos del arte, tomó un poco de la enerjía de Miguel Angel y otro poco del colorido y la tranquila expresion de Leonardo.

Desde entonces comenzó á dar mas actitud á sus figuras abandonando el encojimiento, la inmovilidad de la escuela de Umbría, sin arrebatar á las fisonomías su dulce y casta expresion: dió mas libertad á los pliegues de los ropajes, se atrevió en fin á prestar algo de la tierra á las imágenes, cuya inspiracion habia bebido hasta entonces en el cielo.

Desde la muerte de sus padres, Rafael no habia vuelto á Urbino. Quedando desde entonces á cargo de su tio materno Simon de Bautista Ciarla, siguió dócilmente sus instrucciones que eran las de continuar sus estudios. Rafael amaba tanto á su tio, que lo llamaba en su correspondencia *carísimo cuanto padre*.

Le comunicaba sus impresiones á la vista de las maravillas del arte, le pedia consejos y era tan juicioso en su con-

ducta, cual si estuviese viviendo bajo la inmediata patria potestad.

Rafael obtuvo por fin el permiso de volver á Urbino. Al pisar de nuevo los campos, al respirar el aire, al ver el sol y los horizontes donde recibió la vida y creció su infancia, sintió ese melancólico bienestar que solo experimentan los que vuelven á su patria despues de algunos años de ausencia.

A medida que se acercaba á la ciudad y veia descollar en el espacio las altas torres de las iglesias, las almenas de los castillos y los remates de los palacios, su alma contraída por un santo recojimiento, comenzó á dilatarse al penetrar en las calles de la ciudad. En diez años de ausencia, algunas cosas habian sufrido transformacion, por la ley inexorable de la instabilidad, que se cuida poco de la angustia que siente el viajero al volver á su país natal y no encontrar los objetos queridos que dejó. Pero la calle de las Flores no habia sufrido alteracion alguna: era la misma. A la derecha la casa donde vivia un camarada, la del cura de la parroquia: mas allá la tienda del especiero y despues la carpintería, la portada de los baños, el jardin, un palacio. ¡Qué grato es encontrar en su lugar todas las cosas que arrullaron nuestra infancia!

Era el mes de Mayo. Simon Bautista sentado en la puerta de la casa de Rafael, entretenia su vejez con la lectura de un libro, como él, antiguo. Las pisadas de un caballo le hicieron levantar la cabeza. El tiempo no habia alterado siquiera uno de los rasgos de la fisonomía de Rafael, aunque habia desarrollado su estatura; conociólo al momento y se precipitó en los brazos de su sobrino que acababa de arrojar del caballo. Abrazados entraron en la sala inmediata y flaqueándoles las piernas por la emocion, se dejaron caer en las sillas pero sin soltarse las manos. Entonces comenzó la interminable y grata relacion de dos personas queridas despues de una larga ausencia.

Esta relacion fué interrumpida por un nuevo personaje que

venia del jardin. Era Rosina. Lanzóse sobre Rafael á quien abrumaba con sus abrazos y anegaba con sus lágrimas; costándole mucho trabajo á Simon Bautista separar aquellas bondadosas criaturas que habian nacido para amarse.

Rosina habia quedado en la casa despues de la muerte de sus parientes, porque el tio de Rafael no habia querido abandonarla. Todas las noches, al recojerse en su lecho, despues de la partida de su *querido bambino*,—como ella le decia— oraba por su salud, por su bienestar y por su adelanto en el arte.

Por la mañana al levantarse repetia su oracion, y por la tarde cultivaba el jardin, cuidando con preferencia un rosal blanco que era del gusto de Rafael. Habia colocado su cama en la alcoba del mismo y recorria frecuentemente con la vista los cuadros en que Santi habia copiado con tanta fidelidad la imájen de su hijo representada en los ángeles y arcánjeles. Jamás habia querido casarse Rosina porque todo el amor que atoraba su alma, lo habia dedicado á la memoria de Santi y Maggia y al cariño de Rafael.

¡Cuántas emociones sintió el alma del jóven artista al recorrer las habitaciones de su casa! Cuántas lágrimas de dolor y de ternura salieron de sus ojos al ver el retrato de su querida madre en todos los cuadros! Aun existia el caballete del pintor y los útiles del Arte y los bustos y los libros; y todo en su lugar respectivo. ¡Cuánto agradeció á su pariente aquel respeto á la memoria de su padre!

Rafael visitó tambien el jardin y Rosina lo llevó de la mano hácia el rosal blanco; la sensible jardinera lo habia rodeado de una especie de canasta entretejida de cañas para que ninguna mano profana lo tocara. Aquella especie de culto que á su memoria dedicaba su hermana del corazon, no pudo menos de conmoverlo y la abrazó de nuevo.

La cena de aquella noche fué deliciosa, no por la excelencia de los manjares, sino por el placer que los sazónaba. Sin em-

bargo Rosina se habia excedido á sí misma, preparando aquellos que sabia eran del gusto de Rafael.

La conversacion de sobremesa fué la de las personas que se aman y vuelven á reunirse despues de una larga ausencia. Rafael y Rosina tuvieron aquella noche sueños de felicidad.

Estaban á la sazón en Urbino el conde Baltasar Castiglione, hombre de un verdadero corazon de artista, distinguido literato, y de amabilísimo carácter, que fué amigo de todos los hombres ilustres de la época, y con el tiempo consejero de Rafael: Bembo, retirado de Roma por las discordias civiles y por el amor infortunado de Lucrecia: Bibiena, poeta fácil y voluptuoso que mas tarde habia de cubrirse con el capelo, ofrecer á Rafael por esposa á su sobrina y encargar al artista para su palacio de campo, las pinturas licenciosas del paganismo. Pia Colonna llorando siempre á un amante que le arrebató la tumba; finalmente, Juana de la Rovere, diosa tutelar de aquella especie de Atenas italiana.

Con todas esas ilustres personas trabó relaciones afectuosas el jóven pintor, cuyo corazon estaba hecho para amar y agradecer. Porque Rafael, que solo habia recibido una educacion modesta, tenia el singular privilegio de adaptarse al lenguaje y maneras de la sociedad culta, de un modo tan natural y espontáneo, que mas parecia un jóven de real estirpe, que un simple artista hijo del pueblo.

Presentábase sin encojimiento ni orgullo, era injenuo sin descortesía, afable sin afectacion, y cariñoso sin zalamería; por cuyas cualidades era imposible tratarlo sin amarlo. Y era tal su simpatía, que una vez relacionado con él, este lazo duraba toda la vida.

Dulces horas pasaron todas estas personas, enlazadas por el amor á las artes y á las ciencias y por el sentimiento de amistad muy característico en aquella época.

De Urbino pasó Rafael á Perusa, donde ejecutó varias

obras al óleo y al fresco, invirtiendo en ellas el resto del año de 1505.

En el siguiente se dirigió á Florencia, donde le dejaremos por ahora para volver á Roma á tomar parte en el advenimiento al sólio pontificio de Julio de la Rovere, bajo el nombre de Julio II.

XXIII.

JULIO II.—EL PONTÍFICE Y EL SOLDADO.—LOS DOS ALCIDES DEL ARTE.—TRIUNFO DEL GENIO.—LA AURORA DEL RENACIMIENTO.

Puede decirse que Alejandro VI fué una especie de Eolo que tuvo bastante fuerza para encadenar los vientos de la anarquía que antes de su reinado despedazaban á Roma. Hemos visto á su muerte desatarse esos huracanes que por unos dias asolaron á la gran ciudad, entregándola á las bandas de forajidos que cometieron los crímenes mas espantosos.

Era necesario un brazo tan fuerte como el de Alejandro para dominar aquella horrible situacion y la Providencia trajo á Julio II, antes Julio de la Rovere despues de Pio III que solo reinó 26 dias.

Hé aquí cómo refiere este hecho Maquiavelo, testigo ocular que habia ido á felicitar al Papa en nombre de la señoría de Florencia.

“Se ha hecho este Papa á cónclave abierto. El que considere los favores que ha tenido este cardenal, los juzgará milagrosos. Todos los partidos del cónclave le han dado sus votos. El rey de España y el de Francia han escrito al sacro co-



R. Medico Romano l.

174



legio recomendándole. Los varones de los partidos diferentes (los Colonna y los Orsini acordes esta vez) les han dado su apoyo: San Jorge (Riario de Savona) le ha favorecido como tambien el duque Valentenois. Se vé, pues, que ha tenido muchos amigos, y se dice que la causa es que él ha sido siempre buen amigo, y por consiguiente en la necesidad ha encontrado buenos amigos. "

Conmovido Julio por estos rasgos de benevolencia, se mostró siempre agradecido á las personas de quienes procedian.

Julio II era hijo de una familia honrada pero oscura. Su fuerza de voluntad mas que sus claros talentos, su tenaz aplicacion mas que el favor de sus maestros y superiores, le hicieron ascender á las jerarquías eclesiásticas. De aspecto severo y carácter impetuoso, era mas propio para la carrera de las armas que para la de las Sagradas letras. Sin embargo, estaba muy lejos de ser un hombre vulgar, como lo demostró en las situaciones difíciles que tuvo que dominar con la fuerza de su jenio y su despejada imaginacion. Era afectuoso en la vida íntima y lo prueba su eleccion, una de las mas espontáneas que se hicieron en Roma.

Al subir al trono pontificio, dicen que arrojó al Tíber las llaves de San Pedro para quedarse solamente con la espada de San Pablo. Si este dicho no es exacto en el fondo, lo fué al menos en la forma. Julio fué el primer pontífice que se dejó crecer la barba para dar sin duda á su aspecto un aire mas guerrero. Le imitaron en esto Francisco I y Cárlos V. La moda pasó á los grandes y sucesivamente á los cortesanos, extendiéndose por casi toda la Europa.

La eleccion de Julio II volvió la paz y la confianza á sus Estados.

Pero necesitaba reconquistar á Perusa y Bolonia que en otro tiempo habian pertenecido á la Santa Sede. Con este objeto preparó su ejército, lanzó contra aquellas ciudades el en-

tredicho y sitió á Perusa, que estaba defendida por Juan Pablo Baglione. Dejando entonces el Papa al ejército en sus posiciones, se adelanta hácia la ciudad y entra en ella solamente con los empleados de su corte. Sorprendido Baglione de aquel atrevido paso, y fascinado por el poder y la palabra de Julio, inclina la cabeza y se entrega prisionero.

Continuando la campaña, llega á S. Marino, liberta á la República del poder del duque y se declara su protector. En seguida se dirige á Bolonia: declara rebeldes á la Iglesia á Bentivoglio y á todos los que defendian la ciudad y Bolonia se entrega.

No seguiremos á Julio II en su vida guerrera, porque es mas pacífica nuestra mision; pero no queremos dejar de mencionar un hecho que revela el carácter de aquel pontífice y que servirá como de llave para explicar algunos de sus arrebatos con los artistas y con otros funcionarios del Vaticano. Sitiaba Julio á Ferrara, contra el duque de Este, con motivo de unos derechos que exijia la Santa Sede. Se hallaba en la edad de ochenta años y en medio de la estacion del invierno. Habia establecido una batería contra la Mirandola, y abierta la brecha entró por ella repitiendo: *¡Ferrara, Ferrara, por Dios, no te escaparás!*

No se puede culpar á los papas de aquella época por que empuñaran la espada. ¿Qué poder, qué particulares no estaban armados? No eran solamente los enemigos interiores, los soldados mercenarios y los forajidos contra los que habia que combatir; sino con los ejércitos extranjeros, contra *los bárbaros* como se llamaban entonces, que aprovechando las discordias civiles, querian repartirse la Italia como si fuera un país salvaje.

La cualidad de soberanía temporal que habian llegado á obtener los papas por la extension de sus dominios, les imponia los mismos deberes, les daba las mismas facultades, los sujetaban á las mismas condiciones y los exponia á las mis-

mas consecuencias que á los demás soberanos. Y mirada la cuestion bajo este punto de vista, ¿quién con mas derecho para obtener la soberanía civil que los que habian defendido constantemente la independencia italiana, los que siempre habian protegido el municipio contra las violencias de los Exarcas del imperio de Oriente, los que en las discordias civiles se ponian de parte del pueblo romano, los que hacian frente á las calamidades públicas con el dinero de S. Pedro, los que habian asociado el sentimiento religioso á la idea de libertad? Ningun príncipe italiano, y mucho menos extranjero, podia presentar títulos mas legítimos. Cúlpele, pues á las épocas de turbulencias de aquel desgraciado país, el que el ministerio pacífico del Sumo Sacerdocio, tomara á veces un carácter guerrero.

Alejandro VI con todo su valor, con todo su poder, con los inmensos recursos de su jenio, no se habia atrevido á emprender la emancipacion de Italia. Pero Julio no tembló y solo tuvo presente la independencia de su patria, poniendo su fe en Dios y la mano en su espada.

No siempre fué consecuente en este pensamiento, ó tal vez la fortuna no le fué constantemente propicia; pues vemos á la soberbia y aristocrática república de Venecia hacer frente y desbaratar con sus solos recursos la formidable liga de Cambray.

Pero volvamos á seguir nuestro pacífico itinerario en pos de los artistas, ínterin que Julio II vuelve á Roma con intenciones mas tranquilas á emplear su poderosa enerjía en fomentar el *Renacimiento*, cuya aurora saludaban las artes y las ciencias.

Leonardo y Miguel Angel continuaban en Florencia: habian aceptado un certámen artístico promovido por la ciudad.

En aquel tiempo Leonardo de Vinci tenia 62 años: Miguel Angel 32. Este nuevo David iba á luchar con el nuevo Goliat.

Nos complacemos en trasladar aquí los retratos de esos dos

hombres, tal como se vé al primero en las Galerías de los Oficios en Florencia, tal como describe al segundo un historiador moderno, amante entusiasta de las Bellas Artes.

“Al lado del retrato de Rafael se nos presenta la cabeza de Leonardo Vinci, como el tipo de la belleza varonil: sus ojos tienen una expresion de incomparable poesía: ¡qué mirada tan dulce á la vez y tan profunda! hay en ella la intencion del mago que penetra los misterios del corazon de una mujer, y cierto atractivo que arrebatara su cariño. Su nariz de forma regular y noble, su boca graciosa y sonriente, sus largos cabellos castaños, su barba bastante espesa y bien cuidada, todo contribuye á dar á su fisonomía una irresistible seduccion. ¿Es viejo ó jóven el orijinal de este retrato? Nadie podrá decidirlo: baste saber que esta incomparable cabeza es semejante á la del Júpiter de Fidias, sobre la cual ni el tiempo, ni las convenciones humanas pueden alterar la eterna belleza.

“Miguel Angel tenia la cabeza redonda, la frente cuadrada y espaciosa, las sienes muy pronunciadas, la nariz aplastada por la puñada de Torriggiano: ojos mas bien pequeños que grandes: cejas poco pobladas: labios delgados: barba bien proporcionada, poco espesa y dividida en dos mechones hácia el centro.”

A estos retratos físicos podemos añadir algunos rasgos de su semblanza moral. Hemos dicho en otro lugar que Leonardo era á la vez que pintor, músico, poeta, mecánico. Nacido de una familia ilustre y con las mas brillantes disposiciones naturales, pudo cultivar sus inclinaciones y hacerse un lugar distinguido en las altas sociedades. Tenia unas fuerzas hercúleas: torcia fácilmente el hierro y domaba el mas brioso caballo. La reunion de estas prendas y su carácter comunicativo lo hacian eminentemente sociable.

Miguel Angel era tambien en lo moral y en la forma el reverso de la medalla. Nacido de familia pobre aunque noble, maltratado por la mano del hombre, contrariado por su

mismo padre y despreciado por sus camaradas, era de un carácter grave, melancólico, sombrío. El favor de su protector Lorenzo el Magnífico y sus tempranos triunfos en el arte, no habian logrado dulcificar su jénio: se quejaba de la naturaleza, se quejaba de la injusticia de los hombres que no encontraban mérito sino en las obras enterradas por el tiempo ó maltratadas por la intemperie; se irritaba contra el mármol porque no cedia pronto á los golpes de su cincel, porque no era bastante flexible para expresar sus atrevidas actitudes, su inexorable musculatura. Olvidaba completamente su persona dejando á sus obras el cuidado de revelar la enerjía de sus pensamientos; se olvidaba de que existia la mujer, considerándose muy superior á ella en el alma, y muy inferior á la mujer en la belleza: despreciando en cierto modo á la sociedad de quien se creia despreciado y resuelto á vivir solo para la inmortalidad, habia hecho esfuerzos gigantescos para ser uno de los primeros artistas si no el mejor de ellos.

Poseia como Leonardo todos los conocimientos que dependen de la imaginacion y el entendimiento: era como él, pintor, escultor, arquitecto, mecánico, poeta. Y todo esto con la mitad de los años que tenia Vinci.

Eran dos gigantes á quienes los florentinos citaban á singular combate. Y el combate era hasta cierto punto desigual, porque Leonardo tenia de antemano todas las simpatías, la recomendacion de sus obras: era el autor de la inmortal *Cena de nuestra Señora de Gracia*.

Miguel Angel estaba solo, con su nombre oscuro, con su fisonomía antipática, con su escaso repertorio de obras. Y sin embargo, con solo la fuerza de su voluntad, con la ciega fe que le inspiraba su jénio, con esa voz secreta que ofrece á los hombres predestinados la asistencia de un poder del cielo, aceptó el certámen.

Simultáneamente se emprendieron las obras. La de Vinci representaba un combate de caballería. Conociendo perfecta-

mente el caballo y el manejo de todas las armas, Leonardo comunicó á la accion todo el movimiento, toda la enerjía, todos los accidentes de la verdad absoluta. Pero Leonardo no podia comunicar á las fisonomías de los guerreros la feroz expresion de los combates, los accidentes de la verdad relativa. Porque como discípulo de Verrochio y de Vanucci, como inspirado en la escuela de Umbría, se habia ejercitado casi siempre en semblantes virjinales y en representaciones místicas tan lejos de los combates de la tierra. Así es que se advertia en sus guerreros el arte mas que la naturaleza, el drama mas que la realidad.

Miguel Angel figuró unos soldados medio desnudos que se bañaban en el Arno y que al grito de alarma corrian á sus tiendas. Aquellos soldados se movian, gritaban, arrojaban por los ojos el fuego que encendia en su alma la aproximacion del combate. Su tez morena, su musculatura ejercitada por el rudo ejercicio de la guerra, y sobrescitada ahora por la pasion ofreció al eminente artista la ocasion de mostrar su profundo conocimiento de la anatomía. La ciudad de Florencia le adjudicó el premio y lo hubiera paseado en triunfo, si advertido de ello Miguel Angel no se hubiera escondido evitando una pública ovacion que cualquier otro artista menos huraño habria ambicionado.

El alma generosa de Vinci no sintió el triunfo de su rival, y él mismo lo buscó para felicitarlo.

XXIV.

ANDRÉS DEL SARTO.

Mientras que el Arte inscribía entre sus grandes maestros al discípulo de Cossimo Rosselli, al digno imitador de Rafael, el Vasari se muestra severo al hablar de sus costumbres.

Y en efecto, es necesario considerar dos hombres en Andrés del Sarto: el amante de la pintura y el amante de Lucrecia del Fedó. Bajo el primer aspecto se eleva á la rejion del espíritu para ejecutar obras que legan á la posteridad su gloria: bajo el segundo, como hombre débil dominado por una pasión vergonzosa, ofrece á su biografía páginas de las que se aparta la vista con rubor y enojo.

Pero seamos tolerantes: si hay pasiones que envilecen al hombre á los ojos del mundo, es necesario compadecerlos, pero no maltratarles con una ríjida censura. ¿Se ignora acaso el imperio que sobre los sentidos y el alma de los hombres vulgares tienen la belleza y la gracia de una mujer? La historia está llena de esas flaquezas humanas. Pero los sentidos y el alma de un artista son mas impresionables que los de los seres vulgares. Al contemplar el retrato de Lucrecia del Fedó

que tenemos á la vista estamos casi tentados á conceder al débil Sarto una absolucion jeneral. Comprendemos la repugnancia de la familia y los amigos del Andrés al saber su resolucion de enlazar su destino por el matrimonio con una mujer prostituida; pero despues que el polvo de las tumbas cubre sus ilustres restos y cuando sobreviven sus bellísimas obras, deben perdonarse las debilidades de un artista que fué malo únicamente para sí y excelente para la gloria del arte. El mismo Vasari que en su primera edicion de la *Historia de los Pintores* consagraba un capítulo de culpas al pobre Sarto por esa mala conducta, en la segunda edicion omite aquella censura, fundándose, por un pensamiento jeneroso, en que la losa del sepulcro cubria los restos de Andrés, del Artista, y en que su viuda que lo habia abandonado en sus últimos años, vivia todavía.

Nació Andrés del Sarto en Florencia en 1478. Era hijo de un sastre, de cuyo oficio tomó el sobrenombre segun la costumbre de aquel tiempo. Fué muy precoz en sus disposiciones artísticas y se dedicó á la platería bajo la direccion de Barile mientras que se ejercitaba tambien en la pintura con Rosselli bien acreditado en aquella época.

Estudió las obras de Fray Bartolomé de S. Márcos, y como desde luego descubrió el don de la imitacion, dió á sus vírjenes la expresion de modesto sentimentalismo y el fresco colorido del amigo de Savonarola. Se reputa por su mejor pintura al óleo *La Vírjen de S. Francisco* que está en la tribuna de Florencia y *La Vírjen del Saco* por su obra maestra al fresco.

Hizo muchos cuadros de composicion sobre asuntos místicos y profanos con bastante conocimiento del arte. Sus niños y ánjeles son preciosos.

Estudió en Roma las obras antiguas y fué uno de los discípulos de Rafael, con lo que enriqueció su manera.

Pero con todas aquellas ventajas sacaba poco fruto de sus

obras por su carácter débil é irresoluto, del que solian abusar para explotarlo, los que le encomendaban algun trabajo.

Su fama llegó á Francia, y Francisco I cuyo afan por las obras del arte era mas grande que su ambicion de gloria, llamó á Andrés del Sarto para confiarle algunos trabajos. Jenerosamente recompensado volvió á Italia con la comision de comprar por cuenta de aquel monarca algunos cuadros de los grandes maestros. Pero desgraciadamente dominado por la pasion que tenia á Lucrecia del Fedo con la que habia enlazado su nombre y su fortuna, se comprometió en locos gastos en que invirtió no solamente su capital sino tambien el dinero que le habia entregado el rey de Francia. Tuvo por esto vergüenza y remordimiento y vivia oculto.

A las repetidas cartas de Francisco I respondió con el silencio.

Ocurrió tambien el sitio de su patria y con él la peste, que diezmaaba el ejército y la poblacion. Lucrecia que estimaba mucho su hermosura, huyó de Florencia abandonando á su esposo. Sufrió mucho Andrés en aquel sitio, pero tuvo una gloria que pocas veces alcanzan los artistas. Al demoler los sitiadores los arrabales de la ciudad, los soldados no se atrevieron á echar abajo la pared de la iglesia de S. Salvador donde estaba pintada de mano de aquel artista *La cena de Ntro. Señor*.

Las impresiones morales y trabajos del sitio aumentaron los disgustos del pintor, y contrajo una enfermedad que lo condujo á la muerte á los 42 años de su edad, abandonado de su esposa y casi solo en el mundo, por no haber sido apercebida su última enfermedad. Fué sepultado sin ceremonia alguna en *la Iglesia de los Siervos* que estaba cerca de su casa.

Tuvo muchos discípulos, entre los que se distinguieron Jorge Vasari Aretino, Salisati, el Pontormo, Sancho, Domingo Conti que fué el heredero de sus dibujos, y el que fiel á la

memoria de su maestro, recabó de la cortesía de Rafael Montelupo que le hiciese una lápida de mármol bien adornada, la que se colocó en una pilastra de la Iglesia con la inscripcion siguiente debida á Pedro Vettori que era á la sazón muy jóven:

ANDRÆ SARTIO.

ADMIRABILIS INGENIS PICTORI, AD VETERIBUS

ILLIS OMNIUM JUDICCI COMPARANDO.

DOMINICUS CONTES DISCIPULUS,

PRO LABORIBUS IN SE INSTITUENDO SUSCEPTIS,

GRATO ANIMO POSSUIT.

VIXIT ANN XLII OB ANN MDXXX.

Cuéntase del Sarto la anécdota siguiente:

Al pasar de tránsito por Florencia Federico II duque de Mántua para visitar en Roma al Papa Clemente VII, vió en el palacio de los Médicis el retrato de Leon X representado entre los cardenales Julio de Médicis y de Rossi. Las cabezas eran de la mano de Rafael y los vestidos de la de Julio Romano. Despues de haber contemplado con sumo interés el duque de Mántua aquel cuadro, concibió el pensamiento de adquirir su posesion, y cuando llegó á Roma se lo pidió al Papa, el que se lo concedió de una manera que hacia mas recomendable la donacion; pues escribió á Octavio de Médicis que encajonase el cuadro y lo remitiese inmediatamente á Mántua. Pero Octavio que no queria privar á su patria de aquella obra maestra, discurrió varios pretextos para no dar cumplimiento á la órden de Su Santidad. Entre ellos fué el de estar haciéndole una rica moldura para dar mas realce á la obra. Entre tanto habia llamado á Andrés del Sarto y lo habia

comprometido á sacar una copia exacta del cuadro, de manera que pudiera confundirse con el orijinal.

Andrés del Sarto desempeñó aquella obra con tan buen éxito que el mismo Octavio no acertaba á distinguir el modelo de la copia. La mas lijera quiebra, la mancha mas imperceptible, el tono mismo que adquieren los cuadros luego que pasado algun tiempo los colores llegan á fijarse, todo estaba imitado fielmente.

Sin embargo, para evitar cualquiera equivocacion, hizo Octavio una marca particular en el respaldo del lienzo y lo envió á su destino.

El duque lo recibió con extremos de alegría por entrar en posesion de una bella obra de Rafael. Y es lo mas extraño que Julio Romano que á la sazón se encontraba en Mántua no conoció el engaño.

Este hubiera continuado siempre si un accidente inesperado no hubiera descubierto el fraude.

El Vasari llegó á Mántua donde fué muy bien recibido por Julio Romano que le mostró todas las bellezas artísticas que encerraba el palacio de los duques.

Al celebrar el Vasari algunas pinturas de aquella rica galería, le dijo Julio Romano que todavía le quedaba que ver una alhaja que era el principal ornamento de aquel palacio y lo puso delante del pretendido cuadro de Rafael. No bien Vasari fijó en él la vista cuando dijo:

—En efecto el retrato de Leon X es bellissimo; pero no es de Rafael.

—¡Cómo!—contesta Julio Romano—¿dices que no es de Rafael? ¿pues acaso no conozco yo mi obra? ¿no veo yo aquí los toques de pincel que he dado en estos ropajes?

—Pues yo te aseguro—replicó Vasari—que yo mismo he visto pintar este cuadro á nuestro amigo Andrés del Sarto. Y si dudas lo que te digo, vuelve el cuadro y hallarás en el reverso de la tela una marca que se puso expresamente pa-

ra que no se confundiese con el orijinal.

Volvióse en efecto el cuadro, y á la vista de la marca, convencido Julio Romano de lo que habia dicho Vasari, exclamó:

—Ahora lo estimo mas que si fuese de Rafael, porque su mérito es extraordinario cuando ha podido engañar hasta mis propios ojos.

XXV.

JULIO II.—MIGUEL ANGEL.—RAFAEL.

Rafael presenci6 aquel acontecimiento y aunque sus simpatías estaban por Leonardo, no pudo menos de ver con santa veneracion la obra que acababa de conseguir el triunfo.

En Perugino habia concluido la edad media de la pintura. En él terminaba el sentimiento relijioso de la escuela de Umbría. Leonardo era el eslabon que unia la pintura mística á la pintura racional, filos6fica; era como la llave del renacimiento, que iba á abrir las puertas á las ideas paganas que enlazadas por algunos años con las del cristianismo, caracterizando una época, habian de separarse mas tarde para no unirse jamás.

Rafael iba á ser la primera flor del nuevo jardin del arte, el ángel conciliador que habia de unir en un mismo grupo, la santidad del cielo con la gracia de la tierra: á la moderna Roma con la antigua Grecia.

Entonces estudiaba, pensaba y revolvía en su tierna mente los problemas del arte que mas tarde habia de legar á la posteridad en los frescos de la Farnesina y el Vaticano, en los

cartones de Alemania y en los lienzos que solo poseen hoy algunos afortunados monarcas.

No era Rafael vanidoso, pero tenia la tranquila conciencia de su propio valer. No se desdeñó por esto de tomar un poco de la enerjía de Miguel Angel y algo mas de la frescura de colorido y graciosa expresion de Vinci.

Durante su permanencia en Florencia pintó las *Vírgenes del Jardin y el Gilguero*. Y por la segunda manera adquirida en presencia de las obras de Buonarroti y Vinci, *Jesus conducido al sepulcro* para la señora Atalanta Baglione. Tambien pintó, imitando á Fray Bartolomeo, la *Vírjen del Palio*.

En el mes de Abril de aquel año recibió una carta de su pariente Bramante que lo llamaba á Roma. Allí estaba ya Julio II. Despues de haber asegurado en lo posible el poder temporal, habia envainado la espada y se dedicaba á pensar en la continuacion de las obras de San Pedro, ese primer templo del mas suntuoso de los cultos, en el que desde el tiempo de Constantino, tantos papas habian inscrito su nombre, tantos artistas habian impreso su jenio. Los grandes monumentos humanos sufren los efectos de las vicisitudes de los pueblos, toman su fisonomía, adoptan su lenguaje y traducen sus sentimientos, y San Pedro no podia sustraerse á la eterna ley de la arquitectura, cuando llega hasta nosotros al través de las edades.

Nicolás V tuvo un gran pensamiento sobre el palacio Vaticano; el de ensanchar su recinto, para encerrar en él todas las oficinas, un salon para el cónclave, un inmenso teatro para la coronacion, suntuosas habitaciones para los príncipes y aposentos para todos los empleados de categoría. El plano de este vasto edificio estaba confiado á Roselline; pero la muerte de aquel pontífice dejó comenzadas las obras.

Julio II queria terminarlasy á este fin llamó á Roma á casi todos los artistas de Italia. Bramante seguia siendo el arquitecto de San Pedro; pero como se trabajaba á la vez en la

Iglesia y en el palacio, era necesario el concurso de otros arquitectos.

Miguel Angel fué tambien llamado á Roma por el Santo Padre. Las obras que en las tres artes habia ejecutado anteriormente en San Pedro, agradaban mucho á Julio II, porque todo lo que en las artes expresaba enerjía, estaba de acuerdo con el temple de su alma.

Julio no conocia personalmente á Miguel Angel. Cuando este se hizo anunciar en el Vaticano, el Papa salió á recibirle rodeado de Cardenales. El artista se arrojó á sus piés; pero Julio lo levantó inmediatamente cojiéndolo por los brazos y dándole á besar el anillo en prueba de amistad y confianza. Hubo un momento de silencio en que estos dos hombres extraordinarios parecian observarse. Julio no pudo disimular un jesto de extrañeza al contemplar las rudas y vulgares facciones de Buonarroti, que no revelaban el jenio cuyo sello habia visto impreso en sus obras: el artista por su parte con su mirada escrutadora y analítica, dividia en módulos y partes la fisonomía y estatura del Pontífice, calculando lo que le faltaba y le sobraba para ser un buen modelo académico.

Pasado aquel momento de recíproco análisis, Julio se apoyó familiarmente en el brazo del artista, y seguido de los cardenales le fué explicando los proyectos que pensaba ejecutar en los salones del Vaticano. "Quiero--le dijo,—que este sea el primer palacio del mundo." Ante todas cosas,—añadió parándose—has de empezar por mi estatua, que quiero colocar en el átrio de San Petronio.

—La quiere S. Santidad de mármol de Carrara, de Paños?....

—La quiero colosal y en bronce. Ha de ser una obra digna de Julio II y de Miguel Angel.

—Tengo ya concebido el pensamiento: el tamaño será tres veces mayor que el natural: la mano derecha en actitud de dar la bendicion al mundo: en la izquierda colocaré un li-

bro.—¿Cómo un libro? un libro! ¡una espada! ¡Por San Pablo que todavía la Iglesia tiene enemigos que combatir y no será Julio segundo el que envaine la espada y deje á medio hacer las cosas! Despues que el soldado cumpla su deber, el sacerdote colgará sus armas vencedoras en el templo de Dios y cojerá el incensario para entonar sus alabanzas. Vamos:—añadió en tono mas amistoso.—Para cuando concluya mi estatua te reservo una grande obra que va á inmortalizar tu nombre. Ahora vamos á ver los trabajos ejecutados por Bramante y San Gallo. Sé que eres tan buen arquitecto como excelente pintor y estatuario, y quiero saber tu opinion.

Miguel Angel se sentia sojuzgado por la deferencia del Pontífice, á pesar de su carácter severo. Al recorrer las obras de los arquitectos que durante su ausencia habian trabajado en el Vaticano, no tuvo mas que palabras de moderacion y alabanzas para sus compañeros.

—¿Y tardará mucho tiempo en hacerse mi obra?—dijo Julio, cuya viva imaginacion no podia apartarse por mucho tiempo de su idea favorita.

—Debo hacer primeramente el modelo en barro.

—Está bien. Recibirás tres mil ducados para los primeros gastos. Puedes alojarte en palacio.

—Tanta bondad Santísimo Padre!...

—Quiero tenerte cerca: me gustan las obras del arte. Que se prepare al maestro Miguel Angel una habitacion con todo lo necesario,—dijo encarándose á uno de la servidumbre pontificia.—Me parece que seremos buenos amigos meser Buonarroti.

—Procuraré hacerme digno de tanta honra.—Quisiera que Vuestra Santidad me permitiera traer conmigo á mi criado Urbino.

—Puedes traerlo, y además mis sirvientes estarán á tu disposicion, y todo lo que necesites puedes pedirlo á la persona que enviaré para que esté á tus órdenes.

Miguel Angel se inclinó respetuosamente.

—¿Y cuándo empezarás la obra?

—Desde mañana.

—Ahora puedes retirarte á descansar. Vosotros acompañad al señor Miguel Angel, y tened presente que es amigo del Santo Padre.

Julio II se volvió á los cardenales y con un aire jovial, que rara vez se manifestaba en su semblante, les dijo:

—Estoy contento: tengo ya en mi poder al mejor escultor de Italia: mas aprecio esta adquisicion que la toma de Pisa. Ahora podré llenar de estátuas las galerías del Vaticano y los belvederes. Veremos á ver si bajo el pontificado de Julio II se esculpen tan buenas obras como la que nos ha legado la antigüedad. ¡Los griegos! ¡los griegos! siempre me están aturdiendo con los estatuarios griegos. Ya veremos si Roma, que venció á la Grecia con la fuerza de sus armas, la vence tambien con el poder de su jenio.

Miguel Angel dibujó el carton de la estátua, que fué de la aprobacion del Pontífice. Su ejecucion duró hasta el año de 1508, en que se descubrió ante una distinguida concurrencia, segun la costumbre de aquel tiempo. Todos admiraron la completa semejanza; el jenio de Julio II estaba pintado en su actitud y en su semblante. En el primer momento de entusiasmo, Julio abrazó á su escultor favorito. En seguida le preguntó:

—¿Ese brazo levantado dá la bendicion ó la maldicion?

—Bendice á los amigos de la Iglesia y maldice á los enemigos de Vuestra Santidad.

Desde aquel momento se estrechó mas la amistad entre el Pontífice y el artista. A la prevencion con que se habian mirado en la primera entrevista, sucedió una confianza, una intimidad muy rara entre personas colocadas por las conveniencias sociales á tan grande distancia. Bajo la rústica apariencia del escultor, descubrió el Papa sentimientos delicados y ta-

lentos nada comunes. Miguel Angel por su parte reconoció en Julio II una bondad suma y un amor al arte, que parecian incompatibles con sus hábitos militares y su carácter brusco.

Al recibir Rafael la carta de su pariente Bramante llamándolo á Roma de parte de Su Santidad, se sintió tan profundamente conmovido y arrebatado de alegría, que dispuso precipitadamente su viaje, dejando encargada á su amigo Guirlandajo la conclusion del ropaje blanco de la Bella Jardinera, una de sus mas hermosas vírgenes.

Al fin se habian realizado sus gratos sueños de gloria: iba á probar su estrella artística en la ciudad eterna y en la primera basílica del mundo. Teniendo la conciencia de su propio genio, robustecido por los conocimientos adquiridos á la vista de las obras de Miguel Angel y Leonardo Vinci, tipo de la energía el primero, jenuina expresion de la belleza y la gracia el segundo, volvía á Roma lleno de esa noble ambicion que sienten las almas grandes al acercarse la hora de la prueba.

Al entrar en Roma por segunda vez no iba observando los monumentos que tanto llamaron su tierna admiracion en otro tiempo: absorbido en un solo pensamiento, solo veía en él á San Pedro, al Vaticano y aquel Julio II de severo aspecto, cuyo nombre guerrero habia resonado por toda la Italia, y que ahora ponía todos sus laureles sobre el altar de Dios, llamando al arte para solemnizar sus triunfos y la gloria del cristianismo.

Bramante hizo la presentacion de su sobrino á Julio II el 15 de Setiembre de 1508. El Pontífice no salió á su encuentro como al de Miguel Angel: un muchacho de 25 años que empezaba la carrera del arte, no le parecia digno de tal honra. Habia cedido á la recomendacion de Bramante por considera-

cion á su arquitecto á quien estimaba tanto, pero sin grande confianza en sus obras que aun no conocia.

Julio estaba en su cámara particular acompañado de su secretario y otros altos funcionarios civiles. Se apoyaba en su baston, dando golpes en el pavimento, segun su costumbre, cuando llegaron Bramante y Rafael, ambos se arrodillaron y besaron el pié de Su Santidad, que les dejó tranquilamente hacer este acto de humildad.

Se incorporaron á una señal del Papa, y Bramante esperó á que Su Santidad hablase.

—¿Que traes, Bramante?—le dijo:—¿quién es este jóven?

—Es mi sobrino Rafael, Santísimo Padre.

—¿Tu sobrino? no me habias dicho su edad. Es un niño. Y lo miraba de piés á cabeza.

Rafael enrojció hasta la frente. En aquel momento quisiera haber tenido diez años mas.

—Es jóven en la edad; pero sus obras....

—¡Sus obras! ¡sus obras! y dónde están?

—Si Vuestra Santidad lo permite, se introducirán dos cuadros que trae de muestra..

—¿Por qué no han entrado ya? Que los traigan.

Bramante saludó al Pontífice y salió de la cámara. Rafael quedó de pié delante de aquel hombre que lo habia humillado. Su corazon de artista se habia encendido con el fuego del orgullo irritado. En aquel momento quisiera despojar al Pontífice de su sagrado carácter y poderle contestar de hombre á hombre "que el jénio no tiene edad, porque es eterno como Dios de donde procede."

Julio se dignó preguntarle algunas cosas sobre el arte: sus respuestas agradaron al Papa. El timbre de voz de Santi era tan simpático, su conversacion tan espiritual y sencilla, que Julio no pudo menos de manifestar con un movimiento de cabeza la complacencia con que le escuchaba. Despues volviéndose á los cardenales les dijo:

—En verdad que el muchacho se explica bien y con desembarazo. Y es una galante figura, por San Pedro: parece un lindo paje de los siglos anteriores. No lo habria yo admitido en mis ejércitos cuando estaba en campaña, porque nada tiene en su figura de guerrero: pero ahora que no pienso mas que en las artes, este muchacho puede representar muy bien la imájen de la Paz.

Bramante entró con los cuadros. Era una Sacra Familia de su primera manera, y el Rapto de Proserpina de su segundo estilo.

Julio los observó detenidamente. En el primero, inspirado por la escuela de Umbría, brillaba todo el misticismo del sentimiento relijioso.

La Virgen era Maggia, cuyas santas facciones salian siempre de los recuerdos del hijo para fijarlas en el lienzo. San José era Juan Santi, con la misma expresion de dulzura, con la misma bondad que la naturaleza dió á sus facciones. El niño era Rafael, en sus primeros años: tan bello, tan espiritual como estaba representado en los cuadros de su padre. Podria decirse que aquel lienzo era una bella parodia del que habia pintado Juan Santi para el mayordomo del duque de Urbino.

El Rapto de Proserpina era una mistificacion de la mitología pagana. El siniestro fuego de una pasion libidinosa se pintaba en el rostro del rey de las tinieblas: sus miembros retorcidos por la contraccion muscular, producida por la violencia del acto, presentaban una reminiscencia de las figuras anatómicas de Miguel Angel; en contraste de esta, la figura de Proserpina haciendo inútiles esfuerzos por desasirse de su raptor, la belleza de su semblante excitado por un intenso dolor, con la vista clavada en el cielo á quien en vano demandaba socorro, recordaban el pincel suave y seductor de Vinci. Los caballos arrojaban blanca espuma que destacaba de su negra piel, sus ojos despedian el fuego del infierno, y sus remos batiendo fuertemente la tierra, ora levantaban espesos remolinos de pol-

vo, ora chispas que saltaban de los pedernales por el choque de los herrados cascos.

Dos graciosos grupos de jenios luchaban encima y delante del carro, el uno procurando detener los fogosos caballos, el otro fustigándolos para animarlos en la carrera: los unos eran los defensores de Proserpina, los otros protejian los amores de Pluton.

Julio dirigia alternativamente su mirada al uno y al otro cuadro. Este exámen duró mucho tiempo. Las sensaciones del Papa se traslucian fácilmente por su carácter franco y sencillo que no le permitia disimular sus opiniones ni sus sentimientos. Deteníase con complacencia en el cuadro de la Sacra Familia; pero mucho mas tiempo en el Rapto de Proserpina. Era mas de su jénero.

Al cabo pronunció:

—¡Esto es admirable! ¿Es posible, muchacho, que tú hayas hecho esto?

La sonrisa de la felicidad jugó en los labios de Rafael: habia triunfado del escepticismo del Papa. Aquella pregunta hecha en aquel tono era una afirmacion.

Bramante contestó:

—Santísimo Padre, vuestro humilde siervo no era capaz de mentir.

—Acércate muchacho,—dijo el Pontífice con un semblante halagüeño que pocas veces veian sus cortesanos.—Quiero abrazarte. El alma que sabe sentir y la mano que sabe expresar esto, es preciso que estén asistidas por la gracia divina. Tú serás un gran artista: he dicho mal: ya lo eres. Quiero encomendarte las lojias del Vaticano. Mañana me acompañarás á verlas: te diré mi pensamiento.—Bramante, que tu sobrino se aloje en Palacio. Ahora puedes retirarte. Estos cuadros se quedan en mi cámara y ocuparán en ella un lugar preferente.

Bramante y Rafael se despidieron del Pontífice, el que siguió contemplando los cuadros y llamando la atencion de los cardenales sobre su belleza.